

*De cómo buena parte
de la no izquierda dejó de pensar
y acabó por cifrar su gran propuesta político-ideológica en “moderarse”*

¡MENOS IDEAS Y MÁS MODERACIÓN!

¡MENOS IDEAS Y MÁS MODERACIÓN!

De cómo buena parte de la no izquierda dejó de pensar y acabó por cifrar su gran propuesta político-ideológica en “moderarse”

© Fundación Disenso, 2023

Pº. del General Martínez Campos 21, 1ºA. 28010, Madrid

info@fundaciondisenso.org

prensa@fundaciondisenso.org

Edición al cuidado de Miguel Ángel Quintana Paz

Cubierta y maquetación por Eduardo Marina Clavería

Impreso en España - Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía, el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin permiso previo y por escrito del editor.

ÍNDICE

Introducción, por Miguel Ángel Quintana Paz 11

Primera parte: Lecturas españolas

1. La soledad del intelectual de derechas, por Pedro Carlos González Cuevas 25

2. Problemas de genealogía de las derechas españolas, por Urko Heller 35

3. ¿Por qué odia la derecha española a sus intelectuales?, por Miguel Ángel Quintana Paz 55

4. La memoria putrefacta, o las dos virginidades en el jardín psiquiátrico, por José María Marco 65

5. De las derechas a “las derechas”: pluralismo y unidad en la derecha española 1975-2019, por Jorge San Miguel Lobeto 71

6. La derecha y la moderación: la renuncia a los principios en el nuevo ciclo electoral, por Óscar Monsalvo Herrero	85
7. ¿Es la moderación estratégica?, por Pilar Rodríguez Losantos	91
8. El clericalismo: enfermedad crónica del catolicismo español con la excusa de la moderación, por José María Sánchez Galera.....	97
9. ¡Una última vez más! Génesis, estructura y crisis del moderantismo español, por Andrés Rojo Corral	105
Segunda parte: Miradas internacionales	
10. Por qué murió la vieja derecha (y dónde encontrar a la derecha nueva), por José Javier Esparza Torres	119
11. El problema de la derecha permitida, por Ernesto Araújo.....	127
12. La falsa derecha y sus efectos en la legítima defensa del futuro de Guatemala, por Christa Walters	135
13. Sin palabras, por Vanessa Kaiser.....	143
Semblanzas de los coautores	151



Pierre Le Moyne *De l'art de regner* (París, 1665), con la inscripción "La Modération. Non ardor non algor inest" ("La moderación. Ni calor ni frío hay en ella"). (Foto: Peace Palace Library).

INTRODUCCIÓN

Miguel Ángel Quintana Paz

Esas palabras, “templado” y “moderado”, atañen o bien a la cobardía política, o bien a lo artero, o a bien a lo seductor. Una cosa moderadamente buena no es tan buena como debería ser. Tener un carácter moderado es siempre una virtud, pero ser moderado en los principios constituye siempre un vicio.

Thomas Paine



Simios moderándose. (Foto: Dean Moriarty | Pixabay).

Durante las últimas décadas, más aún si cabe los últimos años, un espectro se cierne sobre la derecha política española: el espectro de la radicalidad. Pocas cosas hay que provoquen allí más pánico. Pareciera que la no izquierda puede ser (y de hecho es) muchas cosas: centralista o regionalista, liberal o conservadora, eurofederalista o euroescéptica, confesional o laicista, abortista o antiabortista; pero desde luego una sola cosa sí tiene vetado ser: contundente, radical en los principios, firme en ellos —justo aquello que Thomas Paine encomiaba como la sola muestra de genuina virtud—.

Esto explica que en un año tan temprano como 1977 no solo la UCD de Adolfo Suárez (que portaba explícito en su nombre el término “Centro”), sino también otro de los partidos que recogía buena parte de las élites anteriores, la Alianza Popular de Manuel Fraga, se reclamasen ya en aquellas primeras elecciones no de derecha, sino “de centro”¹. Esto

¹ Diario Ya, “Alianza Popular, a la izquierda de Centro Democrático. Fraga Iribarne dijo también en un almuerzo que su partido no constituye una fuerza de

explica que desde la llegada de José María Aznar en 1989 al liderazgo del Partido Popular, pasando luego por todos y cada uno de sus sucesivos líderes (Mariano Rajoy en 2004, Pablo Casado en 2018, Alberto Núñez Feijóo en 2022), se haya anunciado como novedad programática “el viaje al centro”; viaje que parece tener por tanto una duración tan, tan luenga, que se comprende que suscitara en su día el sarcasmo de Alfonso Guerra: “Este PP que lleva años viajando al centro y todavía no han llegado... ¿de dónde vendrán, que tardan tanto?”.

La mentada obsesión por moderarse, esta inveterada manía por centrarse, ha caminado todos estos lustros de la mano de un desprecio por las ideas: batallar contundente por ellas no casaba bien con la ambición de convertirse en “moderaditos”. Así, el centro-derecha de la moderación ha sido siempre también el centro-derecha que ha blasonado de su capacidad de gestión de la economía, de ocuparse “de lo que de verdad preocupa a la gente” (que al parecer son solo las cosas del parné); ha sido el centro-derecha que ha aupado al mando de la Administración a serios abogados del Estado, circunspectos inspectores de Hacienda y sobrios registradores de la propiedad (quizá con algún que otro consultor de las *Big Four* algo más dinámico), mientras desdeñaba el combate de ideas como una rareza propia de escritores en las páginas de Cultura de los suplementos dominicales o de profesores extravagantes en sus círculos intelectualoides.

Ahora bien, ¿por qué ha ocurrido así? ¿Cuáles son las causas de que solo la izquierda haya entendido (y se haya lucrado de) la importancia gramsciana de cultivar la hegemonía cultural? ¿Responde este fenómeno a una peculiaridad solo española, caracteriza en exclusiva las últimas décadas, o más bien refleja una tendencia generalizada por todo Oc-

derecha”, 13 de marzo de 1977; ABC, “Declaraciones de Martínez Esteruelas en Teruel: ‘Alianza Popular es un partido moderado, de inspiración centrista’”, 9 de junio de 1977.

2 Para una dilucidación de este término, permítaseme la autocita: Miguel Ángel Quintana Paz, *El moderadito*, The Objective, 25 de febrero de 2021, <https://theobjective.com/elobjetivo/opinion/2021-02-25/el-moderadito>.

cidente y que acaso se remonte a datas pretéritas? Este desprecio del centro-derecha por las ideas ¿qué repercusiones ha tenido en la conformación de los diálogos en nuestra esfera pública? ¿Es posible escapar de esa flema antiintelectual y construir entre nosotros un proyecto que no aluda solo a la tecnocracia, al “saber gestionar mejor”, sino también a principios, ideas, virtudes que resulten inspiradores para amplias capas de la población que no quieran ser izquierdistas? ¿No será mejor a largo plazo una apuesta por las ideas en vez de por irse moderando, esto es, acercando a los “consensos” que la izquierda haya ido marcando... y que, de hecho, aspira a seguir marcando como obligatorios incluso cuando ya no gobierne, porque intuye que un centro-derecha ansioso de pasar por “moderado” no se atreverá a tocar?

Nos ha parecido que todas estas preguntas —junto con otras relacionadas que es probable que a usted, amigo lector, le estén pululando ya por la mente—, ameritaban respuestas; es más, respuestas desde diferentes ángulos. Y esa es la convicción que ha dado origen a este libro. En él, doce voces, junto con la de un servidor, exploran críticamente ese grito de guerra tácito (aunque a menudo más que evidente) que parece haber inspirado a la no izquierda desde ha tiempo: “¡Menos ideas y más moderación!”. Congregamos aquí respuestas surgidas en España o Brasil, en Guatemala o Chile; respuestas desde el campo de la historia o de la filosofía, desde la politología o desde el periodismo. Participan en este libro desde un exministro a profesores universitarios, desde asesores políticos a expertos en asuntos eclesiales. El tono de las respuestas también varía: las hay más académicas o más literarias, menos contenidas o menos exaltadas. Pero estamos seguros de que, una vez leída esta compilación, el lector comprenderá mejor esa extraña obsesión de tantos y tantos políticos derechistas: la obsesión por caerles bien, o al menos no caerles demasiado mal, a los partidarios de opciones políticas que nunca les votarán. La obsesión por presentarse como “centro centrado”³.

3 Tomo la expresión, hoy popular en las redes sociales españolas, del vídeo musical satírico que la ideó (y que a fecha de edición de este texto lleva ya más de 211.000 visualizaciones): Flug, *Centro centrado*, 5 de marzo de 2021, <https://youtu.be/yMguo7CyQdc>.

La obsesión por viajar a un paraíso del moderantismo, al cual (y acertaba ahí en el fondo Alfonso Guerra) parecen no conseguir nunca llegar, un poco como Aquiles no podía alcanzar jamás a la tortuga —sobre todo si esa tortuga resultó ser una liebre que corre rauda hacia hitos cada vez más progresistas⁴—.

* * *

Efectuemos un rápido repaso, a vista de pájaro, de las trece colaboraciones que reúne este libro.

En su primer capítulo, el historiador Pedro Carlos González Cuevas, uno de nuestros mejores estudiosos del pensamiento político de derechas en los dos últimos siglos, va directo a la principal consecuencia del desprecio que ha sentido la derecha política y social por la batalla de las ideas: la soledad del intelectual adscrito a esa misma corriente ideológica. Una soledad que, como bien muestra González Cuevas, no es nueva; hunde sus raíces hasta un régimen que, en apariencia, debería haber sido favorable a tales desarrollos ideológicos: el encabezado por Francisco Franco entre 1939 y 1975. Este capítulo explora también la situación actual, con un diagnóstico agrídulce: por una parte, persiste en muchos ámbitos de la no izquierda ese descuido o incluso desdén hacia lo intelectual, si bien parece, por otro lado, apuntarse por fin un cambio de rumbo en otras esferas. El propio texto de González Cuevas, y este libro recopilatorio en su conjunto, editado por la Fundación Disenso, aspiran modestamente a formar parte de tal giro.

El segundo capítulo es el elaborado por Urko Heller, joven abogado que publicó una primera versión de este en *La Gaceta de la Iberosfera*

4 Ha reflexionado fértilmente sobre el interminable viaje al extremismo que caracteriza a la izquierda el pensador estadounidense Curtis Yarvin, del cual hemos recogido algunas ideas en Miguel Ángel Quintana Paz, *Cuatro filósofos para afrontar 2023*, *The Objective*, 4 de enero de 2023, <https://theobjective.com/elsubjetivo/opinion/2023-01-04/cuatro-filosofos/>.

a inicios de 2023; publicación que, confesamos, fue la chispa que prendió en nosotros la idea originaria de ponernos manos a la obra con este volumen. Heller, que coincide *grosso modo* con el balance de González Cuevas, identifica también en la Restauración y II República a varias derechas que sí que captaban la importancia de las ideas, mientras que serían luego la Guerra Civil y el franquismo los que irían determinando el distanciamiento con respecto a ellas y el énfasis en el pragmatismo político (tal vez por un comprensible motivo en aquellos días: lograr unificar tradiciones —como la falangista, la carlista, la monárquica, el republicanismo más conservador...— que, más allá de su rechazo al izquierdismo radical, poco tenían que ver entre sí). El lector encontrará en este capítulo de Heller el análisis más detenido del último siglo de historia ideológica de la derecha en España, un asunto al que se recurrirá de forma repetida en varias otras de las colaboraciones aquí reunidas, por lo que constituye un buen mapa con que orientarse a lo largo de toda la lectura posterior.

En una línea similar a la de los dos textos reseñados, un simple filósofo como es un servidor aporta el tercer capítulo de este volumen, en el



Individuos que tratan de escuchar el mensaje, demasiado moderado, que queda al otro lado del muro. (Foto: 1195798 | Pixabay).

que ya desde su título ha querido plantearse sin ambages la pregunta que, a este respecto, le resulta más acuciante: “¿Por qué odia la derecha española a sus intelectuales?”. Tras un repaso histórico y un diagnóstico del presente (más apresurados ambos que los aportados por Heller, pero también más concentrados que los suyos en el mundo intelectual), la conclusión del texto queda un tanto abierta, también a la esperanza: parece que por fin hay un giro en buena parte de la derecha política y social de nuestro país, que han comprendido que limitarse a gestionar y conformarse con la “moderación” es una jugada perdedora en el mundo cada vez más hambriento de principios, ideas, respuestas a todo lo que nos está ocurriendo.

Estos tres capítulos iniciales pueden considerarse como una pequeña trilogía movida por similares ánimos y enfoques; en el cuarto capítulo, de José María Marco, este historiador y filósofo que tanto y tan fecundamente ha explorado nuestro pasado más reciente nos abre a una respuesta de otro signo. Una respuesta bien iluminadora para comprender que la izquierda española ansíe aludir una y otra vez a su pasado (pese a resultar este todo lo contrario que santo), mientras que la derecha parezca querer huir una y otra vez del mismo (pese a contener haberes de no escaso valor en su herencia). La metáfora que nos propone Marco (y que, permítaseme la confesión personal, un servidor ya ha incorporado a sus recursos explicativos siempre que esta cuestión se le suscita) es la de contemplar nuestro país como un gran manicomio donde conviven un psicópata y un neurótico. El psicópata no reconoce ningún mal que haya hecho; el neurótico, en cambio, vive obsesionado con cada pequeña falta pasada. Es imposible, dada esta diferencia entre ambos, cualquier diálogo sano. El psicópata, el lector lo habrá ya vislumbrado, representa a nuestras izquierdas; el neurótico, a nuestra derecha. Por eso es tan difícil en España una comunicación salutífera entre ambas.

El consultor político, y antiguo miembro del grupo de análisis Politikon, Jorge San Miguel Lobeto nos proporciona el quinto capítulo de esta recopilación, titulada “De las derechas a ‘las derechas’: pluralismo y unidad en la derecha española 1975-2019”. Volvemos con él, por

tanto, a un análisis histórico de lo ocurrido con la no izquierda en nuestro país, si bien en este caso el foco se centra solo en las décadas posteriores al fallecimiento del general Franco. San Miguel argumenta que el espacio de la no izquierda, aunque a menudo haya acudido a las urnas durante esos años más o menos unificado en torno a unas únicas siglas (UCD, AP, PP), lo cual ha repercutido a la sazón en su apuesta por lo tecnocrático y lo “moderado”, en realidad siempre ha presentado dentro de sí una pluralidad vibrante de ideas, que en ciertas ocasiones (como el presente) han hallado con toda probabilidad su momento para expresarse de modo proficuo si de cosechar éxitos políticos se trata.

En el caso de que no ocurra así, de que se prosiga en la obsesión exclusiva por “moderarse”, el capítulo sexto, a cargo del profesor y columnista Óscar Monsalvo, sugiere buenos motivos para repudiar esa insistencia. Monsalvo repasa varias de las miserias que acarrea el empeño centro-derechista por “ser (y, sobre todo, ser visto como) moderado”. Este repaso resultaba imprescindible en un libro como el presente, dado que a menudo los turiferarios de la moderación insisten en vendérsola por su sedicente superioridad ética frente a los presuntamente deplorables “radicalizados”, “polarizados” o “populismos extremistas”. Monsalvo nos recuerda que no hay nada de especialmente moral en que “una parte de la derecha [haya] terminado por creerse el cuento de que lo que ahora se llama ‘guerra cultural’, que antes era simplemente la defensa continuada de ciertos principios, valores y referentes políticos, es algo de lo que se puede prescindir”.

Ahora bien, esa renuncia a la defensa sólida de ciertos principios, ¿es para el centro-derecha, al menos, una estrategia electoralmente fructífera? Con el fin de responder a esta pregunta precisábamos de una politóloga que conociera bien los intrínquilos de “las derechas” en España, y pocas personas más capacitadas que Pilar Rodríguez Losantos para tal balance. De modo que es a ella a quien debemos el capítulo 7 de este libro. Con una conclusión que resulta demoledora: “aunque sea difícil de entender”, arguye sarcástica Rodríguez Losantos, “cuando los votantes quieren apostar por el socialismo votan al PSOE. Y cuando quieren huir de él, no votan a aquellos que quieren imitarles porque

entienden que están subyugados a su superioridad moral: apuestan por los valientes que, de izquierda o derecha, saben que con los principios ser blando es un fracaso moral, personal y, sobre todo, estratégico”. Resuena en Rodríguez Losantos, pues, la sentencia de Paine con que encabezábamos esta introducción.

Los capítulos 8 y 9 comparten un mismo ángulo analítico: fijarse en el rol que ha tenido la Iglesia católica española en todo el comedimiento con que se ha afrontado, durante las últimas décadas, la lucha contra las políticas y leyes izquierdistas, a pesar de lo mucho que esas políticas y leyes —en especial durante los últimos años de gobierno socialista-podemita (2018-2023)— han embestido contra la visión cristiana del hombre en asuntos de no pequeña relevancia (aborto, eutanasia, libre determinación de sexo...).

El periodista especializado en asuntos religiosos y experto en la Antigüedad clásica José María Sánchez Galera nos brinda el primero de esos aportes, en el capítulo 8. Allí identifica un culpable claro en los fracasos continuados, durante las últimas décadas, del catolicismo español a la hora de conformar la sociedad según su inspiración cristiana: ese culpable es, para Sánchez Galera, el clericalismo, la dependencia excesiva de los católicos laicos con respecto a una jerarquía eclesiástica que, demasiado a menudo, ha mirado más por sus intereses que apostado por enfrentarse al siglo. “La conclusión lógica a la que llegan” muchos fieles, aduce Sánchez Galera, “es que el cristianismo es una suerte de *consolatio* emocional sin apenas efecto en la vida pública, más allá de buenos sentimientos y de procurar que no haya personas que sufran”. Urge pues que los laicos católicos caigan en la cuenta de que su lugar no es permanecer un tanto cohibidos en la vida pública, dependientes de lo que la jerarquía capitaneé o diga, sino de que son tan “*alter Christus* como el mismísimo papa”, y por tanto pueden lanzarse al mundo secular, su espacio propio, con tanto protagonismo como el que más. Y con tanta contundencia.

Más categórico aún es el periodista y asesor político Andrés Rojo Corral, cuya contribución literaria “¡Una última vez más!”, que funge como

capítulo noveno de esta recopilación, se atreve tanto con una crítica punzante a la Iglesia católica posterior al Concilio Vaticano II, como con una esperanza ciertamente original, que a algunos les recordará a aquel “Nur noch ein Gott kann uns retten” (“Solo un dios puede salvarnos todavía”) con que se tituló en 1976 la entrevista póstuma al filósofo Martin Heidegger que publicó *Der Spiegel* diez años después de efectuada. Rojo, que es bien consciente de lo extemporáneo de su anhelo, lo acompaña en su texto con algunas de las mejores definiciones del “moderantismo” que usted, amigo lector, hallará en este libro. Y le propondrá, también a usted, un divertido reto, que nos confiesa que a él le suele deleitar: cuando venga a toparse usted con un moderado, planteéle una pregunta bien afilada: “Pero vamos a ver: tú, ¿en qué crees? ¿Cuáles son tus convicciones?”. “La escena que se produce a continuación es, a veces, tremendamente divertida”, nos avanza este autor, y en su contribución podrá hallarse un chispeante análisis de la misma.

* * *

Los capítulos del 1 al 9 de esta compilación se concentran, como puede colegirse de la pequeña presentación que acabamos de elaborar de ellos, en la vertiente española de esa ansia de cierta derecha por moderarse. Tiene sentido, dado que es la vertiente cuyas aguas nos llegan con mayor ímpetu. Ahora bien, incluso si quisiésemos limitarnos a comprender tan solo lo que nos ocurre en España, faltaría a tal investigación abordar preguntas sobre el contexto histórico y geopolítico en que tales avatares se producen. Es lo que hemos deseado acometer en los capítulos del 10 al 13 de este libro. Donde damos la palabra además a otros autores de la Iberosfera, convencidos de que lo que se percibe en Chile, Brasil o Guatemala no es nunca del todo ajeno a la vida de un español.

Comienza esta segunda parte del volumen con el iluminador capítulo del periodista y crítico cultural valenciano José Javier Esparza, el décimo, titulado “Por qué murió la vieja derecha (y dónde encontrar a la derecha nueva)”. Allí las preguntas que durante la parte primera se han focalizado en España adquieren un marco más general, que concierne a nuestro Occidente todo. Y se proporciona además una respuesta a

la pregunta (que ha sobrevolado también toda la primera parte) sobre qué significa eso de ser “de derechas”. Esparza nos otorga una respuesta cuando menos inspiradora: “en la historia política del mundo moderno, que es un río demencial, la derecha ha sido siempre el sedimento, lo que iba quedando, (...) lo que ha impedido que el río sea más demencial de lo que ya de por sí ha sido”. Por eso se congregan bajo el rótulo de “derecha” ideas políticas bien diversas entre sí —según han ido siendo unos u otros los baluartes que se han ido blandiendo contra los sucesivos e incansables avances del izquierdismo—. Y bien, ¿cuál podría ser entonces la derecha, el sedimento, que hoy podría poner coto a los arreones más recientes (y desquiciados) de la izquierda contemporánea, aliada de las megacorporaciones más capitalistas y de las instituciones gobernantes más globales? Esparza tiene claro que en la actualidad (a diferencia de otros momentos del pasado, en que fue su aliada) la derecha no puede, siguiendo este análisis, sino dirigirse contra los poderes establecidos. Y que, por consiguiente, pocas veces ha sido más pertinente que hoy día la idea de una “revolución” de derechas.



(Foto: Grae Dickason | Pixabay).

Nadie mejor para hablarnos de las dificultades de ese enfrentarse desde la derecha a los poderes establecidos que el diplomático Ernesto Araújo, que pudo vivirlas en primera persona como ministro de Relaciones Exteriores del Brasil con el Gobierno de Jair Bolsonaro (2019-2021). Araújo —que es discípulo del filósofo, también brasileño, Olavo de Carvalho— critica en el undécimo capítulo de este libro la que él etiqueta como “derecha permitida”, que a su juicio es inevitable ver ya como el complemento necesario y la aliada objetiva de la izquierda actual (lo que el citado Olavo de Carvalho denominaba “teatro de las tijeras”, por los dos filos, izquierdo y derecho, que tal instrumentos cotidiano también posee). Esa “derecha permitida” es además heredera de un balance erróneo de lo que significó la caída del Muro de Berlín: no se trató nunca de que ya no fuese necesario, una vez constatada la victoria occidental en el campo económico y geopolítico, apostar por los principios morales e intelectuales de nuestra civilización. Bien al contrario, como ya detectó Plutarco en el siglo I, y sabría recoger luego Donoso Cortés en el XIX, “es cosa más fácil fundar una ciudad en el aire que constituir una sociedad sin creencia en dioses”. Con todo y con eso, una recuperación de esa inspiración religiosa resulta ardua, para Araújo, cuando habitamos también tiempos de una “Iglesia permitida” que, bajo el papado de Francisco, no trata ya de actuar contra el mundo, sino de integrarse en esa curiosa mezcla *made in China* de autoritarismo político y capitalismo acelerado que va copando la realidad internacional.

Si los análisis de Esparza y Araújo ponen el foco en esa realidad como conjunto (aunque proporcionen algún ejemplo más centrado, en el primer caso, sobre España y, en el segundo, sobre Brasil), la contribución que la politóloga Christa Walters hace a esta segunda parte del presente volumen (y que ocupa su capítulo 12) es la más ceñida al caso concreto de un país. En este caso, el suyo, Guatemala. Su análisis resulta iluminador por cuanto detecta allí de nuevo una “falsa derecha”, que solo verbalmente defiende los principios conservadores (por otra parte, ampliamente extendidos entre la población de su país), pero que en la práctica asume prácticas de corrupción institucionalizada que abre la vía a las denuncias (y quizá el poder creciente) de la izquierda. Este modo de desnaturalización de la derecha política moderantista, como

mera fachada tras la cual ocultar la corrupción más inmoderada, y el hecho de que tales hábitos acaben proporcionando más y más poder a las izquierdas, no nos resulta desconocido en España, donde el PP “moderado” de Mariano Rajoy resultó ser también el PP inmerso en numerosos casos de corrupción, y el que sirvió de preámbulo al acceso al gobierno del PSOE y Unidas Podemos. Se diría que cuando uno entra en política sin mucho ánimo de batallar, corajudo, por sus principios acaba batallando en todo caso, sí, y bien corajudo, pero por su bolsillo.

El último y decimotercer capítulo de este volumen recopilatorio es el aportado por la profesora, columnista, filósofa y politóloga chilena Vanessa Kaiser, titulado escuetamente “Sin palabras”. Kaiser efectúa allí una denuncia terminante de la nueva amenaza dual que hoy afronta la libertad en nuestro mundo: el de una clase política que aspira a ocupar el gobierno “mundial de una vez y para siempre”, y el de la “plutocracia neomercantilista internacional”; ambos escudados bajo la excusa de ser la única solución para “salvar el planeta”. Se engaña la que Kaiser etiqueta como “derecha acomodaticia” si cree que podrá salvarse ante esta descomunal amenaza (como tantos otros moderados se han engañado a lo largo de la historia mundial creyendo que podrían controlar a los revolucionarios de izquierda más desatados): la deshumanización intrínseca a este nuevo proyecto de dominación global no se frenará ante nadie, al igual que tampoco quisieron frenarse revolucionarios del pasado como los soviéticos, que también perseguían “la destrucción de las naciones, la pérdida de soberanía y la disolución de las familias”.

* * *

He aquí, en suma, trece miradas sobre el mundo de la “moderación” que son también trece miradas sobre nuestro mundo *tout court*. Para los triscaidecafóbicos cabe argüir que, con esta introducción, los textos que aquí presentamos son en realidad catorce. Para aquellos con fobia más bien hacia el mundo al que nos conduce hoy la derecha “moderada” y la izquierda en su conjunto, fobia hacia la mentalidad que patrocinan tanto las agencias de la ONU como las series de Netflix, fobia hacia la cosmovisión que se dicta desde las universidades *woke* norteamericanas

y que difunde el periodismo de las grandes cadenas, para todas estas y otras razonables fobias similares, creo que proporcionamos aquí un útil prontuario de recursos teóricos con que armarlas. Ojalá el lector sepa utilizarlos con tan escasa moderación como poca es la que inspira su escritura. Y ojalá su éxito sea, asimismo, poco moderado.

LA SOLEDAD DEL INTELLECTUAL DE DERECHAS

Pedro Carlos González Cuevas

Sobre los intelectuales son múltiples las aproximaciones y definiciones. Convencionalmente, podemos partir de la tesis del economista y sociólogo Joseph Schumpeter, según la cual los intelectuales son los portadores del “poder de la palabra”, es decir, individuos creadores de bienes culturales y simbólicos. Una de sus funciones sociales más características ha sido en todo momento la creación de opinión.

En España, el desarrollo de la élite intelectual siempre tropezó, como en otras sociedades europeas, con no pocas dificultades. El historiador francés Paul Bénichou señaló, en su obra célebre *La coronación del escritor*, que el intelectual en Francia, tras la Ilustración y la Revolución de 1789, logró ocupar el rol social que hasta entonces había ocupado el sacerdote a lo largo del Antiguo Régimen. Algo que nunca ocurrió en España. En nuestro país, el papel intelectual y moral de la Iglesia católica fue de primer orden hasta fechas relativamente próximas; lo cual condicionó la trayectoria la intelectualidad conservadora española, ligada, por lo general, al catolicismo.

Ello comenzó a cambiar sobre todo a partir de la crisis del 98. Las izquierdas españolas, y en particular las de extracción obrera, se caracterizaron por un profundo sesgo antiintelectual. Y es que asociaban

al intelectual con la burguesía. Basta con recordar el contenido de los endebles escritos del fundador del PSOE, Pablo Iglesias Posse, y su enemiga hacia los denominados “obreros intelectuales”. O las soflamas de la líder comunista Dolores Ibárruri contra “los intelectuales cabeza de chorlito”. Resulta memorable igualmente el duro contenido del artículo de María Zambrano, presunta filósofa, *La libertad del intelectual*, contra su maestro José Ortega y Gasset, escrito en plena Guerra Civil. La izquierda socialista y comunista española nunca tuvo en sus filas intelectuales de relieve.

La edad de oro de los intelectuales españoles comenzó en 1898, la crisis de la Restauración y la II República. Hombres representativos de esa época fueron Unamuno, “Azorín”, Maeztu, Marañón, Ortega y Gasset o Eugenio D’Ors. Ninguno fue de izquierdas. Ni tan siquiera la Institución Libre de Enseñanza puede ser considerada de izquierda, salvo algunas excepciones como las de Fernando de los Ríos o Julián Besteiro. La concepción de la sociedad defendida por Francisco Giner y los suyos era organicista y armnicista, cuya concreción político-social era el corporativismo. Giner llegó a declararse enemigo del sufragio universal. Gumersindo de Azcárate alababa a Balmes, y defendía el corporativismo. A veces se olvida, o se ignora, que la figura del “dictador tutelar” no fue creada por la derecha tradicional, conservadora, liberal o católica, sino por intelectuales de la Institución como Joaquín Costa o Rafael Altamira. Lo que les distanciaba de las derechas era su heterodoxia religiosa. Por su parte, el único intento serio de organizar a la derecha intelectual fue el protagonizado por Ramiro de Maeztu a través de *Acción Española*. Ortega y Gasset pudo ser el líder intelectual de la derecha liberal, pero pronto tiró la toalla.

Con todo, la actividad pública del conjunto de la intelectualidad española terminó en una profunda desilusión y en una catástrofe social y política como fue la Guerra Civil. El régimen de Franco persiguió a los intelectuales de izquierda, pero disfrutó igualmente, en sus primeros años, del apoyo de intelectuales de calidad nada desdeñable como Francisco Javier Conde, Pedro Laín Entralgo, Antonio Tovar, Dionisio Ridruejo, José Luis López Aranguren, Adolfo

Muñoz Alonso, Ernesto Giménez Caballero... Sin embargo, desde el año 1956 se produjo la disidencia de los representantes del denominado falangismo “liberal”, como Laín, Ridruejo, López Aranguren y Tovar. Al mismo tiempo, el contenido teológico-político del Concilio Vaticano II y el desarrollo económico de los años 60 contribuyeron decisivamente al socavamiento de la cultura política y cívica que servía de fundamento al régimen.

A partir de entonces, el franquismo estuvo intelectualmente a la defensiva. No es que careciese de pensadores, escritores y artistas afines en ese momento; los había: Ernesto Giménez Caballero, Emiliano Aguado, Adolfo Muñoz Alonso, Emilio Romero, Gonzalo Fernández de la Mora, Juan Velarde, Torcuato Luca de Tena, Manuel Halcón, Mercedes Salasachs, José Luis Sáenz de Heredia, Manuel Alcántara, Pedro de Lorenzo, Jesús Fueyo, Eugenio Montes, Florentino Pérez Embid, Ignacio Agustí, Ángel Palomino, Álvaro de la Iglesia, Alfonso Paso, José García Nieto, Vicente Marrero, Joaquín Calvo Sotelo, Juan de Ávalos, Salvador Dalí, José María Sánchez Silva, Federico Suárez, Rafael García Serrano, etc.,



Número de febrero de 1961 de la revista *Triunfo*, portaestandarte legal de la oposición intelectual al franquismo en esa década.

etc. Sin embargo, apenas dispusieron de órganos de difusión de sus ideas. Y aquellos intelectuales fueron criticados, ridiculizados o, simplemente, silenciados por la emergente intelectualidad de izquierdas. En el contexto del denominado tardofranquismo, tuvo lugar la edad de oro de tal intelectualidad izquierdista, a pesar de, o quizás gracias a, una censura cada vez más ineficaz y contraproducente. Se fundaron editoriales y revistas como Triunfo, Cuadernos para el Diálogo, Anagrama, Seix Barral, Ayuso, Ariel, Siglo XXI, Ciencia Nueva, etc.

Ante aquella ofensiva, Fernández de la Mora propugnó una política de “rearme intelectual”. Pero nadie le siguió en aquella iniciativa. Ricardo de la Cierva, biógrafo de Franco y director de Cultura Popular, reconocía, por entonces, que los intelectuales de izquierda “han tenido siempre más ayudas, mejores editoriales, mejores librerías, más atención a sus obras”. Sin embargo, bajo su égida no sólo no se otorgó más atención y apoyo a los intelectuales afines al régimen, sino que se declararon de “interés general” los libros de dos intelectuales comunistas como Carlos París (*La Universidad española. Posibilidades y frustraciones*) y Manuel Vázquez Montalbán (*La penetración americana en España*). No es extraño que el viejo intelectual falangista Ernesto Giménez Caballero denunciara, en El Alcázar, que “España no aparta y silencia a los intelectuales disidentes del Estado, sino a aquellos que lo defienden”. Revistas culturales conservadoras como Punta Europa o Atlántida desaparecieron, sin recibir apoyo del régimen. Mientras tanto, aparecía Sistema, hoy órgano de la Fundación Pablo Iglesias, y crecía la influencia de Triunfo y Cuadernos para el Diálogo.

El advenimiento del régimen de partidos (algo que otros denominan sin más “democracia”) no trajo consigo, como algunos ingenuos o interesados presagiaban o creían, una mejora cualitativa de nuestra situación cultural. Hemos pasado de los *Estudios 1*, de la televisión franquista, con sus Pirandello, Ibsen, Zorrilla, Cervantes, Lope de Vega, Calderón, Tennessee Williams, Reginald Rose (*Doce hombres sin piedad*), Georges Bernanos o Arthur Miller, y *La Clave*, de José Luis Balbín, en los comienzos de la Transición, a los descacharrantes programas “rosa” o del “famoso”, que tienen su culmen en Jorge Javier Vázquez, sólo aptos para (en palabras del propio presentador) “rojos y maricones”. A mi modo de ver, esto significa una auténtica regresión intelectual y moral. Como hubiera dicho hoy Ortega y Gasset, vivimos, ahora sí, bajo el “brutal imperio de las masas”. Progresivamente, el agitador mediático ocupó el rol del intelectual.

Y es que resulta, para muchos, evidente que el momento cultural español se caracteriza por una falta de creatividad ciertamente singular; lo que inevitablemente refleja el hedonismo, la superficialidad y el narcisismo

dominantes en el conjunto de la sociedad española. Por otra parte, el debate profundo de ideas políticas ha brillado (y sigue brillando) por su ausencia. El sociólogo español Víctor Pérez Díaz ha hecho hincapié en ese fenómeno cuando, al describir la vida cultural española de los últimos años, menciona la preeminencia de los denominados “líderes exhortativos”, es decir, al servicio de un partido político o de un grupo mediático, frente a los “líderes deliberativos”, independientes; y denunciaba la tendencia de los primeros a estrangular la emergencia de nuevas ideas y alternativas. El diario *El País* ejerció, *de facto*, como señaló José Luis López Aranguren, la función de *intelectual orgánico colectivo* del nuevo régimen. En ese sentido, hay que destacar la labor inquisidora de quien fue su editorialista en la sombra, Javier Pradera. De esta forma el actual régimen de partidos creó, sobre todo a partir de la llegada de los socialistas al poder, una especie de lo que Marc Fumaroli define como “Estado cultural” con el propósito claro de orientar y dirigir la opinión pública dominante. La Administración copó los resortes de la promoción cultural, creando filósofos orgánicos, escritores orgánicos, cineastas orgánicos y pintores orgánicos, mediante premios, subvenciones, catálogos, comisiones, jurados, etc. Una política seguida igualmente por las comunidades autónomas, sobre todo las regidas, como Cataluña y el País Vasco, por gobiernos nacionalistas.

El actual régimen de partidos ha creado su propia cultura política y su propia invención de la tradición, mediante la concepción de la democracia liberal como auténtica religión civil; la interpretación del período de la Transición poco menos que como historia sacra que desemboca providencialmente en un proceso político modélico; la Constitución de 1978 como texto sagrado; el Estado de las autonomías como constitución natural de la sociedad española; la Monarquía constitucional como institución ejemplar; el consenso como modelo de acción política; y el ideal europeísta como horizonte político. A ello hay que añadir los perfiles de lo que Jean Bricmont ha denominado “izquierda moral”, cuyo centro de interés no es ya la transformación económica de la sociedad, sino los discursos donde se estigmatizan enemigos tales como el racismo, la xenofobia o la extrema derecha; la defensa de los homosexuales o el feminismo radical; el recurso a la reivindicación de las víctimas

del fascismo, o, en el caso español, del franquismo, etc. Por decirlo en lenguaje marxista, la “izquierda moral” apela a la conciencia y no al ser social, a las superestructuras y no a la infraestructura.



Manuel Fraga, fundador y presidente de Alianza Popular. (Foto: Biblioteca de Asturias).

La derecha careció de proyecto cultural, que fue prácticamente monopolizado, como ya hemos dicho, por las izquierdas. Bajo la dirección de Manuel Fraga, Alianza Popular intentó la creación de un laboratorio de ideas a través de la Fundación Cánovas del Castillo y de la revista Veintiuno; pero, a la larga, resultó un proyecto fallido, alicorto y carente de iniciativa. Cuando José María Aznar llegó a la dirección del Partido Popular decidió acabar con la Cánovas del Castillo para organizar la Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales, más dedicada a la economía que a la alta cultura. Un remedio peor que la enfermedad. El Partido Popular en general y la FAES en particular fueron incapaces no ya de desarrollar una defensa coherente de su proyecto político, sino de organizar a la dispersa intelectualidad conservadora. Y, en el fondo, asumió como propia toda la parafernalia cultural creada por las izquierdas y por los nacionalistas. Así lo demostró en su estúpida reivindicación de Manuel Azaña, toda una declaración de principios e intenciones. Revistas como Razón Española, fundada en 1983 por Gonzalo Fernández de la Mora, fueron marginadas sistemáticamente por la propia derecha. Bajo el gobierno del Partido Popular, no sólo no se desarrolló ningún proyecto de carácter cultural, sino que fue la edad de oro de programas como *Tómbola*. La alienación como método y principio. La razón cínica como norma.

El Partido Popular defiende, en realidad, en su práctica política cotidiana una especie de neoliberalismo progresista, muy próximo al del Partido Demócrata norteamericano, que mezcla un liberalismo económico a ultranza con la aceptación implícita y explícita del feminismo radical, del multiculturalismo, los derechos LGTBTI, la ideología de género, etc., etc. De ahí que no sólo sus elites dirigentes no hayan sido capaces de someter a crítica puntual el contenido ideológico de tales tendencias, sino de derogar la legislación promulgada por los socialistas. De Ciudadanos no es preciso hablar demasiado; ha sido y es la contrainteligencia, el centrismo puro, la nada. Por eso, se encuentra en un irreversible proceso de desaparición. En la etapa de Mariano Rajoy se dio a la izquierda el control prácticamente total de los medios de comunicación. La aparición de La Sexta fue todo un acontecimiento, una auténtica plataforma de difusión de las ideas y planteamientos de una izquierda tan cutre y mediocre como la española, donde se glorifica a intelectuales y artistas de izquierdas, con espíritu sectario y exclusivista. A ello hay que añadir que el control de las grandes empresas editoriales sigue en manos del liberalismo progresista y de la izquierda: Akal, Alianza, Tusquets, Debate, Crítica, Tecnos, Ariel, Gedisa, etc. La difusión de la obra de intelectuales de extrema izquierda, como Althusser, Derrida, Butler, Žižek, Rancière, Agamben, Badiou, etc., etc., resulta asfixiante. Pocos españoles se han enterado de la existencia de Scruton, MacIntyre o De Benoist. En historia contemporánea solo parecen contar el narcisista, sectario y mediocre Ángel Viñas o el epicé-nico Paul Preston, pese a que sus obras no resisten un análisis racional.

Por todo ello, el saludable y necesario pluralismo agonístico se halla hoy bloqueado en la sociedad española. La hegemonía de la izquierda resulta abrumadora, incontestable, a unos niveles que rozan la obscenidad. En este contexto, el intelectual que se considera de derechas se encuentra totalmente aislado; y el público conservador, sin razones de su razón. Tan sólo Vox plantea críticas y alternativas a la hegemonía izquierdista, pero todavía es un partido político minoritario y, por desgracia, bastante aislado.

Algunos medios de derecha parecen alérgicos al tema cultural; lo sé por experiencia propia. Hace un par de años, José Barros, periodista culto y

abierto a temas de filosofía e historia, me ofreció colaborar en *Okdiario*. No sin escepticismo, acepté. Durante algo menos de un año escribí sobre Jürgen Habermas, Alasdair MacIntyre, Luis Díez del Corral, Dalmacio Negro Pavón, Manuel Azaña, Josep Fontana, Manuel Sacristán, Manuel Fraga, Paul Preston, Ángel Viñas, etc. Y creo que con éxito, porque fui muy criticado por los partidarios de Fontana, Preston y Viñas, que es lo que buscaba; y logré entablar un diálogo intelectual con un discípulo de Manuel Sacristán, Salvador López Arnal. Al parecer este éxito fue contraproducente, porque Barros fue cesado y yo con él. Nadie me dio la menor explicación. A Inda y sus acólitos le interesa más el fútbol. Sin duda. Es más lucrativo.

Otro ejemplo claro de esta postura es 13 TV, órgano mediático, como la COPE, de la Iglesia católica. Su actuación me parece absolutamente escandalosa. Y demuestra que la jerarquía eclesiástica ha renunciado a ejercer la necesaria función pedagógica y evangelizadora. España es hoy tierra de misión. Sin embargo, la Iglesia católica, y me refiero una vez más a la jerarquía, y no al pueblo de Dios, se limita a defender sus intereses corporativos, no a difundir su mensaje y cultura. Juan Pablo II y Benedicto XVI tenían un proyecto teológico-político, que en España no se supo difundir; Bergoglio, no. 13 TV y la COPE se limitan a defender los intereses políticos de la jerarquía y del Partido Popular. Sus programas, salvo la misa, son absolutamente impresentables; un insulto a la inteligencia de los católicos y del conjunto de los españoles. No sólo no difunden la cultura católica, sino que se limitan repetitivamente a trasmitir películas del Oeste, e incluso del brutal Steven Seagal. Su programa de opinión, *El Cascabel*, es no sólo mediocre, como lo son sus presentadores, sino absolutamente tendencioso en favor del Partido Popular; incapaz de defender con eficacia los principios cristianos. Sus tertulianos son, con alguna salvedad, un conjunto de bustos parlantes. A ese respecto no deja de ser significativo que la jerarquía, que hizo mutis por el foro con la exhumación de los restos mortales de Francisco Franco, haya rendido homenaje a Juan Carlos I, hoy en tierras africanas, todo un modelo de católico, tanto en su vida privada como pública.

Estos grupos mediáticos, como el Partido Popular, son incapaces de calibrar la gravedad de la situación. No es solo la unidad nacional la

que se encuentra en riesgo; es el modelo antropológico que se nos está imponiendo sin apenas resistencia y crítica el que nos lleva, a medio plazo, a la ruina. El fin de las tradiciones y el progreso del individualismo nos han hecho perder casi toda posibilidad de certezas, de fundamentos espirituales y morales, religiosos o no. Esta situación no resulta sólo turbadora; es trágica. El problema planteado al individuo por el universo democrático es, en realidad, el del límite y el del fundamento del límite de la subjetividad. Lo cual puede percibirse, por ejemplo, en los temas bioéticos: el aborto, las manipulaciones genéticas, el cuestionamiento de la vida de los discapacitados, la práctica de las madres de alquiler, la eutanasia o el transhumanismo.

Hoy por hoy, el único grupo mediático que ha sido capaz de plantear y difundir un proyecto claramente de derechas ha sido y es El Toro/ Intereconomía. Un claro ejemplo a seguir con su difusión de los principios conservadores y su crítica de la memoria histórica, la ideología de género y el nacionalismo separatista. Su programa *El gato al agua* es un modelo de coherencia cultural, intelectual y política. *Tiempos modernos* fue el único programa de historia que se ofrece al público español. Por desgracia, no dispone de los suficientes medios materiales, pero le sobra voluntad. Esperemos que se consolide.



Julio Ariza, presidente del grupo mediático español Intereconomía, en una imagen de El Toro TV, cadena televisiva de tal grupo. (Foto: El Toro TV).

No es bueno que los intelectuales de derechas, pocos o muchos, se sientan solos, aislados. Organizarlos en torno a un proyecto intelectual y moral es hoy un imperativo categórico. Porque en esa lucha nos jugamos el futuro. Solo mediante el debate intelectual y la lucha por la hegemonía cultural podrá darse respuesta no sólo al sempiterno problema de España, sino al de los fundamentos de la vida social. El problema tiene difícil solución; pero, como dijo alguien, la política no es el arte de lo posible; es el arte de hacer posible lo necesario.

PROBLEMAS DE GENEALOGÍA DE LAS DERECHAS ESPAÑOLAS

Urko Heller

I

En los últimos años, tanto en representantes políticos de la derecha sistémica como en sus terminales de opinión, hemos podido ver una innegable alergia a los debates éticos o ideológicos, así como una hegemonía del pensamiento *liberal-progresista*, que no es profesado por la mayoría de su público. Aunque el fenómeno de desideologización y abandono de posiciones históricas en las derechas sistémicas (otrora democristianas, otrora liberal-conservadoras) es un fenómeno global, en España este es especialmente intenso —probablemente el país del mundo occidental donde más se da, junto con Irlanda— y se combina con la ausencia o colapso de una especie de sociedad civil conservadora. ¿A qué se debe este fenómeno? En este texto proponemos que, en gran medida, se debe al repudio a la propia genealogía e historia, y a una desorientación fatal ante el devenir del mundo y la historia de España y sus pueblos. Este mismo repudio y desorientación del estándar «*derechista español*» lo han llevado aún más lejos los partidos de las derechas periféricas, desde el ya plenamente progresista y laico PNV hasta los restos desdichados del mundo convergente que, en un espacio ideológico delirante, hoy se intentan reinventar como una especie de socialdemocracia libertaria proempresariado (no descarten que cuando Junts per Catalunya de-

cida sentarse en algún sitio, lo haga junto a las organizaciones piratas europeas, entre las que destaca la de la República Checa).

Como en todos los países de Europa, la tradición ideológica y cultural de la derecha española era muy rica y variada hasta su crisis de entreguerras, e incluso tenía una variedad mayor que en otros países de Europa Occidental. Sin ponernos a citar nombres de pensadores, con el cambio de siglo XIX al XX las muy variadas derechas españolas acogían en su seno desde tradicionalistas a liberales progresistas —que, sin embargo, renegaban del anticlericalismo—, pasando por conservadores con preocupaciones sociales, que observaban atentamente al mundo anglosajón, y liberales más conservadores admiradores del *orleanismo* o de una interpretación conservadora de la III República francesa; sin descuidar la presencia de integristas admiradores del principio de autoridad que hundían sus convicciones en un análisis profundo del caótico siglo XIX español. Aparecía, así mismo, el nacionalismo vasco como una vertiente más identitaria-localista y democratizante del tradicionalismo, nacido a causa de la parálisis del carlismo y de las limitaciones del integrismo ante muchos problemas políticos vascos. También nos encontrábamos con el nacionalismo catalán, muy distinto del vasco, orientado por una burguesía liberal y a veces radical (en el sentido francés) con deseos alternos de emancipación o dominación sobre la cosa “española”. La lenta transición a una democracia de masas y la muy gradual irrupción de las clases medias en política fue descarrilada por la crisis de la Restauración y el golpe cívico-militar de Miguel Primo de Rivera.

La vuelta al parlamentarismo con la II República, tras el fracaso de la dictadura primorriverista y de una ridícula operación monárquica reformista, produjo una modernización y repolitización muy acelerada en toda España, por supuesto también en la derecha. En los años 30, la República española tenía en su espectro derecho a fascistas, a nacionalistas románticos y distributivos enamorados de la parafernalia fascista, a monárquicos autoritarios y oligárquicos, a un renacido tradicionalismo enrocado en la defensa de la Fe, a unos pujantes, aunque minoritarios —y poco estudiados— sindicatos católicos, a un conservadurismo democrático y liberal de base rural (el olvidado Partido Agrario de Martí-

nez de Velasco), al catolicismo político de la CEDA, que abarcaba desde el corporativismo parafascista a una nascente democracia cristiana que ya se había esbozado en los años 20 con el Partido Social Popular; y, por supuesto, al liberalismo, desde la vertiente conservadora del nacionalismo catalán moderado de la Lliga hasta la corriente anglófila de los seguidores de Melquiades Álvarez, o el liberalismo populista pero integrador y profundamente nacionalista español del lerroxismo. Incluso para los años 30 el Partido Nacionalista Vasco ya se había convertido en la primera organización demócratacristiana moderna de España, colocándose en el espectro izquierdo del catolicismo político, junto a los derrotados (en aquel momento) católicos alemanes e italianos, que ya habían sufrido el zarpazo político del éxito del fascismo.

No se puede ignorar el carácter rector de la gran burguesía, o la muy declinante aristocracia, sobre la mayoría de estas corrientes u organizaciones. Pero sería un error fatal circunscribirlo a estas como hacen muchos historiadores «ortodoxos». No se pueden obviar las organizaciones de base católicas, desde Acción Católica o la ACdP a las asociaciones de padres o de pequeños propietarios; desde las cooperativas rurales de crédito a los sindicatos católicos —hubo incluso uno especialmente combativo, la STV vasca original—o también la existencia de una fuerte movilización política de arrendatarios y pequeños propietarios en el sur de España, cuyos intereses podían verse amenazados por los sindicatos de clase. Sin entrar a valorar su éxito o la justicia de sus reivindicaciones, existía en España una especie de sociedad civil derechista relativamente movilizada —perfectamente movilizada para los estándares de la época—. Aunque muchas de estas organizaciones se habían creado con celeridad y muchas veces torpeza, producto de los frenos y marcha atrás del desarrollo de las instituciones en España, suponían un fuerte mecanismo de movilización de las clases medias y de los sectores conservadores de las clases subalternas, incluso a pesar de que el liderazgo político principal lo ostentaran las élites económicas.

Todo este mundo político diverso que se desarrolla en el hemisferio derecho de la sociedad entre 1868 y 1936 es ahogado por la riada de la Guerra Civil. La emergencia del combate militar, la dirección unifor-

mada y el miedo a la revolución —que se torna en sangrienta realidad en casi toda la zona roja—, junto a los excesos de la represión de la zona nacional, amontonaron o disolvieron todas estas tendencias u organizaciones. A veces es la propia dirección militar la que se encargó de vaciar (Falange) o liquidar amablemente (carlismo) a los más pujantes colaboradores en la lucha. Otras expresiones minoritarias de la derecha, como el PNV (al contrario que el nacionalismo catalán liberal-conservador), junto a un par de diputados aislados liberales, se colocaron incluso junto al bando derrotado, sufriendo la misma persecución violenta.



El sacerdote Ángel Ayala Alarcó con miembros de la recién fundada Asociación Católica de Propagandistas, cuyo objetivo era movilizar a los católicos a través de mítines y el uso de la prensa, hacia 1909. (Foto: Torsade de Pointes | Wikimedia Commons).

Cuando Franco triunfó no lo hizo a la cabeza de una amplia coalición política, sino encabezando un partido militar, vencedor en el campo de batalla, que empezó a crear a su imagen y semejanza, con el apoyo de las élites económicas, una mínima élite política para regir el Estado. Las continuidades personales con el pasado son muchas: incontables políticos y pensadores de las mil y una familias de la de-

recha se reintegraron en el Régimen; pero la continuidad política fue exigua. Franco y sus compañeros recibieron el aliento de una sociología muy diversa que renunció a todos sus programas políticos para ganar la guerra y derrotar a la —no entraremos a discutir aquí si real o fantasmal— revolución. Franco tomó nota de esta cesión global y convirtió su régimen en un festival de dádivas materiales, premios y castigos arbitrarios y absoluta desmovilización política de la derecha española en todos sus órdenes y sectores, excepto dentro de la Iglesia católica —a la que burocratiza hasta el extremo, convirtiéndola en casi una dependencia ministerial— y en la capa superior económica que, junto con los veteranos de guerra —ya sean de origen más militar o más político— conformaron familias burocráticas que se repartieron, no siempre de forma bien avenida, el poder. Franco confiaba en que la continuidad de su programa político se apoyase en el prestigio de su figura personal y en el control de la sociedad. Pero cuando las élites económicas atisbaron el envejecimiento del franquismo y la posibilidad de un cambio agresivo, y la Iglesia católica quiso emanciparse de la gestión burocrática del Estado y reconoció las divisiones en su seno, ambas facciones abandonaron al franquismo y este se desmoronó como un castillo de naipes con la muerte del Caudillo.

El efecto del franquismo en la sociedad conservadora o «*moderada*» (palabra tan de moda hoy en día) española es una idea consensual de antipolítica. La discusión política es un embrollo. No existen (no deben existir) proyectos políticos. El conflicto es aterrador. La aspiración debe ser estrictamente a un cierto orden, una cierta paz, una cierta prosperidad y a una vaga base cristiana —la Iglesia, con Tarancón a la cabeza, se encargará de echar por tierra esta aspiración en la Transición democrática—. La única defensa feroz que la derecha está dispuesta a perpetrar es la de la unidad nacional —la más básica en cualquier Estado, pero que, desvirtuada por el extraño jacobinismo católico del franquismo, tomó una forma muy contradictoria con la tradición y la realidad social de España—. Los ecos de esta antipolítica franquista se pueden escuchar en liberales españoles contemporáneos, que exigen que la política se limite a una mera resolución de problemas —preferiblemente fiscales— y a dejar a los ciudadanos en paz. Las élites económicas aprendieron del

franquismo a generar camarillas y grupos de interés que pelean única y exclusivamente en los despachos para repartirse el poder. Lo hemos visto de sobra en los últimos cincuenta años.

Así pues, el franquismo se convierte en un vengador de sus propios y cruentos excesos. Disolvió todas aquellas tradiciones y energías que le ayudaron a llegar al poder, y a consolidarlo; pero, al mismo tiempo, cavó el suelo bajo sus pies. Nada perdurará realmente del programa político del franquismo, pues este nunca buscó movilizar a la sociedad, sino cogobernar con la gran burguesía, la Iglesia y una nueva clase tecnocrática, que zarparon en direcciones distintas cuando el franquismo se convirtió en la pata más débil. Por el contrario, sus vicios en la gestión del Estado si perdurarán.

La Transición Democrática sólo profundizará estas tendencias: UCD será un partido creado desde el poder y por el poder, con la misma estructura de camarillas elitistas, y un mensaje vago y tranquilizador. Alianza Popular será un amontonamiento de damnificados por la creación de UCD, de todos aquellos demasiado conservadores y nostálgicos para el *blandiblu* centrista; pero incluso su extraordinariamente ideologizado líder, Manuel Fraga, los llevará a vaciarse e ir adoptando las consignas ideológicas de moda en el extranjero. En los 80, Fraga tomará insistentemente de referencia a Margaret Thatcher, y a nadie más. Este fenómeno se repetirá en el futuro ante cada nueva hegemonía ideológica en el mundo anglosajón.

Solo dos grupos políticos muy minoritarios —uno en el límite izquierdo de la derecha y otro en el límite más derecho: las organizaciones demócratacristianas de Joaquín Ruiz Giménez y José María Gil-Robles, por un lado, y Fuerza Nueva por otro— intentarán conectar con la genealogía y el sustrato de la sociedad, pero fracasarán estrepitosamente al no contar ni con el apoyo de las élites económicas ni con el apoyo de la Iglesia católica, que bajo la égida del cardenal Tarancón decide borrar y ocultarse de la política durante treinta largos años, hasta su canto del cisne como movilizador social en la primera y tan destructiva legislatura de José Luis Rodríguez Zapatero.



Vicente Enrique y Tarancón, cardenal arzobispo de Madrid (1971-1983), figura clave de la Iglesia católica española durante la Transición. (Foto: Conferencia Episcopal Española).

La desmovilización y burocratización del régimen franquista, y la disolución que el régimen perpetró de toda forma de sociedad civil —el colapso de Acción Católica en España, frente a su pujanza en otros países vecinos más seculares, es solo un ejemplo entre muchos— dejó a la derecha sin casi asideros ideológicos y culturales cuando comenzó la andadura democrática. Este proceso no ha hecho otra cosa que profundizarse con la salvedad de la primera legislatura de Zapatero y, tímidamente, a partir de la crisis territorial de 2017.

II

En suma, el franquismo actuó de disolvente-desmovilizador de todas aquellas corrientes y sectores ideológicos que le habían hecho ganar la guerra, y su largo brazo alcanzó incluso a la Iglesia católica, cuyas organizaciones movilizadoras también colapsaron durante el franquismo (hecho que tal vez estuvo en la mente del cardenal Tarancón cuando impuso un divorcio visceral entre la Iglesia y el activismo político, divorcio que duró treinta años e impidió el desarrollo de una democracia cristiana en España). Las organizaciones matrices de la derecha sistémica tras la muerte de Franco, AP y UCD, fueron creadas desde el poder y acogiendo a algunos díscolos (pero pasando por encima de toda la oposición derechista al régimen, *que haberla, hayla*). En cualquier caso ambas gozaron de una debilidad organizativa notable. Entre 1977 y 1982 no fueron más que organizaciones de cuadros que heredaron la burocracia del régimen, nuevas y viejas élites y algunos disidentes, pero tras de ellos no había nada salvo generosa financiación ocasional y la

prensa oficial. Las estructuras de camarillas de intereses personales y solo a veces ideológicos, heredada de la administración del Movimiento Nacional, hizo estallar a la UCD entre 1980 y 1982 tras el fracaso del liderazgo caudillista de Adolfo Suárez, quien, con independencia de su labor como gobernante, en tanto que jefe de UCD se descubrió como un caudillo sin acaudillados y fue persistentemente traicionado por la nueva burocracia de la que él mismo había surgido. AP y Fraga se limitaron a esperar el colapso de UCD, a confrontar con meras generalidades a la izquierda y a ir heredando las piezas desgajadas del partido del poder.

Esta galaxia torpe fue sorprendida por la mucho mayor de lo esperada victoria socialista de 1982 y cayó en una depresión notable, hasta el punto de que durante los primeros años socialistas el diario ABC y algunos sectores empresariales fueron la única oposición activa al *felipismo*. La Iglesia lanzó tímidas (y alguna masiva) movilizaciones contra la reforma del aborto y tuvo el respaldo de la oposición, pero fueron fuegos de artificio que decayeron muy pronto. En cuanto a Fuerza Nueva, el primer intento sólido de una extrema derecha con respaldo electoral desde la República, naufragó en su liderazgo errático y en su incapacidad para ofrecer ninguna respuesta que no fuera la estricta nostalgia del franquismo.

Paralelamente, las derechas periféricas consiguieron una fuerte hegemonía política gracias a sus extravíos y desorientaciones ideológicas. El viejo PNV del exilio (democristiano, social, conservador y con un punto populista) fue liquidado gradualmente por la dupla Arzalluz-Garaikoetxea, ambos hijos de los vencedores (al contrario que el grueso del electorado y militancia *jeltzale*) y ambos fascinados por la izquierda; Garaikoetxea por una socialdemocracia afrancesada y Arzalluz por el tercermundismo y otras izquierdas alternativas. El joven liderazgo del PNV impuso una línea ambigua en todos los temas políticos —incluida la posición frente a la violencia de ETA o la relación con el Estado y la Constitución— que le permitió ser capaz de pactar con todos los demás actores de la política vasca y alcanzar la tan cacareada centralidad. El PNV renunció en gran medida a su tradición política y a sus aspiraciones nacionales —que retomaría luego con fuerza de la mano

de la izquierda abertzale en Estella-Lizarra, aunque con poco éxito— y abrazó una tecnocracia vagamente progresista que lo consagraba como único partido capaz de gobernar y gestionar, pero sin confrontar excesivamente con la izquierda *abertzale* ni recostarse en la derecha (el rechazo al franquismo y la experiencia del exilio o la resistencia interior no bastaban para la nueva sociedad vasca: cualquier posición conservadora ya era sospechosa en la Euskal Herria revolucionaria). La estrategia fue exitosa inicialmente (hasta la llegada de la escisión de Eusko Alkartasuna) y favorecida por el colapso —salvo en Navarra— de la derecha no nacionalista, perseguida por ETA y abandonada o convertida en sucursalista por Madrid.

En cuanto a la galaxia del catalanismo liberal y conservador —en gran medida surgido de las entrañas del franquismo, al contrario que el PNV, aunque su líder Jordi Pujol hubiera sido un relativamente activo opositor a la dictadura—, se encontró con una sociedad mucho más izquierdista y secularizada que la del resto de España, y para poder gobernar necesitó primero el brazo de ERC y luego subcontratar o integrar a todos aquellos huérfanos del ala más catalanista del PSUC, quienes quedaron sin techo tras el colapso del partido y de la URSS. Todos ellos fueron generosamente integrados en el pujolismo, y sirvieron eficazmente al proyecto del *president* en el mundo cultural o mediático, al conseguir darle una pátina progresista al conflicto ambivalente con el gobierno central, que se intentó convertir en un conflicto nacional. Esta hornada de catalanistas postmarxistas que se reintegraban como liberales o socialdemócratas en el pujolismo fue definida con sorna por un ministro socialista como los *pujolistas-leninistas*. En cualquier caso, la promiscuidad del mundo convergente con la izquierda catalanista convirtió el pujolismo en un movimiento *atrapalotodo* que se encontró sin herramientas para confrontar y hacer política cuando surgieron nuevos y exitosos liderazgos en la izquierda catalana y cuando se apagó la estrella del *president* Pujol, acosado por la corrupción y su autoritarismo deslavazado. La única arma que encontraron para subsistir políticamente fue competir por la bandera del auténtico nacionalismo y el soberanismo más dinámico. Lo demás es de sobra conocido y no nos detendremos en ello.

De vuelta a la derecha sistémica nacional, el liderazgo de Fraga, quien insistentemente se referenciaba en la revolución conservadora anglosajona —absolutamente marciana para el público y la sociología españoles—, no consiguió poner en aprietos al *felipismo*. Sectores de poder acostumbrados a tratar la política como un negociado e ilusionados por el conflicto de Pujol con el Gobierno socialista intentaron una operación palaciega para crear un polo liberal que fuera más efectivo contra el socialismo y se apoyara en el fuerte gobierno catalán. La falta de interlocutores, el desinterés de un electorado que lo desconocía todo del liberalismo —pues este llevaba ausente casi medio siglo de la política española— y la dejadez del propio pujolismo hicieron fracasar aquella operación bautizada en honor del portavoz del catalanismo en el Congreso: Miquel Roca. Para el electorado ansioso de zonas templadas ya existía el inoperante pero relevante y curiosamente populista Centro Democrático Social del expresidente Suárez.

El desgaste del socialismo felipista, acosado por la corrupción, la práctica del terrorismo de Estado y el desmanejo económico hicieron resurgir las posibilidades electorales de la derecha. Con el liberalismo y la democracia cristiana —principales agregadores políticos de los hemisferios derechos de las sociedades europeas en aquel momento— ausentes de la discusión política (pese a los intentos de muchas corrientes internas del naciente Partido Popular), el agregador de la derecha política fue el adagio heredado del franquismo de orden, tranquilidad y bienestar (y poco más), así como una fuerte campaña negativa contra los excesos socialistas y el hiperliderazgo de Felipe González. José María Aznar y la nueva generación —con excepciones como Jaime Mayor Oreja— que se hizo cargo del Partido Popular pivotaron sobre el sentimiento antisocialista y las promesas de orden, bienestar y rehabilitación de las instituciones, pero no consiguieron esbozar mínimamente un proyecto alternativo de sociedad y mucho menos enraizado en la tradición política de España. Ejemplo de esta desorientación es la insistencia de Aznar en su admiración por Manuel Azaña.

En 1996 Aznar consiguió una victoria pírrica, inferior a la pronosticada por las encuestas. Para gobernar necesitaba del PNV y del pujolismo,

ambos movimientos transversales hartos del *felipismo*, pero que explotaban el conflicto territorial y estaban poco interesados en una colaboración duradera con la derecha sistémica. Aznar y el Partido Popular se encontraron una España con un panorama empresarial, mediático, educativo, institucional, cultural, judicial (e incluso en lo relativo a los servicios de inteligencia) casi completamente modelado para las necesidades y la voracidad de los socialistas, quienes a lo largo de 14 años habían aprendido concienzudamente los vicios del franquismo en la gestión del Estado (e incluso integrado a gran parte de la burocracia franquista, o al menos a sus hijos) y se habían limitado a sustituir el contenido ideológico heredado en la rudimentaria democracia española por sus valores progresistas.



El entonces presidente del Partido Popular José María Aznar, durante la recepción del 22 de noviembre de 1995 en la Casa Real, junto a Felipe de Borbón, a la sazón Príncipe de Asturias, Jordi Pujol y Adolfo Suárez. (Foto: Junta de Castilla y León | Wikimedia Commons).

III

La larga travesía por el desierto de la derecha española entre 1982 y 1996 no sirvió para su renovación política e ideológica. Tampoco para la construcción de un tejido social, pues la consolidó como una fuerza reactiva con pretensiones tecnocráticas y un fuerte discurso negativo contra los excesos socialistas. La novedad política de esta derecha fue la asunción superficial y mediática de los mantras de la revolución conservadora anglosajona, y la consolidación de la identidad antisocialista como un fuerte polo social capaz de ganar elecciones.

Tras su pírrico triunfo de 1996 y hasta 2004, Aznar y su gobierno consiguieron una reactivación económica —cuyos frágiles fundamentos no vamos a discutir aquí—. Y por primera vez parecieron esbozar una hegemonía liberal-conservadora, no conectada con la tradición política de España —pues se referenciaron estrictamente en éxitos foráneos, como luego haría también Mariano Rajoy, al intentar infructuosamente referenciarse en Merkel, y Ciudadanos en Macron—, pero hegemonía que era ya independiente de la herencia franquista, pese a que mantuvieron intacta su praxis antipolítica.

El *aznarismo* intentó acometer tímidos avances sobre los medios de comunicación que los socialistas habían casi copado, pero (como le sucedió al pujolismo con el catalanismo postmarxista) tuvo que echar mano de una intelectualidad y de una serie de comunicadores de orígenes marxistas que, hastiados de la degradación institucional perpetrada por el socialismo y sus pactos con los nacionalismos catalán y vasco, habían arribado a una especie de liberalismo jacobino y antisocialista. Del mismo modo que hizo el pujolismo, aunque con muchas menos concesiones al progresismo, la derecha sistémica española se decidió referenciar en el tránsito al siglo XXI en un mundo intelectual y comunicacional que rechazaba cualquier etiqueta conservadora o derechista y defendía el supuesto carácter modernizador, nacional e institucionalista del proyecto *aznarista* —necesario es señalar que tampoco había ninguna alternativa, teniendo en cuenta el páramo intelectual y sociológico que eran los nostálgicos del franquismo y la

absoluta ausencia del pensamiento católico en política, gracias a los oficios del cardenal Tarancón y sus epígonos—.

Fue el *aznarismo* también la consagración del discurso liberal-conservador y «*meritocrático*» en la derecha, divorciando para siempre al conservadurismo español de cualquier preocupación social o de cualquier defensa de un patrimonio común no simbólico —más allá de la unidad nacional—, así como de la sacralización del éxito y del papel virtuoso de las élites económicas. Esta vía ya había sido ensayada por Fraga infructuosamente, en una de las muchas paradojas de la derecha española: que un simpatizante declarado del gaullismo, del ala estatista de las democracias cristianas y del ala populista de los *tories*, empujara a la derecha española a abrazar la revolución conservadora anglosajona a un nivel al que ninguna otra derecha europea no anglosajona había llegado. Esta decisión discursiva ha sido hasta hoy un freno muy relevante en la construcción de mayorías derechistas, y ha incapacitado a la derecha española para comprender en profundidad —e intentar ofrecer soluciones— a problemas muy acuciantes como la degradación del campo, la muerte de la industria, la falta de vivienda, la planificación urbana o la precarización juvenil.

Esta construcción de un nuevo *establishment* mediático derechista liberal-jacobino estuvo espoleada por el fracaso de la apertura de Aznar hacia el PNV y el pujolismo —el primero lanzado a su largamente postergada alianza con la Izquierda *abertzale* y el segundo naufragando en sus propios vicios y contradicciones— y a la elección de los nacionalismos como «enemigo a batir» del proyecto del Gobierno. Un ejemplo: la asunción de los mantras progresistas elaborados por parte de intelectuales prestigiosos y del entorno de algunos luchadores (*tardíos*) contra ETA, que identificaron cualquier forma de identitarismo vasco con tal grupo terrorista, llevaron, por poner un caso, a la derrota electoral de Jaime Mayor Oreja —único exponente demócrata cristiano prestigioso en la derecha española— en las elecciones autonómicas vascas de 2001, cuando fue incapaz de capitalizar el extravío definitivo del PNV en los pactos de Estella-Lizarra con ETA.

Mientras tanto Aznar, tras una lectura excesiva de su triunfo en el año 2000, intentó realzar el perfil internacional de España con apuestas muy

arriesgadas y excéntricas, como el apoyo a la guerra de Irak, que minaron su apoyo social e impulsaron la candidatura del abiertamente sectario y excluyente líder socialista José Luis Rodríguez Zapatero, quien en 2003 por fin había descabalgado al pujolismo en Cataluña y había suscrito los célebres pactos del Tinell, donde el PSOE se comprometía a una especie de alianza permanente con el catalanismo de izquierdas y a la exclusión política de la derecha; una estrategia que, con sus más y sus menos, ha sobrevivido hasta hoy y ha sido la viga de soporte de las mayorías socialistas de 2004-2011 y 2019 en adelante (no es ninguna novedad *sanchista*).

El desmanejo y desorientación del gobierno *aznarista* tras los atentados del 11-M —que ante el caos llegó a recurrir al fantasma de ETA, y que fue obviamente engañado en varios momentos por determinados sectores de Inteligencia—, atentados cuya autoría sigue sin estar plenamente clara, fue hábilmente aprovechado por los socialistas y los sigilosos programadores de la espontaneidad —que luego eclosionarían el 15-M—, quienes consiguieron que la sociedad culpara al *aznarismo* del atentado y del obvio desmanejo de las primeras investigaciones. Durante la segunda legislatura de Aznar había comenzado a florecer una cierta sociedad civil conservadora y una cierta presencia académica favorable a tesis más conservadoras, en parte al amparo del poder y en parte como reacción frente al rearme sectario de la izquierda, pero quedó en un esbozo y fue sorprendida por la vuelta del socialismo al poder. Ni que decir tiene como epitafio del *aznarismo* que su tan cacareada institucionalidad fue una mera máscara, y que la baja calidad de las instituciones españolas continuó o se acrecentó durante su gobierno, al igual que la corrupción, aunque fuera bastante más discreta que la del *felipismo*.

El zapaterismo llegó pisando fuerte, con una virulenta ruptura de consensos políticos, alterando la política antiterrorista, proponiendo «*avances sociales*» radicales que incomodaron mucho a sectores de la sociedad muy alejados de la militancia política y resucitando la Guerra Civil española, así como insistiendo en una banalización de la violencia izquierdista del pasado presente o lejano; todo a la vez que se arrinconaba a cualquier expresión derechista como violenta o heredera del

franquismo. Al contrario que durante el *felipismo*, cuando se trató a la derecha sociológica con cierto paternalismo y moderación —como un equipo derrotado y desorientado al que había casi que ignorar amablemente en tanto en cuanto el *felipismo* tuviera el monopolio absoluto del poder—, el zapaterismo, ensimismado con el recuerdo de la II República y el Frente Popular, se lanzó a una campaña por la exclusión política y la demonización de la derecha que ha permanecido en el hemisferio izquierdo de la sociedad hasta hoy.



Recepción en el palacio de la Moncloa del entonces presidente del Gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero, al líder del Partido Popular a la sazón, Mariano Rajoy, en el año 2006. (Foto: La Moncloa | Wikimedia Commons).

El zapaterismo despertó y movilizó a muchos sectores sociales tradicionalmente pasivos y a muchos sectores intelectuales o académicos moderados, e incluso estimuló una pequeña escisión del ala antinacionalista e institucionalista del PSOE, UPyD, de quienes hablaremos más adelante. También nació del descontento de una intelectualidad liberal progresista y laica catalana, pero anticatalanista, el partido Ciudadanos. Esta etapa fue además el canto del cisne de la Iglesia católica como movilizador social. Por primera vez en democracia la Iglesia católica movilizó a millones de fieles en defensa de sus convicciones y pareció entreverse una cierta vuelta de valores confesionales en la derecha española. Las movilizaciones contra la política antiterrorista de Zapatero

también fueron exitosas. Era patente para millones de españoles la voluntad del socialismo español de integrar a la izquierda *abertzale* en el sistema a casi cualquier costo —incluida cierta impunidad— como herramienta contra la derecha, estrategia que también ha perdurado hasta hoy.

Irónicamente, esta etapa de movilizaciones sociales contra los excesos de la izquierda apenas generó instituciones o agrupaciones activistas duraderas, y el carácter excesivamente áspero de los discursos y la presencia de múltiples *freaks* en el espacio de la derecha con teorías conspiranoicas —algunas sólidas, otras no tanto— fue hábilmente esgrimido por la izquierda para denigrar la oposición a sus políticas. La principal consecuencia de estas movilizaciones sociales fue que, desde la Iglesia católica hasta las víctimas del terrorismo etarra pasando por las asociaciones de padres, toda esa naciente sociedad civil despertada por las agresiones del zapaterismo y sus aliados quedó atada a los intereses partidarios del Partido Popular. En lugar de ser al revés, empujar al Partido Popular o hacerle deudor de movilizaciones autónomas, esta naciente sociedad civil quedó rehén de las estrategias políticas y la capacidad de movilización de los populares, en un proceso que está pendiente de estudio, pero que tal vez hunde sus raíces en la incapacidad de movilización derechista sin tener también un asidero en el poder, de claro origen franquista.

En cuanto el Partido Popular fue derrotado en unas apretadas y tensas elecciones (el resultado podría haber sido otro con mucha facilidad), donde el socialismo escogió la máscara de la amabilidad y conjuró los fantasmas de la crisis económica con mentiras que hoy son obvias, Mariano Rajoy decidió renegar de toda su estrategia seguida en 2004-2008 y se lanzó a desactivar a todos sus aliados y a divorciar su capacidad de movilización de cualquier reivindicación política palpable en la calle. El hecho de que el Partido Popular consiguiera luego, en 2011, una mayoría absoluta sin casi hacer campaña y sin movilizaciones sociales en su favor en medio del colapso macroeconómico del país debió convencer a perpetuidad a dos generaciones de líderes populares de que el Poder les sería entregado por fuerza de la historia cada vez que los socialistas causaran el caos.

El marianismo llegó al poder en medio de una fuerte crisis económica, con sus aliados en la sociedad civil desmovilizados o silenciados por su propia mano y con una fuerte movilización de la juventud capitalizada por la izquierda a causa de la precarización y la falta de soluciones a la crisis económica. Este poco agradable escenario fue empeorado por el estallido de obvios y sistémicos casos de corrupción en el Partido Popular, el manejo insensible y puramente tecnocrático de la crisis económica (con tantas escenas que todos conocemos), la continuación de la hoja de ruta *zapaterista* en relación con la izquierda *abertzale*, la negativa persistente y pueril a derogar cualquier legislación ideológica y cultural del zapaterismo, por no hablar de la absoluta indiferencia ante el desafío independentista en Cataluña. El desorden y la desorientación fue la tónica del gobierno de Mariano Rajoy, que incluso cometió la insensatez de estimular la creación de un partido de izquierda radical —Podemos—, favoreciéndole en los medios de comunicación para intentar bloquear al PSOE y a la vez dar salida política al volcán callejero. Luego pasó a perseguirlo de forma chusca a través de las cloacas del Estado cuando la criatura se volvió relativamente peligrosa —y esta, a su vez, fue luego asimilada y regurgitada por la verdadera criatura alfa del sistema político español, el PSOE—.

Paralelamente, esto hizo surgir por primera vez alternativas al Partido Popular en el hemisferio derecho de la sociedad. En este contexto nació Vox como una pequeña escisión de miembros del Partido Popular ante las traiciones ideológicas persistentes del marianismo, pero rápidamente fue condenada al ostracismo. Más relevante en aquellos momentos fue el crecimiento de la propuesta jacobina, institucionalista y anticorrupción de UPyD; sin embargo, esta comenzó a ser opacada por una propuesta similar pero más urbana y familiar, con un acento en la necesidad del retorno a la prosperidad material tras una crisis salvaje y un liderazgo aparentemente más juvenil y flexible: Ciudadanos. No entraremos en las cuitas entre ambas formaciones ni en los patrocinios o abandonos que decantaron el conflicto en favor de Ciudadanos, pero tras el colapso de UPyD, en 2015 surgió en Ciudadanos con rapidez una alternativa muy fuerte al Partido Popular, formalmente más progresista, pero que recogía un descontento transversal dentro de la derecha contra la ino-

perancia, corrupción y abandonos del Partido Popular. Portaban una aparentemente sincera preocupación por la calidad de las instituciones, la lucha contra los nacionalismos, la defensa de las oportunidades económicas de la clase media e incluso la lucha contra alguna de las banderas ideológicas de la izquierda, como la “memoria histórica” o la Ley de Violencia de Género. Sería un error entender Ciudadanos como una escisión del electorado más moderado del Partido Popular. Sin embargo, en la sinceridad de las preocupaciones materiales de su electorado y su propuesta utilitarista estaba la semilla de su caída, pues ser útil y puro es extraordinariamente difícil en política.

Ciudadanos también tuvo efectos nocivos para la derecha española en relación a la ampliación de base, en tanto en cuanto forzó su parafernalia progresista para alcanzar electorado socialista (favoreciendo en realidad a la izquierda) y taponando el desarrollo de una idea de derecha regionalista o adaptada al territorio, estimulando todavía más el jacobinismo endémico de la derecha española que le ha hecho, en gran medida, entrar en crisis en territorios donde debía confrontar al nacionalismo no sólo con la idea de España, sino con la de la defensa de la propia identidad regional. Por su parte, el PP entiende a veces en estos territorios que la defensa de la identidad regional pasa por una mera asunción moderada y poco convencida de los postulados nacionalistas, lo que en realidad fortalece el nacionalismo a la vez que no ejerce ninguna defensa efectiva de la descentralización, de la identidad regional o de la lengua.

La resaca del golpe secesionista catalán de octubre de 2017 fue la estimulación definitiva de Ciudadanos y también el inicio del despegue de Vox, con propósitos políticos más humildes o limitados que los que tiene en la actualidad, pero captando a un electorado conservador ya harto definitivamente del desorden marianista. Ciudadanos consiguió captar un pedazo relevante de electorado socialista, aunque el grueso seguía viniendo de la derecha. La moción de censura de Pedro Sánchez, el desfundamiento del PP, las desacertadas campañas y bandazos de Ciudadanos y la incapacidad de Vox todavía de penetrar nuevos electorados auparon a Pedro Sánchez a un éxito modesto pero suficiente en abril de 2019, que repitió precariamente en noviembre del mismo

año por pura iniciativa propia. Las novedades de esos comicios fueron el colapso de Ciudadanos (tras varios bandazos y tras confrontar con las ansias contradictorias de utilitarismo y coherencia que reclamaba su electorado próspero y educado, pero antisocialista) y el crecimiento de Vox, que penetró en nuevos electorados, con un fuerte apoyo en el campo, y heredó gran parte del voto juvenil y urbano de Ciudadanos. Un voto joven y urbano cada vez más desconfiado de las instituciones y cada vez más antisocialista.

Lo demás es muy reciente y conocido ya por todos. Tras el páramo marianista (con fundamentos muy antiguos y muy profundos que no pueden ser achacados en puridad al Partido Popular) y la vuelta de la hegemonía izquierdista, la derecha se encuentra sin casi tejido social, sin casi tejido educativo, divorciada de una Iglesia católica encerrada en sí misma, y desgarrada por la pugna entre un electorado tradicional que lleva 30 años confiado al secularismo, al liberalismo económico y al proyecto europeísta y un nuevo electorado que desconfía de todo ello, pero no concibe una síntesis superadora.

El Partido Popular ha resurgido tras una ordalía caótica como un repositario de identidades antisocialistas pintorescas, recuperando también el eterno adagio de la moderación y la gestión (a pesar de haber presidido el período más caótico, desordenado y desorientador de la democracia española) y heredando al electorado de Ciudadanos más alérgico al conflicto frontal con la izquierda. Vox se ha estabilizado representando a una minoría relevante de la sociedad, pero taponado por la supuesta utilidad antisocialista del Partido Popular (muy discutible) y la aspereza de muchos de sus discursos. El radicalismo cultural del sanchismo y las persistentes transformaciones económicas y sociales que cada vez dejan a más gente fuera del sistema *liberal-progresista* son una gran oportunidad para Vox, que gradualmente va reconectando con tradiciones políticas españolas —como demostró la exitosa campaña agrarista en Castilla y León—, pero que también tiene como desafío generar tejido social en una parte de la sociedad que apenas lo conoce, sin casi tiempo para ello, y sin caer en la tentación de los discursos ásperos, meramente antisocialistas y muy próximos a la cara agresiva

del PP —y que, sin embargo, no obtienen tanta recompensa electoral, como demostró Andalucía—.

El inmovilismo y la incapacidad de respuesta del PP y los efectos descomponedores sobre la sociedad de la política *sanchista* —una mera continuación más acelerada del zapaterismo— son aliados de Vox, tanto como el tiempo y el elevado nivel de tolerancia de la población española al malestar son sus enemigos. Pero podemos concluir que, por primera vez desde los años 30 del siglo pasado, se está abriendo una tímida vía de repolitización con perspectiva *nacional y popular* en la derecha española.



Concentración convocada por el partido Vox en la Plaza de Colón de Madrid el 26 de octubre de 2019, poco antes de las segundas elecciones generales de ese año, que le otorgarían 52 escaños en el Congreso de los Diputados. (Foto: Contando Estrelas | Wikimedia Commons).

¿POR QUÉ ODIABA LA DERECHA ESPAÑOLA A SUS INTELLECTUALES?

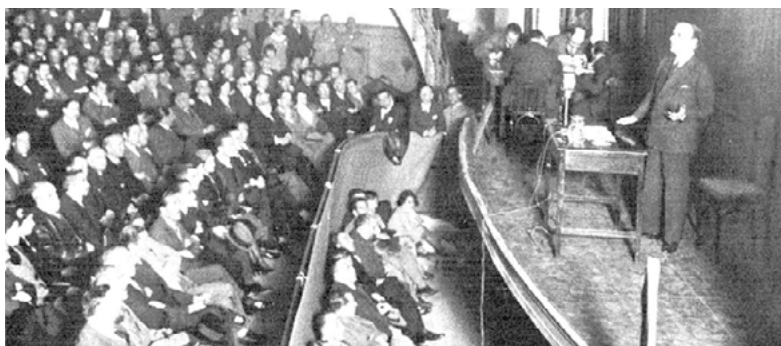
Miguel Ángel Quintana Paz

Es una cuestión desconcertante. Quizá echar un ojo a la historia de nuestro país arroje alguna luz.

Desplacémonos 78 años atrás, por ejemplo, hasta el final de la II Gran Guerra. En aquel momento cabían pocas dudas sobre cuál era el intelectual español vivo con mayor prestigio mundial: su nombre era José Ortega y Gasset. Eso sí, nuestro filósofo residía por aquel entonces en Lisboa, tras todo un periplo de huida de esa España republicana que, cosas de la vida, él mismo había contribuido a fundar.

Una vez acabada la contienda internacional, empero, Ortega vio llegado el momento de tornar. A la España de Franco. De modo que, a través de Pedro Rocamora, director de Propaganda, trasladó al jefe del Estado una sutil pregunta, “¿quién le escribe los discursos?”, que es el modo más tácito que conozco de presentar una solicitud de empleo. También sugirió nuestro pensador a Franco, Rocamora mediante, un curioso pacto: a él se le permitiría criticar dos o tres cosas al régimen, para cosechar credibilidad ante el mundo; y, a cambio, propagaría *urbi et orbi* los logros franquistas más señeros. Recién derrotados nazis y fascistas, antaño aliados del Generalísimo, no parecía desdeñable un poco de maquillaje orteguiano en la imagen internacional del régimen.

La respuesta de Franco, sin embargo, dio al traste con tan meditados proyectos. “Rocamora, Rocamora”, contaba este que le advirtió paternal el Caudillo, “no se fíe usted de los intelectuales”.



José Ortega y Gasset mientras impartía el discurso *Rectificación de la República* el 6 de diciembre de 1931. (Foto: Mundo Gráfico / Hemeroteca Municipal de Madrid).

Lejos de quedarse en anécdota, esta desconfianza del dictador hacia el mundo del intelecto parece uno de sus rasgos proverbiales. “No ha habido régimen más antiintelectual que el de Franco”, advirtió Amando de Miguel en 1980. Y Ernesto Giménez Caballero, en sus tiempos de exultante falangismo, lo habría corroborado: “Nosotros no hacemos ensayos, ¡hacemos dogmas!”, llegó a blasonar.

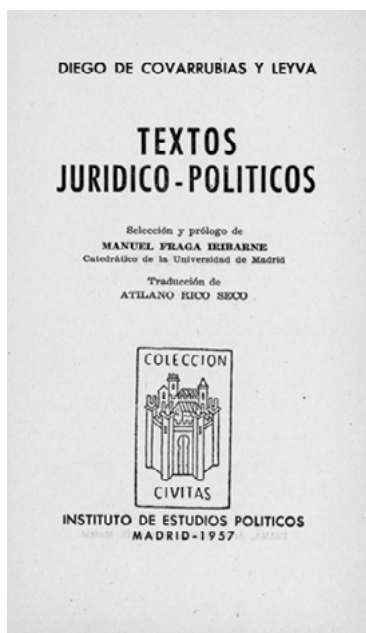
Durante la Guerra Civil ya habían sido dados los sublevados a identificar al enemigo con la alta (y degenerada) cultura. Algo de inercia se recogía de la dictadura primorriverista, que en su día se había comprometido, por boca de su líder, a “meter en cintura” la arrogancia intelectualoide. Más allá de si Unamuno tuvo o no que soportar en 1936 el “¡Muera la inteligencia!” de Millán Astray, no faltan declaraciones similares por todo lo ancho de esa media España. “Aquí no hay dos bandos que puedan parlamentar”, afirmarí, verbigracia, el marqués de Quintanar, pues “de un lado está el Ejército y el pueblo español, de otro una colección de intelectuales traidores y de asesinos profesionales”. No se quedaría a la zaga antiintelectualista el diario *Amanecer*, que en 1937 dictaminaba: “Para los poetas preñados, los filósofos henchidos y los jóvenes maestros y demás parientes, no po-

demos tener más que como en el romance clásico: un fraile que los confiese y un arcabuz que los mate”.

Cabe entender la aversión franquista hacia intelectos que desafiaban su visión del mundo; pero llama la atención que al ponerse a “depurar” bibliotecas se incluyera entre los repudiados a autores (como los filósofos Epicteto, Marco Aurelio o el cristiano Boecio) en los que cuesta atisbar intenciones *rojas*. Otro falangista, y ministro, José Antonio Girón de Velasco, quizá nos diera la clave en 1941, cuando afirmó que la filosofía de su Movimiento era “la filosofía de la acción. Repugna la sutileza ineficaz del intelectual puro, propensa a la heterodoxia y a la contemplación. [...] Para nosotros la frívola complacencia de divertir el espíritu, complicando la doctrina, es negativa y decadente”.

En este marco exhiben cierta peculiaridad figuras como José Antonio Primo de Rivera o Ramiro Ledesma Ramos: ambos realizaron incursiones señeras en el campo de lo intelectual, pese a lo cual no ocultaron su escepticismo ante tal gremio. El segundo, verbigracia, igual te hacía una aportación como *La filosofía, disciplina imperial* (texto que se anticipó casi cuatro decenios a una de las polémicas filosóficas más suculentas de nuestro país, luego protagonizada por Manuel Sacristán y Gustavo Bueno), que te criticaba la democracia por privar de su merecido éxito al hombre de acción y primar al intelectual para sus puestos directivos.

Todas estas expresiones de difidencia no obstan, naturalmente, para que durante las cuatro décadas del franquismo prosperaran sólidos escritores o profesores. Más sólidos, por cierto, de lo que ha querido reconocer aquel mito persistente de que nuestro país quedara reducido todo ese tiempo a un “páramo intelectual”, idea refutada con eficacia justo por un discípulo de Ortega: don Julián Marías. Nuestro objetivo no es aquí negar que en España haya habido más o menos intelectuales. Nuestra tesis es mucho más concreta: que a esos intelectuales se los ha tratado en general con una actitud que va desde la desconfianza (en el mejor de los casos) al desprecio (en el peor de ellos) por nuestros políticos de derecha. Y que tal vez en el franquismo quepa vislumbrar los orígenes de tanto desapego.



Edición de textos jurídico-políticos de Diego de Covarrubias por Manuel Fraga Iribarne, catedrático de Derecho Político y de Teoría del Estado y Derecho Constitucional en la Universidad de Madrid, 1957. (Foto: Fundación Ignacio Larramendi).

Mas por desgracia hoy, casi medio siglo después de morir Franco, parece que, aunque solo sea en esto, sí son buena parte de nuestros políticos no izquierdistas herederos del Caudillo y de aquellas retenciones que expresara a Rocamora.

Empecemos por mirar a nuestro centro más anaranjado, aunque cada vez más exangüe: Ciudadanos. No voy a fijarme aquí en el sonrojo que nos pudo producir Albert Rivera, *ese chico tan preparado*, cuando hace cinco años debatió en la Universidad Carlos III contra Pablo Iglesias y, ante una pregunta del público estudiante, recomendó leer a los futuros juristas “cualquier obra de Kant”, tras confesar que no recordaba el nombre de ninguna. Al fin y al cabo, no estamos sopesando aquí si los

Hay que conceder, en cualquier caso, que una vez finiquitada la dictadura hubo buenos motivos para liquidar de igual modo tales displicencias. No en vano Manuel Fraga, que capitanearía entre 1982 y 1989 el grueso de lo que quedaba a la derecha del PSOE, fue un eximio catedrático universitario. Y aunque las credenciales académicas de José María Aznar, su sucesor, no fueran en modo alguno tan brillantes, lo cierto es que, apenas nombrado presidente de su partido, en 1989, enseguida fundó una institución consagrada a las ideas, la aún existente FAES. El desafecto de la antigua *derechona* franquista por lo intelectual podría pues perfectamente, como tantas otras cosas, haber quedado olvidada gracias a esta nueva actitud del centroderecha español.

políticos de centroderecha son más o menos intelectuales, sino si son capaces de apoyar a los que sí lo sean. Y bien, ¿cuál ha sido la actitud de Ciudadanos ante ellos?

La respuesta a tal interrogante no puede escribirse sino con la D mayúscula de una decepción. Ciudadanos lo tenía todo para haber normalizado por fin las relaciones entre los políticos ubicados a la derecha del PSOE y sus intelectuales. De hecho, Ciudadanos surgió como respuesta al manifiesto que en 2005 habían elaborado justo quince figuras del mundo del intelecto. Varios de ellos se implicaron además en la vida cotidiana del partido: Francesc de Carreras, Teresa Giménez Barbat, Xavier Pericay... Otros, como Arcadi Espada o Félix Ovejero, intentaron mantener una relación fluida. ¿Cuál fue el trato que el partido, y su poco kantiano dirigente, Rivera, les dispensó?

Basta con preguntar a cualquiera de ellos. Giménez Barbat y Pericay han escrito incluso libros al respecto. Tal vez receloso ante cada fulgor que le pudiera hacer sombra, o siquiera una mínima penumbra, Albert Rivera fue consiguiendo que todos ellos se sintieran alejados, cuando no defraudados por el partido. Ese es el primer modo en que Ciudadanos fracasó a la hora de normalizar las relaciones de los políticos no izquierdistas con lo intelectual.

El segundo modo es aún más grave. Consiste en la forma en que este partido ha abordado el debate de las ideas.

Tomemos el ejemplo del feminismo. Ciudadanos sí se dio cuenta de que el feminismo abanderado por la izquierda, en realidad, incluía muchas cosas que no tienen que ver con el feminismo (detectó un caso, pues, de la falacia que Nicholas Shackel designó como “mota castral”). Bien. Ciudadanos asimismo captó que necesitaba plantear un feminismo alternativo, no quedarse solo en la queja perpetua. Bien también. Ciudadanos entonces ideó incluso una buena etiqueta para su modo de ser feministas: “feminismo liberal”. Fenomenal. Y entonces era cuando tocaba dar esqueleto, dar carne y sangre teóricas a esa piel marquetiniana. Y ahí fue donde fracasó el Perú.

¿Conoce el lector algún libro, algún congreso científico, algún informe, alguna recopilación de artículos académicos con que Ciudadanos nos ayudara a comprender qué querían decir cuando hablaban de “feminismo liberal”? No es ignorancia suya, amigo lector, si los desconoce: vieja enseñanza filosófica es que la nada no se puede conocer.

Cuando uno pregunta a un *ciudadaner* qué es lo que entiende por “feminismo liberal”, lo más que consigue es alguna referencia vaga a John Stuart Mill: un señor brillante, bien es cierto. Pero que vivió en el siglo XIX y jamás pudo siquiera imaginar que tendría enfrente a una Beatriz Gimeno, a una *radfem* o a una “agente de Igualdad” obsesionada con que haya más chicas en las carreras de Arquitectura, pero no más chicos en la de Medicina. ¿No habría sido buena idea actualizar a Mill, o sin ir más lejos a nuestra Clara Campoamor, para afrontar el tipo de cosas que están diciendo las feministas antiliberales de hoy en día?



Clara Campoamor. (Foto: Wikimedia Commons).

La respuesta de Ciudadanos a semejantes preocupaciones equivalió siempre al canto lejano de los grillos en una apacible noche estival. Parece que pensaron que con diseñar una marca (“feminismo liberal”) bastaba; dotarla de músculo y nervios intelectuales ni siquiera supieron

muy bien en qué consistía. La antigua formación de los quince intelectuales era ya solo el partido de los eslóganes ocurrentes, de los chicos y chicas recién salidos de una escuela de negocios, de gástate más dinero en la corbata para un debate que en libros que consoliden tus ideas.

Volvamos ahora nuestra mirada al antiguo gran partido del centroderecha, el Popular. No me centraré en su etapa rajoyista; puedo incluso entender que, en la medida en que Aznar se refugió en FAES para hacer oposición interna a su sucesor, este la repudiara como ya Albert Rivera, o Francisco Franco, habían desconfiado de todo posible contrapoder intelectual. Fijémonos solo en los (más próximos) Partidos Populares de Pablo Casado y, después, Alberto Núñez Feijoo.

El primero, a los dos meses de llegar al mando, anunció la erección de una fundación más, Concordia, asignada a Suárez Illana. Por los pasillos y despachos de esa fundación, en el caso de que existan, resonaron durante sus cuatro años de mandato esos mismos grillos veraniegos que ya vimos cantar en cuanto mezclamos en una misma frase “centroderecha” e “intelectual”. Concordia seguramente fue una fundación muy cordial, quizá sobre todo con los bolsillos de alguien; pero su producción intelectual se reduce a cero, nada, *rien, nichts, nothing*. Se repetía la vieja moda de despreciar cuanto oliera a intelectual.

La llegada de Feijoo, en abril de 2022, a los mandos populares no ha supuesto cambio alguno en la cosa. ¿Se ha reactivado en algún momento la antigua FAES? ¿Se están elaborando en el PP ideas nuevas que copen hoy la discusión pública? Sí, ya sabemos que en marzo de 2023 se anunció la creación de una nueva fundación: Reformismo 21. Pero no estoy hablando de anuncios de ideas, sino de ideas reales. Durante el rajoyismo, al menos, surgieron iniciativas como la Red Floridablanca, que movieron desde dentro las estancadas aguas de su propio partido. ¿Hay algo parecido ahora, más allá de apelaciones vagas a la “moderación”? Una amiga del PP, con un cargo no menor, me confesó hace algún tiempo que se dedicaba a contabilizar cuántos asuntos de los que hablan sus amigos de toda la vida habían sido introducidos en el debate público su partido: ni uno solo. El PP va siempre a remolque de los

debates que suscitan otros, y que por tanto convienen a otros. Ese es el castigo para quienes desprecian el valor de las ideas.

Ya en 2023 hemos presenciado la apoteosis de esta actitud. Cuando el Tribunal Constitucional se aprestó a rechazar el recurso presentado *por el mismo PP* en 2010 contra la Ley abortista de Rodríguez Zapatero, Núñez Feijoo manifestó su pleno acuerdo con tal derrota de su partido. ¡Da tan igual ganar o perder cuando no tienes nada sólido que defender! Y su portavoz de campaña, Borja Sémpér, enunció a los pocos días, en amplia entrevista a *El Mundo*, su nueva visión política: sumarse a los liderazgos “que ya existen en la sociedad”. Porque, en cuestiones como el aborto, la situación actual es resultado de “una evolución razonable y lógica”, según el mismo portavoz. Reconozcamos, pues, al menos un atisbo ya de ideas en el actual PP: las ideas del famoso Vicente. Aquel que va donde va la gente.

¿Contamos pues, hoy sí, con un páramo intelectual en las formaciones del centroderecha y alrededores, mucho más desértico que aquel injustamente atribuido al franquismo? ¿Aspiran con esos mimbres a gobernar una de las trece o quince mayores economías del mundo? ¿No notan que en la izquierda sí se preocupan de llenar las universidades, los centros de investigación, los medios de comunicación con ideas, a veces superficiales, sí, pero a veces bien trabajadas, para que cada vez más gente en puestos relevantes, más jóvenes que se vuelven adultos, piensen en clave izquierdista?

Termino: he dejado fuera de este artículo sopesar la atención que presta a los aportes intelectuales el otro gran partido de no izquierda nacional, Vox. Este año están cumpliendo sus cuatro primeros años en las instituciones (menos de la cuarta parte de un Ciudadanos, que ya en 2006 arribaba al Parlamento de Cataluña; la onceava parte de lo que llevan los populares representando a los españoles). Con todo, pese a su juventud como partido, basta observar la labor que desempeña la Fundación Disenso para comprobar la inusitada atención que desde esa parte del escenario político se está prestando ya a los grandes debates de ideas de nuestro tiempo. Parece un espacio donde

sí se ha captado, como afirmaría Richard Weaver, que “las ideas tienen consecuencias”.

¿Habremos, así, terminado por fin con la indolencia intelectual de la no izquierda en España? Veremos. Cuando alguien (pongamos que se llama Rocamora) me viene contando que esta vez ya sí es la buena, que ahora por fin la derecha política española va a prestar atención a lo intelectual, recuerdo aquello de Franco y respondo, también yo un tanto condescendiente: “Rocamora, Rocamora, no se fie usted de los políticos”.

LA MEMORIA PUTREFACTA, O LAS DOS VIRGINIDADES EN EL JARDÍN PSIQUIÁTRICO

José María Marco

En una página célebre de su *Idearium español* Ganivet confundió el dogma de la Inmaculada Concepción con el de la Virginidad de María. La confusión, causada por las prisas sentimentales de su autor, no dejaba de ser significativa. Desplazaba una obsesión española, la de la creencia en el ser humano natural, hacia otra menos generalizada, dado el humor escéptico y realista de nuestra cultura, como es la posibilidad de reconstruir en el mundo esa criatura angélica, o al menos previa a la instauración pecaminosa de la civilización.

Con el tiempo, la confusión de Ganivet le ha hecho acreedor al título, quizás no del todo inesperado por él en su momento, de santo patrón de los políticos españoles: de los que advinieron con la Transición, se entiende, porque los de antes, incluidos los que rigieron los destinos de su país con la dictadura, no padecían esa suerte de complejos. Y es que muy pronto resultó evidente que una de las características del nuevo régimen surgido de la Transición iba a ser la incapacidad de la clase política para gestionar de modo adulto, con un mínimo de madurez, el pasado. La actitud dio pie a una paradoja extraordinaria, como es la de una izquierda obsesionada con el pasado (que ha acabado denominando memoria) y la de una derecha, o una no izquierda, obsesionada a su vez con olvidarlo, habiéndolo enterrado en el abismo más profundo de la

más remota de las eras prehistóricas: pasa pantalla, como antes se decía pasar página.

La coincidencia en la búsqueda de la virginidad no debe empujarnos a llevar más allá la similitud. Ni los objetivos ni las estrategias puestas en juego, ni tampoco los problemas a los que responde esta obsesión, son los mismos en un caso y otro. Aunque, claro está, en ambos casos encontramos una misma identificación con el pasado. Cada una a su modo, la izquierda y la no izquierda se consideran herederas de lo que hicieron aquellos con los que les une una relación familiar, imposible de romper por tanto, al menos en términos culturales españoles.

En la izquierda, esta obsesión por la virginidad da pie a una pulsión memorialista encaminada a inventar el propio pasado despojándolo de cualquier rastro de responsabilidad que le pudiera corresponder en la trágica historia del siglo XX español. Retrospectivamente, la izquierda española aparece como un ejemplo de democracia, amor a la libertad, justicia social, tolerancia, generosidad y, cómo no, modernidad, europeísmo y buen gusto, tres expresiones clave en la creación de esa fabulosa novela familiar que es la historia de la izquierda según la izquierda. Todo culmina en las leyes de Memoria histórica y democrática, que consagran, como era natural que ocurriera, una historia oficial con un único sujeto heroico y la demonización eterna, sin posible perdón ni reconciliación alguna, de la *derecha*, es decir de todo lo que la izquierda no reconoce como propio, sinónimo de bueno y de justo.

No siempre fue así, y en las primeras dos décadas de la democracia la izquierda tuvo buen cuidado en no introducir la historia ni la *memoria* en la acción política. Todavía temía que la no izquierda guardara en depósito una cierta cantidad de memoria y estuviera a su vez dispuesta a utilizarla. A cambio, y en una labor de cuyo mérito no cabe dudar, también se esforzó por rescatar el pasado del olvido, con instituciones como la Fundación Pablo Iglesias. Cuando lo consideró necesario, la izquierda tuvo a su disposición los materiales que le permitirían fabricarse lo que Azaña llamó en 1940, con ocasión del disgusto que entre los “republicanos” había suscitado la publicación de *La velada en*

Benicarló, “una tradición que, por violada que esté, les parecerá siempre virgen”. Un “texto abolido”, decía Azaña refiriéndose a la historia de la República y la Guerra Civil contada por sus protagonistas republicanos. Una “memoria putrefacta”, remachaba.



Estatua de Manuel Azaña en Alcalá de Henares. (Foto: M. Peinado | Flickr).

La estrategia de la no izquierda es distinta. Aquí la virginidad se restaura no mediante la recreación imaginativa e ideologizada del pasado, sino mediante su borrado sistemático. Y la acción llega a constituirse en una costumbre tan acendrada que afecta no solo al pasado cercano, sino al más lejano. En cuanto a este, salvo esfuerzos coyunturales en tiempos de José María Aznar y de Esperanza Aguirre, el PP ha ignorado el riquísimo patrimonio histórico (ideológico y político) de la derecha liberal y conservadora desde los primeros años de la España constitucional. El abandono llega al punto de no haber intentado siquiera rescatar el liberalismo español, que en su tiempo fue patrimonio de la izquierda, pero que la izquierda socialista y postsocialista nunca ha reconocido como suyo. Todo lo más, en los últimos años la no izquierda se ha esforzado por recuperar la llamada Tercera España, es decir, situarse *au dessus de la mêlée*, una posición excéntrica en política, transformada aquí en el voluntarioso eje de un centro ideal que permite abolir el transcurso del tiempo.

En cuanto al pasado más cercano, la pulsión antihistórica llega a negar la existencia de ese mismo pasado. Nunca se ha emprendido, desde la no izquierda, una labor parecida a la que ha hecho la izquierda con su propio pasado. Ni siquiera ha conservado su propia huella. No hay memoria rastreable, organizada y puesta a disposición de los investigadores, de los primeros tiempos ni de los antecedentes del Partido Popular. Y cuando llegó la Ley de Memoria Histórica, la reacción “popular” fue la de denegación, bajo el pretexto de que era un asunto irrelevante, ajeno a las precauciones auténticas de los ciudadanos; siendo así que iba a convertirse, inevitablemente, en uno de los debates políticos más importantes y con mayores efectos en la configuración de la nueva España que desde entonces se ha puesto en marcha.

Es posible soñar con lo que habría ocurrido, y en qué situación nos encontraríamos ahora, si el Gobierno de Rajoy hubiera afrontado el desafío que planteaba aquella legislación o, por ejemplo, si se hubiera gestionado con criterio propio el destino y el significado del Valle de los Caídos, incluida la presencia de los restos del dictador en un *monumento* como ese. A la inversa, ¿cuál sería hoy la situación política española de haber potenciado (sin voluntad de apropiársela, claro está) la no izquierda la institución de la Corona? Al fin y al cabo, la Corona es historia viva por naturaleza y se encuentra por tanto en contradicción perpetua con el empeño ahistórico de la no izquierda. Uno de los aspectos más fascinantes de la muy original experiencia democrática española está en la aparición y la consolidación de una fuerza política empeñada en no ser. Fiel reflejo, a su vez, de una actitud muy extendida en el público de nuestro país.

Cualquiera que tenga una noción mínima de las ciencias que se ocupan de la mente humana habrá entendido a estas alturas que estamos ante la traducción política de dos grandes tendencias: una, relacionada con la psicopatía, en la que el sujeto no interioriza la norma y vive por tanto exento de cumplirla, ajeno a las consecuencias que su comportamiento causa en los demás. La otra va relacionada con la neurosis: una interiorización de la norma de tal intensidad que bloquea el comportamiento autónomo y sumerge al sujeto en la expiación perpetua de un pecado

imperdonable, generando una ansiedad de la que sólo encuentra alivio en alguna forma de ataraxia, aunque sea compulsiva.

No hace falta ser un lince, ni siquiera de los avezados a la psiquiatría o a la historia, para sospechar que esta personalidad marcadamente neurótica está relacionada con una figura capital en la historia de España entre 1936 y 1975, convertida en un mito desde muy temprano, y que la historia posterior a su muerte ha vuelto a mitificar a su vez en una nueva dimensión. Hasta el punto de que la no izquierda, al parecer, no puede dejar de sentirse vinculada a ella. Lo que da pie a una de las muchas estupendas paradojas de este asunto, además de la de la existencia de una derecha esforzadamente amnésica y sin historia que conservar. Y es que cuanto más no derecha se empeña en ser la no izquierda, más evoca la figura mítica en cuestión, como el padre a cuya sombra el neurótico no puede dejar de vivir. Es una realidad que la izquierda conoce a la perfección.

Otra paradoja, y no de las menos significativas, es la que se deduce de la imposibilidad, establecida por la ciencia médica, del diálogo entre el neurótico y el psicópata. El famoso consenso en el que se basa nuestro sistema político no sería así el fruto de una negociación y un pacto entre sujetos adultos, como los españoles suponen (o fingen suponer) que han sido y son nuestros políticos. Más bien se deduciría de la imposibilidad de llegar a acuerdo alguno, interiorizada por ambos “sujetos”, aunque con consecuencias y actitudes muy diversas para cada uno de ellos. Aunque el psicópata no siempre acabe llevándose el gato el agua, parte siempre con una ventaja considerable.

Una última paradoja, consecuencia de la peculiar búsqueda de la virginidad por parte de nuestras fuerzas políticas, va referida al hecho nacional. Así como la izquierda no ha aceptado nunca la realidad nacional (norma suprema de la civilización), la no izquierda, huyendo despavorida de cualquier sombra de nacionalismo propio de la era predemocrática, ha hecho suyo ese nacionalismo primitivo de la izquierda que consiste en rechazar, y llegado el caso destruir, la nación constitucional, que es la única base de la convivencia democrática en libertad. El resultado, de

sobra conocido, es esa democracia sin nación, o contra la nación, que se ha construido en los últimos cuarenta años. Otra forma del no ser propio de nuestra no izquierda.

Como se ve, vivimos (alegres y felices, eso sí) en un jardín psiquiátrico gestionado por quienes en otro tiempo habrían sido diagnosticados como enfermos mentales. En cuanto a progresismo, vanguardia e inclusividad, ¿hay quien dé más?



Manicomio Pentagramma. (Foto: Frost Bite Photography | Flickr).

**DE LAS DERECHAS A “LAS DERECHAS”:
PLURALISMO Y UNIDAD EN LA DERECHA ESPAÑOLA
1975-2019**

Jorge San Miguel Lobeto

La pluralidad en las derechas es una realidad casi coetánea con la idea misma de derecha política; pues las derechas desde siempre han tendido a ordenarse a uno u otro lado de los diversos clivajes fundamentales: confesionalidad, monarquía, campo y ciudad, mercado. Y no hay razón para que no se ordenen en torno a otros más recientes: Unión Europea, cuestión ecológica-climática, derechos digitales, etc. Sin embargo, varias fuerzas operaron desde mediados del siglo pasado para avanzar la idea (y la realidad electoral) de una derecha que, bien unificada, bien ordenada discretamente alrededor de unos pocos partidos liberales, conservadores o cristiano-demócratas, sería necesariamente liberal o neoliberal, atlantista, europeísta federalizante y más o menos tolerante en asuntos de moral social. Fenómenos como el poujadismo, el *qualunquismo* (o el propio gaullismo en sus términos originales) parecían condenados a convertirse en anécdotas históricas.

Por un lado, la expansión bélica del nazismo alemán y el posterior paradigma “antifascista” de la posguerra europea (que implantó una narrativa estalinista sobre las derechas) ocultó el hecho de que, antes de invasión nazi de Europa, existían numerosísimas fuerzas políticas y movimientos a la derecha de los conservadores clásicos que de ninguna manera cabal podían considerarse fascistas o nacionalsocialistas (en la obra *Fascism*

de Stanley Payne, por ejemplo, puede encontrarse un panorama muy somero pero esclarecedor). Desde finales de los 70 se produce además la ola Thatcher-Reagan, que proporciona modelos “de éxito” para las derechas nacionales a partir de modelos netamente anglosajones.

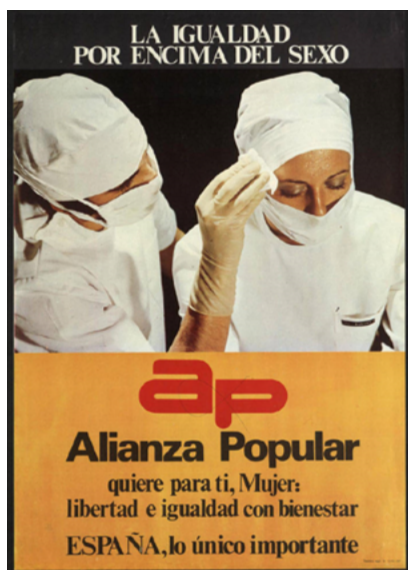
En España, que seguía sus propios ritmos históricos, condicionados por cuarenta años de dictadura, se fue configurando desde el 75 un paradigma propio, post-franquista, planteado en los debates sobre la Constitución con la oposición entre Fraga y Fernández de la Mora, y cerrado (diríamos tentativamente) con el referéndum de la OTAN, la dimisión de Fraga y la asunción de la derecha unificada del marco UE-OTAN. En nuestro país, además, el debate sobre la unidad o fragmentación de la derecha se ha cruzado con otro de carácter en apariencia táctico, pero que al final resulta existencial: la cuestión de la “moderación” o desideologización.

* * *

Entre finales de los 80 y mediados de los 2010, la hipótesis de base de los partidos de centro y centro-derecha españoles (PP y Cs; UPyD merecería algún matiz más, tanto en su ubicación como en su estrategia) fue que para alcanzar mayorías era preciso rebajar el tono de los debates percibidos como morales frente a los de gestión, tecnocracia y limpieza. Se planteaban así como partidos de gestión, cualificados técnicamente, estrictos contra la corrupción y partidarios de un cierto “sentido común” de las clases medias (*qualunquismo*); y evitaban verse arrastrados a “guerras culturales” en torno a asuntos moralmente controvertidos (aborto, moral sexual, confesionalidad, nacionalismo español y militarismo), en un país rápidamente secularizado desde los años 60 y en el que las grandes mayorías sociales parecían alejarse definitivamente de la moral conservadora. Hasta tal punto triunfó esta hipótesis que hoy parece algo más: casi una segunda piel o naturaleza del centro-derecha, y quién sabe si su identidad real. Pero no siempre fue así ni parece que estuviera predeterminado.

Alianza Popular nace en 1976 como una federación de asociaciones políticas conservadoras, encabezadas por altos cargos del Régimen anterior. De su heterogeneidad ideológica y estratégica da cuenta su

división en el debate de la Constitución: 8 votos favorables, 5 en contra, 3 abstenciones. Si el secretario general de AP, Manuel Fra-



Cartel electoral de Alianza Popular en 1977. (Foto: Universidad Autónoma de Barcelona. Biblioteca de Comunicación y Hemeroteca General, CEDOC).

ga, es ponente del texto constitucional, otros, como Federico Silva o Gonzalo Fernández de la Mora, están entre sus críticos más acerbos, hasta el punto de romper con la coalición. No obstante, el impacto electoral de sus nuevos proyectos es mínimo, y desde 1979 la amplia mayoría de la derecha conservadora española transitará por la senda constitucional.

Es clave señalar, sin embargo, que la derecha de la democracia nació profundamente dividida, como divididas habían estado las “familias” del Régimen y las reformistas; una división aún más acentuada si incluimos (y no habría por qué no hacerlo, al menos en el momento inicial) a las derechas nacionalistas catalanas y vascas. Separada además del centro oficialista de la UCD y de otras alternativas moderadas o liberales. La unificación del centro-derecha español por el Partido Popular a partir de 1989 habituó a un par de generaciones de españoles a considerar el espacio a la derecha del PSOE como un bloque electoral e ideológico; pero la variedad de inicio era aún mayor de lo que muestra el sistema de partidos fragmentado desde 2015.

Si la aprobación de la Constitución había sido el primer parteaguas, los debates de valores que venían con el despliegue legal del régimen democrático seguirían mostrando la multiplicidad de visiones en el campo del centro y la derecha. Así por ejemplo con la ley del divorcio, presentada en 1981 por el gobierno de UCD y aprobada con los votos de la izquierda,

los nacionalistas y la mitad liberal, o socioliberal, del partido gobernante; mientras que la otra mitad se unía en el rechazo con Alianza Popular.

En 1983, ya con un gobierno socialista, se produce otro hito: el debate sobre la despenalización del aborto (la ley de “supuestos”: riesgo para la madre, violación y malformaciones). El trámite parlamentario es accidentado, como puede suponerse. En un primer momento la ley sale adelante con la oposición de Alianza Popular, el grupo parlamentario de la extinta UCD, los nacionalistas vascos y la mayoría de los catalanes. Tres diputados de CiU, sin embargo, apoyan la ley socialista, haciendo evidente de nuevo la heterogeneidad ideológica de la derecha *estatal*.

No obstante, Alianza Popular recurre la ley al Tribunal Constitucional, lo que obliga al Gobierno, tras sentencia desfavorable, a modificarla. La ley de supuestos se aprueba finalmente en mayo de 1985, de nuevo con voto en contra de populares y centristas.

Si la aceptación del divorcio generó a la larga poca discusión en la sociedad española y en el propio centro-derecha, que acabó asumiendo con normalidad la nueva situación legal (por no decir que valiéndose de ella con entusiasmo), la cuestión del aborto sí quedaría clavada como una espina en el costado del refundado centro-derecha. Hasta el punto de que durante dos décadas los debates sobre el aborto sería algunas de las raras ocasiones en las que la pluralidad original se mostraba, siquiera tímidamente, sobre la monolítica conveniencia. Así, en 2010 con la introducción de la ley “de plazos” por el gobierno de Rodríguez Zapatero; y, en 2014, con la fallida reforma que acabó con la carrera política de Alberto Ruiz-Gallardón.

En todo caso, lo que tanto las amplias mayorías socialistas de los 80 como la normalización del divorcio y, hasta cierto punto, el aborto apuntaban era a un cambio sociológico profundo en España. El país católico se había secularizado rápidamente entre las últimas décadas del franquismo y la democracia, un cambio precipitado por la emigración interior y la ruptura de las comunidades rurales; por la aparición paralela de nuevas clases medias urbanas; por los medios de comunicación de masas y el turismo;

y por la integración, cultural primero, y a partir de 1986, económica y regulatoria, en la Europa comunitaria y en la sociedad globalizada.

Desde ese último punto de vista, el de la integración en las estructuras políticas y del “bloque occidental”, tampoco es del todo casual que el PSOE virase a tiempo de defender la permanencia en la OTAN, incluso arriesgando el capital político de su líder, y que acabase capitalizando el ingreso en la CEE hasta el punto de convertirse en sinónimo de la modernización de España. Por contra, la petición de abstención en el referéndum de 1986 por parte de Fraga, si bien puede verse primordialmente como un movimiento táctico destinado (en vano) a debilitar a González, resuena con unas corrientes antiamericanas y antiatlantistas que, aunque opacadas en las últimas décadas, tiene raíces muy profundas en la derecha española y vuelven a manifestarse hoy.

El referéndum de la OTAN y las posteriores elecciones generales de 1986 marcaron el techo político y electoral de la Alianza Popular de Manuel Fraga. Coalición Popular, que englobaba a AP junto al Partido Demócrata Popular de Óscar Alzaga, el Partido Liberal y varios partidos regionalistas, perdió incluso un par de escaños a pesar de la fuerte caída socialista y del fracaso de la “Operación Roca” del Partido Reformista Democrático. Creció además con fuerza un CDS encabezado por Adolfo Suárez y que pretendía representar un liberalismo progresista de corte europeo. Ante la situación de evidente estancamiento de la opción centro-derechista, se imponía una refundación y un cambio de caras y de estilos.

En 1987, Antonio Hernández Mancha accede a la presidencia de Alianza Popular. Ocupará el cargo menos de dos años, protagonizará una fallida moción de censura contra González y pasará a la historia de la política española como sinónimo de brevedad y fracaso. Entre bambalinas espera José María Aznar, un joven inspector financiero del Estado que desde julio de ese 87 preside la Junta de Castilla y León.

Las piezas se van colocando para la primera alternancia de la nueva democracia. Desde finales de los años 80, la hegemonía socialista en España

empieza a tener vías de agua en el nivel autonómico y en algunos grandes ayuntamientos. Castilla y León (con el ya citado Aznar) y La Rioja eligen su primer presidente popular en 1987. Aragón, la Comunidad de Madrid y la Comunidad Valenciana en 1995, ya tras la refundación aznarista. El PP se hace también en 1991 con el Ayuntamiento de Madrid, tras el fugaz paso del centrista Rodríguez-Sahagún, y con los de Palma y Valencia; con Las Palmas en 1992; con Cádiz, Málaga, Murcia, Sevilla y Zaragoza en 1995. La refundación del Partido Popular bajo Aznar, con la unificación de los antiguos partidos federados y la progresiva absorción de gran parte de los elementos centristas y liberales que quedaban en la política española, dio lugar a la gran maquinaria electoral de centro-derecha con la que los españoles se han familiarizado durante tres décadas.

Pero el gobierno nacional se resistía. El Partido Popular pasa de 5.285.972 votos en 1989 a 8.201.463 en 1993; pero queda aún lejos de los más de 9 millones del PSOE: en unas elecciones con una alta participación, la movilización del electorado socialista se traduce en un millón de votos más que en los comicios anteriores. Para luchar contra la hegemonía del PSOE y contra una sociología aún inclinada al centro-izquierda en alguna medida era preciso absorber todos los votos a la derecha del socialismo y ser competitivo en el centro. Lo primero se había conseguido por la fuerza de los hechos y por la necesidad ampliamente entendida de derrotar el “felipismo” desde una candidatura viable. Para lo segundo era preciso limar las aristas ideológicas del nuevo partido.

Esta operación de conquista del elector moderado o apolítico acabó por definirse como un “viaje al centro” (fórmula a menudo recibida con ironía en la izquierda). En lo práctico, consistía en centrar la labor de oposición en los temas por donde el PSOE hacía agua en la primera mitad de los 90, fundamentalmente la corrupción y el desempeño económico; proyectar una imagen de modernidad y gestión, alejada tanto del tradicionalismo católico como del intervencionismo de derechas; y recabar el apoyo de las esferas mediáticas y empresariales con un proyecto de país en línea con las corrientes de la derecha liberal europea. Con Aznar ha llegado también en 1989 Pedro Arriola, el

politólogo que durante tres décadas da nombre a la estrategia de la despolitización, el aplanamiento de las encuestas y la obsesión por el centro político.

Con estos mimbres, en 1996 el PP vuelve a crecer de forma notable (un millón y medio de votos), pero la resistencia del PSOE en torno a los 9 millones y medio plantea un escenario mucho más competido de lo que se podía esperar antes de la campaña, y aboca a José María Aznar a una negociación de dos meses con partidos nacionalistas hasta lograr la investidura. A pesar del desgaste de 14 años de gobierno ininterrumpido, del rosario de escándalos de corrupción, de la crisis económica post-92, de las guerras internas y de la progresiva pérdida de poder territorial, Felipe González está a punto de pelear de nuevo por el gobierno y llegará a pronunciar una frase que ha quedado en el recuerdo: “Nos ha faltado un debate”.

La necesidad de acordar con los nacionalistas catalanes y vascos pone inmediatamente de manifiesto el largo camino recorrido por la derecha española hasta llegar al poder. Un hecho de fuerte simbolismo es el compromiso de acabar con el servicio militar obligatorio. El “Pacto del Majestic” incluía la reforma de la financiación autonómica y una lista de cesiones. El acercamiento de Aznar a la política y la cultura catalanas ha sido fuente de chistes desde entonces; pero nada de broma tenían las sucesivas competencias adquiridas por la Generalitat durante su presidencia, ni otras cesiones no menos reales que llegaron, como la defenestración de Vidal-Quadras y la tolerancia hacia la Ley de política lingüística de 1998. El centro-derecha español se hacía copartícipe de la centrifugación del Estado autonómico.

Las elecciones de 1996 presentan un interés adicional: se trata de la campaña “del dóberman”; un *spot* que pasó al imaginario político español como emblema de la campaña negativa y el primer gran producto comunicativo de la estrategia del miedo a la derecha. Más allá de lo anecdótico, el “dóberman” señala que, a mediados de los noventa, la última trinchera de defensa socialista es presentar al Partido Popular como una derecha franquista, de valores incompatibles con la moderni-



Dos fotogramas del vídeo electoral del PSOE en las elecciones de 1996: el primero, con un José María Aznar deformado; el segundo, con un dóberman amenazante, raza canina que dio popularmente nombre a tal spot. (Foto: RTVE).

ETA rompe el relato y ancla la política y la sociedad española en una realidad histórica. España es un país más de la Unión Europea y de la Alianza Atlántica. Uno que coquetea de hecho durante un tiempo con adquirir un papel central en las organizaciones supranacionales, y que parece haberse enganchado a los primeros puestos de la economía mundial.

De hecho, la caída del gobierno popular tiene más que ver con la *hybris* atlantista que con cualquier deje de la derecha tradicional española. A partir de 2003, la izquierda española se moviliza contra el Gobierno de centro-derecha enarbolando causas como el *Prestige* o la guerra de Irak, en un clima de extraordinaria crispación que culmina, tras los atentados del 11 de marzo de 2004, en las elecciones ganadas por José Luis Rodríguez Zapatero.

dad y la democracia (la “España en positivo” del eslogan socialista); una derecha que, además de amenazar el sistema público de pensiones o la sanidad, iba a devolver el país a tiempos culturalmente más *oscuros*.

Por lo demás, los años de Aznar son los de la incorporación al euro y al optimismo global de los 90. La despolitización de la vida española corre pareja a ese “nuevo orden mundial” sin bloques, que parece caminar hacia una paz perpetua kantiana medida en la dulzura del comercio irrestricto. Otro dato: los abortos se disparan en España durante los mandatos de Aznar, quizás a causa del despegue de la inmigración masiva. Sólo

El paso a la oposición supone un trauma para los populares, que se sumen en la confusión durante un par de años. El gobierno socialista los arrastra de forma inteligente a la “guerra cultural” con iniciativas como el matrimonio homosexual, la ley antitabaco o la posterior reforma del aborto. Las diversas alas del Partido Popular crujen; se suceden manifestaciones de la “derecha cultural”; la división se hace también patente en el espacio mediático de la derecha; e incluso se escuchan voces dentro del propio partido, como la de Esperanza Aguirre, que aspiran a plantear esa aún quimérica “batalla de las ideas”. Rajoy capea el temporal como puede y va imponiendo un estilo de liderazgo y de política acorde con su talante personal y que parece hecho a la medida del “arriolismo”.

Es también durante este ciclo de éxitos socialistas hasta 2008 cuando ambos partidos mayoritarios empiezan a desfondarse por la cuestión nacional; de forma muy tímida al principio. En 2006 ha nacido Ciudadanos, primero como asociación, luego como partido político catalán. Pero es UPyD quien toma la delantera a nivel nacional y logra en esas elecciones de abril de 2008 un escaño para la exsocialista Rosa Díez. Lo que viene después es bien sabido: Zapatero se convierte en zombi desde los recortes y congelaciones de mayo de 2010; y año y medio después Mariano Rajoy hereda plácidamente la Moncloa y un inmenso poder territorial.

El mandato anticrisis con el que el Partido Popular llega al gobierno en 2011 ofrece todos los incentivos para regresar a una versión extrema del “arriolismo” y no meterse en política. Desde mayo de ese mismo año se ha abierto además un ciclo nuevo de politización, rápidamente cooptado por la izquierda, que desaconseja aún más enzarzarse en guerras de valores. Rajoy ha venido a evitar el rescate de España y a poner la economía en pie, y todo lo demás es accesorio. Quizás no hay mayor ejemplo del rumbo emprendido que el descabezamiento en 2014 del proyecto de reforma de la ley del aborto y del ministro que la presenta.

Los años del ajuste son de una enorme contestación social: los años de los “escraches”, los que alumbran para la política nacional a figuras como

Pablo Iglesias o Ada Colau. Pero son también los de los escándalos de corrupción que abren una brecha en el electorado popular, por la que crecen UPyD primero y después Ciudadanos. Privados de la bandera anticorrupción con la que llegaron al gobierno en 1996, a los populares les queda apenas la gestión económica; y si es cierto que a la altura de 2014 la recuperación de la economía española empieza a hacerse evidente, el escenario no permite en absoluto remitirse al optimismo de los 90.



Autobús electoral de UPyD para las elecciones gallegas de 2009. (Foto: Contando Estrellas | Flickr).

En 2014 el sistema de partidos empieza a quebrarse por la izquierda con Podemos; en 2015 Ciudadanos se lanza a la escena nacional. Es, sin embargo, un Ciudadanos distinto al catalán que, aunque aprovecha la valiosa experiencia adquirida por sus líderes en un entorno desfavorable, presenta muchos rasgos distintivos e incluso opuestos. Se puede interpretar, de hecho, como una iteración de la hipótesis de Arriola, adaptada a las nuevas clases medias nacidas en democracia. Pues si bien, por un lado, explota una voluntad de cambio del electorado, que se concreta en la novedad de Albert Rivera y en una comunicación más fresca y optimista, así como acentúa el perfil de reformismo, modernidad y vocación internacional, encarnado en figuras como Luis Garicano, por otro lado

pone en sordina la batalla cultural de las legislaturas anteriores, e incluso rebaja el tono sobre la cuestión catalana en sus dos primeros años de actividad nacional. España necesita un gobierno modernizador y libre de corrupción, que supere además la política de bloques desencadenada desde el zapaterismo. No es el momento de hablar de los valores sino de la *tekné* política. Este es además uno de los rasgos de diferencia con UPyD, que había mantenido un perfil más combativo, menos posibilista, y cuyo electorado devora en los comicios de diciembre de 2015.

Los dos hitos de Ciudadanos (a nivel nacional) en 2016 son sendos acuerdos, de gobierno e investidura, con PSOE y PP. El partido vindicaba con los hechos su discurso de que existía un núcleo de políticas y reformas comunes a los partidos “constitucionalistas”; si bien el texto acordado con el PP en el verano, aun respetando la sustancia y la orientación del programa reformista de Cs, era menos ambicioso que el firmado con Pedro Sánchez en primavera, planteado además como un órdago al resto de fuerzas del parlamento. La historia no acaba bien del todo; pues si bien el corazón de las políticas que empujaba Ciudadanos se empezó a aplicar en los presupuestos de 2017 y 2018, el período se cerró con un cambio de gobierno que lo fue también de ciclo político y, podríamos aventurar, de régimen, con la moción de censura de Pedro Sánchez en mayo de 2018.

Es precisamente el ciclo iniciado con la llegada al gobierno de Pedro Sánchez el que rompe el estado de cosas delimitado, o aprovechado, por el arriolismo: una competición electoral en la que los debates de valores o aun de ideas sólo se dan hacia la izquierda. Desde 2014 existe en la derecha un competidor, escindido del PP (no podía ser de otra forma), que pelea en un entorno cultural y reivindica valores conservadores y un espacio distintivo de la mera gestión y la reforma dentro de los cauces del consenso liberal-socialdemócrata. Durante cinco años, Vox es poco más que una hipótesis aventurada y un proyecto extraño a la realidad sociológica española. Sus propios pasos son titubeantes (como lo habían sido los de Ciudadanos). Pero, a la altura de 2019, tras el Brexit, Trump, las elecciones francesas del 18 y, sobre todo, la propia evolución de la política española, la voz de la derecha radical y cultural no es tanto una excentricidad como una necesidad sociológica.

Desde el otoño catalán de 2017, la hipótesis liberal-radical, que cifraba el futuro del país en una coalición laxa entre socialdemócratas (“de todos los partidos”) y liberal-reformistas, salta por los aires. El PSOE recrudescer los ataques a Ciudadanos, que lo ha sobrepasado en las encuestas, en torno al feminismo o la cuestión LGTB. A la vez que los socialistas se acercan a Podemos y los partidos golpistas catalanes, Ciudadanos tiene que exacerbar su vertiente más combativa, y adopta el papel de un “anti-Sánchez” (siempre dentro de unos contornos definidos, que incluyen la cuestión nacional, pero dejan fuera la cultura, los valores, la etnia). Con Rajoy en el escenario, es fácil encarnar la radicalidad. De hecho, en las elecciones de abril de 2019 obtiene su mejor resultado histórico, 57 diputados. Pero la política española no va a ser clemente con la enésima encarnación del moderantismo reformista.

Desde las elecciones andaluzas de 2018, la caja está abierta. Y en parte la ha abierto el PSOE, muy satisfecho de intentar minorar al bloque de PP y Ciudadanos hinchando a una “extrema derecha” hasta entonces ausente de las instituciones. La segunda semana de la campaña andaluza es elocuente; como lo es el escuchar al presidente del Gobierno desgranar en la tribuna de oradores del Congreso el programa de un partido que no tiene escaños en el parlamento nacional. Es tentador invocar la historia del Front National francés; si bien Vox mide con cierto cuidado el alcance y la intensidad de sus discursos sobre la inmigración, o el proteccionismo económico.

En cierto modo el período que se abre en 2018 representa el apogeo de la política del “dóberman”, por cuanto ya no se trata de tácticas electorales, ni siquiera de estrategias discursivas de un Gobierno con un proyecto independiente; sino de la razón de ser de una coalición amplia que ha emprendido una modificación de la naturaleza del Estado español. Una coalición que de otra forma hubiera sido complicado sostener tanto hacia fuera como hacia dentro. Desde la primavera del 18, la dirigencia socialista ha disciplinado a su militancia y su electorado en los pactos con la izquierda radical, con los partidos del golpe catalán e incluso con la izquierda *abertzale*; y ha podido hacerlo a cada vez con el espantajo, quien sabe si la profecía autocumplida, de una derecha echada al monte.



Reunión entre los dirigentes del Partido Socialista de Euskadi y EH Bildu en la sede del primer partido en 2016 (Foto: socialistasvascos | Flickr).

Pero lo que se manifiesta hoy forma parte de una realidad más amplia. Actualiza una realidad ignorada de la política española, una división fundamental en las derechas, que es doctrinal pero también estratégica y territorial. La fuerza de un sistema electoral tendente al bipartidismo, de las corrientes europeas, de la configuración mediática, y de las propias personalidades que operaban en el ruedo político, abocó desde principios de los 80 a una concentración (también a izquierda, en el PSOE) que, sin embargo, no deja de ser *antinatural*. A pesar de la elección posibilista del centro-derecha, que optó por rebajar el tono de los valores y sólo se expresó periódicamente con asuntos como el aborto o el matrimonio homosexual, la prosperidad y la integración europea no acabaron de eliminar la multiplicidad de almas en el seno de la gran coalición derechista española.

A partir de 2015, con la irrupción de Ciudadanos y Vox, el espacio unificado de la derecha aznarista volvió a fragmentarse, coincidiendo

con la quiebra del paradigma despolitizador y neoliberal de los años 90. Si Ciudadanos representó en principio una forma más intensa de la modernización apolítica, la evolución de la política española desde el golpe catalán de 2017 y la subsiguiente moción de censura socialista creó las condiciones para un retorno de la política de valores; que se ha producido en el contexto de un sistema de partidos fragmentado y una competición polarizada, donde la recogida del voto radical ya no es una quimera sino una necesidad para competir entre bloques.

LA DERECHA Y LA MODERACIÓN: LA RENUNCIA A LOS PRINCIPIOS EN EL NUEVO CICLO ELECTORAL

Óscar Monsalvo Herrero

La defensa de la moderación ha servido en los últimos años en España para normalizar las posturas políticas más extremas. Tal vez el caso más claro y consistente se vio en Cataluña. El golpe de Estado defendido por la mayoría de los grupos políticos del Parlamento catalán tuvo al comienzo un rechazo más o menos firme de los llamados partidos constitucionalistas, aunque enseguida se vio que ni el rechazo era tan firme, ni todos los llamados partidos constitucionalistas lo rechazaban por las mismas razones.

El episodio que mejor refleja este espejismo de una añorada alianza que nunca llegó a existir ocurrió en Pineda de Mar, al día siguiente de los disturbios del 1-O. El dos de octubre cientos de personas se concentraban frente a uno de los hoteles que alojaban a los antidisturbios. Al frente de la turba, dos concejales del PSC. Fueron ellos quienes entraron en el hotel y amenazaron a su director con el cierre, hasta que finalmente consiguieron su objetivo: los policías fueron desalojados. La primera teniente de alcalde, Carme Aragonés, explicó a las cámaras de La Sexta cómo se habían puesto al frente de la masa enfurecida. Los portadores de antorchas estaban nerviosos por la presencia de la policía, y la dirigente del PSC afirmó que se concentrarían cada día en solidaridad por las “agresiones” que la policía había cometido en otras localidades. No

hizo falta llegar tan lejos. El director del hotel cedió ante el chantaje y echó a los policías. “Pensamos que el diálogo es lo mejor, y así hemos llegado a un acuerdo”, remataba la teniente de alcalde ante las cámaras.



Carmen Aragonés, teniente de alcalde socialista de la localidad catalana de Pineda de Mar el 2 de octubre de 2017, fecha en que coaccionó al dueño de un hotel de su municipio para que expulsara a los allí alojados policías nacionales, que habían acudido a Cataluña para impedir el referéndum ilegal del día anterior. Por este delito, Aragonés sería condenada en enero de 2023 a un año de cárcel y un año de inhabilitación. (Foto: YouTube).

Ciudadanos ganó las siguientes elecciones, aunque no pudo formar gobierno. ERC y Junts alcanzaron un acuerdo que duraría poco, y finalmente los socialistas apoyaron los presupuestos de una ERC ya en minoría. A esta legitimación de los golpistas, de sus métodos y de sus ideas se la llamó moderación.

Hoy es el PP el partido que con más insistencia enarbola esa bandera, aunque con un sentido diferente. En su caso, la moderación sirve para no tener que explicitar ningún principio concreto, ninguna política ajena al consenso, ningún debate incómodo. Son varios los debates a los que se ha renunciado con el objetivo (imposible, por otra parte) de no ser percibidos como un partido de derechas. Tal vez el más importante de todos ellos sea el del aborto. Recientemente el portavoz de campaña del PP, Borja Sémper, ilustraba esta renuncia en una entrevista en El Mundo. “La España de hace trece años no es la misma que la de hoy”, decía para justificar el cambio de postura en relación a la ley de plazos.

“Es una evolución razonable y lógica, algo positivo”. La clave de la cuestión no es tanto la postura concreta, sino la justificación, el criterio: la mayoría social. El PP confirmaba con esas palabras que renunciaba a hacer política, entendida ésta como la defensa de ciertos principios al margen de los vaivenes de la opinión pública.

Cuca Gamarra, secretaria general del partido, ofrecía el mismo día otra entrevista, esta vez en El Español. También era reveladora. Ante la pregunta de si el PP era un partido de derechas, contestaba lo siguiente: “El PP es un partido muy plural. No me gustan las etiquetas”. “Me da mucha pereza intelectual lo de las etiquetas”, llegaba a decir. Y remataba volviendo a enunciar el principio rector de todas sus propuestas: “El PP es el partido que más se parece a la sociedad española”. La renuncia a la reflexión y al debate tiene un lado positivo, y es que así es más fácil no pensar en las implicaciones de una declaración como esa. Si se ve como algo positivo que un partido vaya siempre a remolque de la mayoría social, que integre en su ideario cualquier moda ideológica, ¿qué sentido tiene entonces la política? ¿Qué modelo de sociedad se va a defender, qué principios y valores concretos, si la sociedad nos va dictando en cada momento cuáles deben ser esos principios y valores?

La sociedad piensa hoy que la ley de plazos es razonable. Mañana esa misma sociedad puede pensar que el aborto es un derecho de la mujer, y que debería poder ejercer ese derecho en cualquier momento del embarazo. Es lo que ya se defiende hoy desde un lado. La posibilidad de acabar con una vida humana se entiende como un derecho absoluto, y por lo tanto cualquier medida destinada a evitarlo se denuncia como una agresión machista. Se llega a defender incluso que el feto humano es algo similar a la próstata, y que hay que normalizar el aborto como una prestación sanitaria más.

Desde el otro lado, el silencio y el eufemismo. Lo mejor es no hablar sobre ello. Si hay que hacerlo, conviene no traspasar la línea roja: “es un asunto complejo”. Incluso cuando se intenta hacer bien, aparece el miedo a usar las palabras duras. Es una “defensa de la vida”, leemos;

pero no es sólo eso. Es ante todo el rechazo a normalizar una cultura de la muerte. Y es al parecer un rechazo difícil de explicar a millones de españoles.

Por eso pasan cosas como las que anunciaba este titular de El País: “El Tribunal Constitucional va a dar absoluta prioridad a la sentencia sobre la ley de aborto tras 12 años de espera”. Es normal. Los progresistas sí tienen una cultura, y es desde esa cultura desde donde hacen leyes y transmiten ideas. El PP, tras doce años de nihilismo ético y tras una propuesta de Vox en las antípodas de la radicalidad, sólo acierta a decir que el Gobierno de Castilla y León defiende “las políticas de apoyo a la natalidad”. No han sido doce años de espera, sino de renuncia.

No es éste el único tema en el que la derecha ha renunciado a defender ideas propias. Es interesante recordar la campaña para el 8-M promovida por Cuca Gamarra, entonces vicesecretaria de política social, hace tres años: “Mujer por encima de todo”. En el vídeo de la campaña aparecían varias dirigentes del PP refiriéndose a otras mujeres. En positivo, obviamente. Cayetana Álvarez de Toledo hablaba bien (en doble sentido, pues la anterior portavoz del PP sí está acostumbrada a pensar) de Inés Arrimadas: “Si tuviera que destacar una virtud de Inés Arrimadas puramente femenina no podría destacar lo más importante de ella. Porque la valentía no es un atributo exclusivamente femenino, sino de todas las personas, independientemente de cualquier consideración identitaria. E Inés Arrimadas yo creo que por encima de cualquier otra cosa es una mujer valiente. Una persona valiente”. Después aparecía Andrea Levy hablando bien de Ada Colau. Y Ana Beltrán hablando bien de Irene Montero. La propia Cuca Gamarra eligió elogiar a la alcaldesa Nuria Marín, del PSC, quien el 1 de octubre se encaró con la Policía Nacional por “la violencia y las agresiones” que se habían producido. Pero todas ellas eran mujeres por encima de todo, porque el PP, por encima de todo, es un partido que quiere parecerse a España. Y en España el feminismo es exactamente esto. Poco después, Gamarra sustituiría a Cayetana Álvarez de Toledo como portavoz en el Congreso.



Cuca Gamarra, actual secretaria general del Partido Popular, en el vídeo “Mujer por encima de todo”, publicado el 5 de marzo de 2020, cuando ejercía como vicesecretaria de Acción Social de su partido. (Foto: Partido Popular | YouTube).

La derecha moderada ha renunciado a participar en todos los debates esenciales de nuestro tiempo, y al hacerlo ha permitido que las posturas particulares de la izquierda más extremista y fanática se conviertan en el nuevo consenso social. Como no quiso hablar de las víctimas de la Guerra Civil (el eufemismo de “abrir viejas heridas”), renunció a constatar lo evidente: prácticamente nadie defendía en España al inicio de la guerra una república democrática. Como resultaba muy incómodo tener que tratar temas desagradables, terminó aceptando el concepto de “violencia de género”. La nación española, discutida hace muchos años por Zapatero, comienza también a ser discutible en la derecha moderada; y así van apareciendo en el discurso conceptos como “particularidades” o “hechos diferenciales”.

Esta enorme y sistemática pereza intelectual se ve exacerbada ante la inminencia de un nuevo ciclo electoral. La visión pragmática y cortoplacista de la política puede conducir a la victoria en unas elecciones, pero supondría una derrota a largo plazo: la renuncia a las ideas propias implica necesariamente la aceptación paulatina de todas las ideas ajenas que la izquierda consiga introducir en la opinión pública. Entre ellas, la idea de que sólo la izquierda es capaz de ofrecer modelos de sociedad legítimos y aceptables.

Una parte de la derecha ha terminado por creerse el cuento de que lo que ahora se llama “guerra cultural”, que antes era simplemente la defensa continuada de ciertos principios, valores y referentes políticos, es algo de lo que se puede prescindir. Un lastre, se podría decir. Pero el lastre es precisamente lo que da estabilidad a ciertas embarcaciones, y lanzarlo por la borda puede conducir al desastre.

El rechazo a la “guerra cultural”, el rechazo incluso a defenderla con otras palabras, no es más que el anhelo de una normalidad política que en España es hoy imposible. Se habla del sinsentido de la “guerra cultural” o de “cortinas de humo” para eludir la obligación de defender principios concretos. Gestionemos desde el centro, dicen; o sea, centrémonos en la gestión. Mientras tanto, a nuestro alrededor no sólo están destruyendo el suelo común de la nación y las leyes, sino que también están erigiendo un edificio nuevo, con derecho de admisión, para sustituir lo que hasta hace poco pensábamos que siempre sería España: una democracia más o menos moderna.

Es un error inmenso. No es ya sólo que la gestión no movilice a los votantes; es que una parte esencial del proyecto político del Gobierno consiste en eliminar la posibilidad de que la derecha pueda volver a gestionar algo a nivel nacional. Eso es la guerra cultural, que no es más que la batalla moral y política. Y la decisión no consiste en hacerla o no, sino en entenderla o ignorarla.

¿ES LA MODERACIÓN ESTRATÉGICA?

Pilar Rodríguez Losantos

En contra de la tesis que probablemente haya leído en los capítulos anteriores y posteriores a este, la mal llamada moderación no es, solo, una cuestión ideológica. Puede ser la consecuencia directa de la falta de principios sólidos que nos permitan defender una postura sin flaquear, sí, pero también puede ser una decisión estratégica voluntaria, derivada de un cálculo electoral que a continuación veremos si es efectivo o no.

Antes de entrar a analizar si hay algún cálculo maquiavélico que justifique ser, sencillamente, un blando, permítame que me adentre un poco en qué significa ser moderado desde el punto de vista del mensaje político.

Suponga usted que se encuentra frente a una gráfica, con un eje de abscisas, horizontal y al que llamaremos X; y un eje de ordenadas, vertical y al que llamaremos Y. En el caso del mensaje político el eje X es el ideológico: es decir, su posicionamiento en una escala en la que 0 es extrema izquierda y 10 extrema derecha. Por ponerle un ejemplo, los votantes del PP se suelen autoubicar entre el 5 y el 7, y los de Vox entre el 7 y el 9. En paralelo, existe un eje, que es el importante en este análisis, que es el vertical: esta escala no define el pensamiento político, si no la firmeza de los principios, que es un asunto radicalmente distinto.

Usted puede tener ideas que se identifican con el centro-izquierda y al mismo tiempo ser un radical, porque su pensamiento está tan asentado y razonado que no cede ante postulados ajenos, incluso cuando estos se convierten en una turba mayoritaria. También se puede ser nítidamente de derechas y ser muy moderado, siempre en el sentido peyorativo del término, precisamente porque considera su posicionamiento válido en tanto en cuanto sea mayoritario, y lo abandona en cuanto la masa cambia de opinión.

Siguiendo este razonamiento, usted puede creer que el género es un constructo social mutable, y que por tanto los niños, las niñas y, en su caso, *les niñes*, tienen todo el derecho del mundo a cambiar su sexo empleando para ello métodos químicos y quirúrgicos, incluyendo la amputación de partes sanas de su cuerpo con el único objetivo de conseguir sentirse cómodos consigo mismos en ese preciso instante de su vida. Este posicionamiento podríamos ubicarlo en el 2 en el eje ideológico, pero ¿cómo lo encasillamos en el de moderación-firmeza?

Antes de responder a la pregunta, vamos con otro ejemplo paralelo. Usted puede ser un convencido provida y creer que el aborto no está justificado en ningún caso. Su convicción puede deberse a un análisis tan elemental como que la propia ciencia justifica que a partir de la fecundación existe un organismo autónomo que se convertirá en una vida, o en su caso entender que la doctrina religiosa es muy clara al respecto y nos obliga a posicionarnos sin dilación. Este posicionamiento tradicionalmente ocuparía el 8 en la escala ideológica, pero ¿es una postura moderada o radical?

La respuesta para ambos ejemplos es la misma: depende. No tiene absolutamente nada que ver la idea que se defiende con la moderación o firmeza con la que se sostiene. Se puede ser un radical de extrema izquierda o también un moderado de extrema derecha. La única diferencia es que, en contra de lo que nos han hecho creer hasta ahora, las connotaciones positivas las concentra el término “radical” y las negativas las tiene el “moderado”.

Volvamos a los dos ejemplos anteriores. Suponga que es favorable a las tesis del movimiento *trans*. Usted puede ser de extrema izquierda y al

mismo tiempo radical si, por ejemplo, empieza a odiar al PSOE por posicionarse con las mujeres que no quieren ver penes en vestuarios públicos y jura, y además cumple, que jamás les volverá a votar porque por culpa de tal supuesto posicionamiento hay miles de *niñes* queriendo suicidarse. En ese mismo tema, usted puede ser favorable a las tesis del movimiento *trans* y, sin embargo, ante una manifestación mayoritaria en contra de este, cambiar su postura y decir que los transexuales claro que tienen derecho a vivir, pero que quizás aún no es una prioridad y no pasa nada por postergar el debate aunque, como usted mismo opina, eso puede llevar a la autolesión de millones de jóvenes. En el primer caso usted, que se ubicaría en el eje ideológico en el 2/10, sería un radical en sus posturas; mientras que en el segundo caso seguiría estando en el 2/10 pero sería un mal llamado moderado. O, lo que es lo mismo, un blando.

En el caso de la derecha y la política provida ocurre lo mismo. Creyendo que el aborto es un asesinato hay dos opciones de posicionamiento: o bien no volver a votar jamás a cualquier partido que lo apoye y hacer del aborto un eje central de su acción política (¿cómo no lo va a ser si usted considera que se está asesinando a alguien con dinero público y total connivencia de la sociedad?) o por el contrario entender que, como es un debate superado, aunque se maten cientos de niños al día todo esto es un poco incómodo de defender y mejor lo dejamos. En el primer caso sería usted un radical de derechas y en el segundo un moderado, o un blando, de derechas también.

Habiendo clarificado ya el concepto, ¿cuál es el problema que tiene la derecha en sus posicionamientos políticos y estratégicos? Su talón de Aquiles no es el eje ideológico, que es mutable en muchos aspectos y que por supuesto admite variaciones en según qué temas, sino el grado de moderación con el que se defienden las ideas.

Vayamos a un caso menos polarizante, por transversal, pero que sin embargo en el pasado ha suscitado un gran debate: la unidad de España. Para defender que vivimos en una gran nación, que en sí misma tiene valor por el legado histórico y cultural sobre el que se asienta, que construye nuestra idea de comunidad y nuestro sentimiento de pertenencia,

no se puede ser moderado. Es imposible ser muy patriota y al mismo tiempo pretender que no pase nada por ceder ante los postulados de los que quieren acabar con España. Es incongruente presidir España y al mismo tiempo hacer todo lo posible por orillar su lengua oficial, que además resulta ser la segunda más hablada del mundo. Es de blandos, o como decimos aquí de moderados, pretender que la nación es un debate sobre el que hay que estar dispuesto a ceder para llegar a un acuerdo.

Porque en realidad la clave de todo el debate es este: hay posturas en las que hay que ser forzosamente radical y no ceder ni un milímetro. No hay un término medio entre terroristas y víctimas de ETA, igual que no lo hay entre maltratadores y maltratadas o entre pederastas y niños abusados. Hay temas en los que la moderación es una lacra casi tan peligrosa, o probablemente más, que la postura con la que intentan intermediar.

Y además ocurre algo en el plano estratégico que es incluso más desolador: ni siquiera sirve para nada. Porque ese mal entendido diálogo y talante, que en realidad no es más que poner en el centro de la razón y la moral al PSOE y orbitar alrededor de él, es lo que explica el nacimiento de dos fuerzas políticas como Ciudadanos y Vox que durante muchos años han arrebatado la hegemonía política de la derecha al PP. Y no surgieron porque los populares cambiaran de posicionamiento en el eje ideológico, sino porque flaquearon en el eje vertical de la moderación. Y precisamente por eso el Ciudadanos de centro-centrado de Albert Rivera que se enfrentaba a separatistas era mayoritario y el Ciudadanos de Arrimadas de centro-centrado que pacta con Sánchez ha desaparecido. Y por eso el PP de Madrid, con Isabel Díaz Ayuso y José Luis Martínez-Almeida defendiendo con uñas y dientes en la pandemia su modelo de gestión, ha arrasado en las urnas en mayo; y por eso Juan García-Gallardo en Castilla y León, con un mensaje claro sin necesariamente elevar el insulto o la voz, ha tenido el mejor resultado de Vox en toda España.

La moderación nunca puede ser estratégica porque en España se ha definido siempre como la capacidad de cesión a los postulados del socia-

lismo. Y si ser moderado implica no defender la vida, porque el PSOE cree que es feminista; o defender la eutanasia, porque el PSOE cree que es digno; o ceder ante el independentismo, porque el PSOE cree que es cosmopolita; la única respuesta posible debe ser la radicalidad.

Porque aunque sea difícil de entender, cuando los votantes quieren apostar por el socialismo votan al PSOE. Y cuando quieren huir de él, no votan a aquellos que quieren imitarles porque entienden que están subyugados a su superioridad moral: apuestan por los valientes que, de izquierda o derecha, saben que con los principios ser blando es un fracaso moral, personal y, sobre todo, estratégico.



Camisetas con la expresión impresa “PSOE state of mind”, término por el cual es conocido en redes sociales el afán de los rivales políticos del PSOE de combatir dentro de los marcos conceptuales de y según los principios establecidos por ese PSOE al que intentan derrotar. (Foto: cayetania.com).

**EL CLERICALISMO: ENFERMEDAD CRÓNICA
DEL CATOLICISMO ESPAÑOL CON LA EXCUSA
DE LA MODERACIÓN**

José María Sánchez Galera

En *Estudios sobre el amor*, José Ortega y Gasset afirmaba: «La Iglesia ha sido en otro tiempo excelente psicóloga, y es una pena que se haya quedado retrasada en los dos últimos siglos». Son líneas que escribió en 1927 y que se leyeron, por vez primera, en el diario *El Sol*. Por tanto, según el filósofo madrileño, la Iglesia ha ido rezagándose de manera progresiva, al menos desde el periodo conocido como Ilustración. Sin duda, es un debate complejo. Pues habrá quien sostenga que la Modernidad es, en gran medida, la era en que la Iglesia ha dejado de ser la institución que ha engarzado a la sociedad y la cultura. El moderno, al contrario que el medieval, ha dejado de ser culturalmente, institucionalmente cristiano. Es más: lo cristiano —en Occidente— ha dejado de ser, por definición, católico.

Visto de esta manera, habría que entender que el marco general en que nos movemos es el de una civilización que ha mantenido bastantes signos y convicciones cristianas, pero que se ha emancipado de la Iglesia y que tampoco se identifica con la etiqueta de católica. Son parámetros ininteligibles para una mente medieval.

El análisis de los imperios europeos de la Modernidad parece confirmar esta tesis. Con la excepción de España —que fue un Imperio de cor-

te más bien ecuménico—, imperios como el británico —quizá habría que decir *inglés*—, el alemán o el francés han sido entes de identidad nacional, cuyo rasgo religioso siempre ha estado al servicio o complemento de la nación, y no al revés. *Cuius regio, eius religio*. Principio que ha conducido, por una parte, a la consolidación del resquebrajamiento confesional en Europa —anglicanos ahí, católicos acá, calvinistas allá, luteranos aquí—; y, por otra parte, a la preeminencia del Estado sobre la Iglesia. Un Tomás Becket resulta imposible en la Modernidad; el obispo es hoy un súbdito del monarca y enfrentarse a él —especialmente, en la Europa «reformada»— se parece cada día más a la oposición de los primeros cristianos a quemar incienso en el altar del emperador. Hoy da la impresión de que la consigna sea caer bien, resultar simpáticos, ser aceptados. Porque el emperador parece una persona dialogante, y su gobierno es ecológico y lucha por la justicia social.



Clero y primeras autoridades en el Hospital de Órbigo, León (Foto: Fundación Joaquín Díaz | Agustín Martínez).

Con el tiempo, la Iglesia ha ido perdiendo su autonomía, y cada vez ha dispuesto de menor margen de maniobra. Las desamortizaciones —la nacionalización forzosa y mal retribuida de los bienes eclesiásticos— han hecho a la Iglesia más pobre, o sea, más débil dentro del tablero de juego del siglo. El Estado ha sustituido a la Iglesia en el mecenazgo científico y cultural. Los intelectuales y artistas ya no están a sueldo de los papas y los obispos, sino de los departamentos ministeriales y la burocracia académica mundana. La invasión de la Roma pontificia

en 1870, y la actitud dogmática y defensiva del concilio que en aquel momento hubo de interrumpirse —o clausurarse—, no son sino una constatación de las palabras atribuidas a Danton: «*il nous faut de l'audace, encore de l'audace, toujours de l'audace*».

La audacia. Esta es la cuestión. O se escoge la audacia —la paloma y la sierpe pueden ser audaces—, o se escoge el mimetismo —confundirse con el paisaje—. Esto último es muy cómodo, sobre todo en tiempos en que las condiciones resultan algo adversas y la audacia obliga a apretar mucho más los dientes. O se tiene la audacia de embarcarse en la tempestad —ahí estará el Maestro, piensa uno—, o se pliegan velas para no molestar a nadie. La moderación —que debiera ser una forma elegante de astucia, de audacia inteligente— se confunde con no hacer ruido, por si alguien se queja. La moderación y la prudencia a veces se emplean como sinónimo de tibieza, de búsqueda del acomodo a los aires con que sopla el mundo. La moderación y la prudencia como excusas para alcanzar la irrelevancia, creyendo que así se logrará la amistad del Siglo. «Ellos están en el Siglo, pero no son del Siglo», dijo Jesús de sus apóstoles.

Podríamos hablar de Mendel y sus leyes genéticas, o de Lemaître y su formulación inicial de lo que sería la teoría del *Big Bang*. Pero no se trata de eso. Se trata de que el aborto y la eutanasia han ido dando pasos de gigante, a pesar de la resistencia —de la actitud de búnker— del mundo católico. El catolicismo se ha replegado, está a la defensiva. Le ha faltado audacia. El transhumanismo y el transexualismo avanzan sin apenas oposición efectiva por parte del mundo católico. Es más: si nos fijamos en los estudios del Pew Research Center, localizaremos que en países como España —y otros muchos católicos, sobre todo de la América de habla española— la percepción moral sobre cuestiones como aborto, divorcio u homosexualidad es, en su mayoría, bastante alejada de lo que establece el Catecismo. No sólo eso: los países católicos de estos entornos —Polonia marcha en otra dirección— se muestran más progresistas que los luteranos. De modo que la católica España sería un ejemplo de país que, en la práctica, desoye la doctrina de su propia Iglesia.

En este punto cabría preguntarse qué hace o piensa hacer la Iglesia. Y por Iglesia, aquí se entiende jerarquía. Y ese modo de definir los términos de la pregunta ya supone una respuesta. Se llama clericalismo. Hay quien se queja —y puede que con razón— de que en los colegios católicos —en concreto, los que dependen de congregaciones de monjas o de frailes— la asignatura de Religión se haya reducido a una sesión buenista sobre inmigración o ecología, y en la cual se ha sustituido a los Padres (Ireneo, Atanasio, Crisóstomo, Agustín...) por un vídeo de Shakira. Acomodo al Siglo en vez de audacia. Pretender que sean los obispos quienes se hagan cargo de problemas de cultura, de planteamientos de civilización, de las cuestiones de fondo de nuestro tiempo, es clericalismo. Supone aceptar los esquemas de la Modernidad, según los cuales el seglar no es, de verdad, católico. O es un católico de segundo rango. El clericalismo establece que sólo el papa y los obispos —y los sacerdotes, meros funcionarios— son los únicos portavoces de la Iglesia, de lo católico. Lo cual a veces conduce a una reacción que, siendo opuesta, es igual de clerical: el partido político que se define como católico.

El oficialismo se asemeja mucho a la fealdad arquitectónica del franquismo: se asume que todo cuanto venga del poder se acata. Nada se discute. El que obedece no se equivoca, nos han dicho. Es también algo parecido a esas leyes que pergeñan unos daneses y unos suecos en Bruselas y Estrasburgo, y que provocan en nuestras ciudades mediterráneas de toldos y persianas destrozos terribles. En España nos hemos acostumbrado durante mucho tiempo a esta actitud; en vez de atenernos a la razón y la tradición —al imperativo de una conciencia rectamente formada, a la libertad de hijos de Dios—, tragamos con carros y carretas de la autoridad. Vamos a misa en latín, en castellano o en euskera, porque así le gusta al obispo; comemos carne en Viernes Santo, porque en Sevilla tenemos dispensa; comulgamos en la mano, porque el cura de nuestra parroquia así lo prefiere y nos afea si nos arrodillamos ante la Hostia. El criterio propio ya no lo dispensa la lectura atenta de los Padres, la constante formación de la conciencia y el trato íntimo con Dios en la oración, sino el ocurrente caletre de un religioso *youtuber* y *gamer* que nunca se ha dignado vestirse con el hábito talar. El católico

no obedece a la Iglesia bimilenaria, sino a la última orden de la jerarquía. Lo cual no encierra peligro; el que obedece no se equivoca.

Este clericalismo es evidente, en España, en los profundos virajes que, según el estilo de cada papa o de cada presidente de la Conferencia Episcopal, se han ido registrando. Los temas y los tonos de los discursos del católico español suelen ser un reflejo del paso que marcan las altas instancias eclesiásticas. Confundimos respeto y reverencia con servilismo y falta de criterio. Lo cual se aplica a orientaciones de corte político muy diverso —hay católicos que sólo son audaces si el papa parece serlo—. Esto explica el auge del autoritarismo de derechas, y también de la penetración de formas sutiles de la llamada «teología de la liberación». Esto explica ciertos silencios ante los abusos sexuales, y también la arbitrariedad a la hora de abordar situaciones muy específicas en esta materia. En tiempos recientes, hoy, se ha ocultado información sobre excesos cometidos por un afamado (ex)jesuita —teólogo y artista sacro cuyos mosaicos se admiran en las catedrales—, a la misma vez que



La hospitalidad de Abraham: mosaico de Marko Rupnik, SJ, en la capilla principal del Centro Cultural San Juan Pablo II, Washington DC. (Foto: Lawrence Lew, O.P. | Flickr).

se violenta el derecho canónico para iniciar un proceso *ad personam*, y con escasas pruebas, contra un laico, profesor de un colegio. Esta doble vara de medir que contemplamos ¿obedece a convicciones o a conveniencias? ¿No es un nuevo ejemplo de acomodo a los aires volubles, no es una nueva muestra de falta de audacia cristiana?

Los datos del Pew Research Center no sólo muestran el triunfo de la secularización, sino, al mismo tiempo y de manera paradójica, del clericalismo. Porque el alejamiento del seglar de la doctrina coincide con aquellos campos en que los párrocos han dejado de insistir. Con su dejación, el clero ha transmitido la sensación de que tales temas morales o litúrgicos, o sociales, no tienen verdadera relevancia. Si los laicos cada vez acuden menos a misa y cada vez comparten menos aspectos de la doctrina, en cierto modo se debe a que no ven en el clero ni un cuidado de la liturgia, ni un énfasis doctrinal, e incluso detectan cambios o ambigüedades y, por tanto, la conclusión lógica a la que llegan es que el cristianismo es una suerte de *consolatio* emocional sin apenas efecto en la vida pública, más allá de buenos sentimientos y de procurar que no haya personas que sufran. El clericalismo no es un pecado de la jerarquía; es, sobre todo, una deformación de quien debiera tener una actitud profundamente laical y hondamente católica.

El clericalismo español se observa en bastantes ámbitos de la comunicación pública y de los entornos universitarios. Los laicos desisten de su obligación como católicos —no se acaban de creer que un periodista o un ama de casa sean igual de *alter Christus* que el mismísimo papa—, y de su obligación como ciudadanos —creen que, por ser católicos, están coartados a la hora de expresarse en público; no saben que, por ser católicos, han de ser protagonistas de la vida social— y, por ejemplo, acaban reduciendo la información religiosa a un banal anecdotario sobre curas y monjas. Pocos se atreven a seguir los pasos que su conciencia cristiana les indica. No son muchos los que actúan como sucede en determinados medios de Estados Unidos, donde el nivel de crítica, dentro de la estricta ortodoxia, es muy amplio, y donde, a la vez, es usual encontrar firmas de cristianos no católicos y de judíos. Son medios que, al contrario de cuanto sucede con demasiada frecuencia en España, no se atienen a las

consignas que —en temas discutibles, como suelen ser casi todos los temas— marca el clero. No es extraña la confusión: consignas que sustituyen a la necesaria orientación y acompañamiento del criterio personal.

A modo de colofón, una pregunta. ¿Qué es anterior: el huevo o la gallina? ¿El clero adquiere un protagonismo que no le corresponde, porque el laico se arredra y no da el primer paso; o el laico se abstiene de protagonizar una vida social impregnada de sabor católico, porque el clero se le ha anticipado? ¿De quién es la responsabilidad de que el cristiano no sea la sal del mundo?

¡UNA ÚLTIMA VEZ MÁS!

GÉNESIS, ESTRUCTURA Y CRISIS DEL MODERANTISMO ESPAÑOL

Andrés Rojo Corral

1. Pero ¿qué es el moderantismo?

Sostengo que la moderación política es la expresión eufemística que utiliza la tibieza política para describirse a sí misma.

Es la etiqueta amable con la que tapa su desnudez cuando se mira al espejo y reflexiona sobre sí misma.

Es el pudoroso topónimo escogido para nombrar el limbo central en el que se quedan suspendidos los que, por un lado, se niegan tajantemente a considerarse de izquierdas (“¡Eso jamás!”), pero, por otro, coinciden con la izquierda en considerar que, hoy por hoy, es inadmisibile defender públicamente postulados fundacionales de nuestra civilización como, por ejemplo, que el matrimonio es solo la unión entre un hombre y una mujer.

Entre el bien y el mal, entre la verdad y la mentira, el moderado siempre encuentra un equilibrio sosegado y sensato.

Porque “no hay que caer en maniqueísmos”, sostienen. Porque “nadie está en posesión de la verdad”, afirman. Y lo cierto es que este menos-

precio tácito hacia la verdad y hacia el hombre en el que suelen caer los moderados (afirmar que no pueden poseerse mutuamente) apunta al verdadero núcleo de la cuestión: la Verdad. Porque el moderantismo político alberga en su corazón la negación de la verdad política y es, sencillamente, relativismo político, consecuencia inevitable del relativismo moral; hijo, a su vez, del relativismo a secas.

En el alma del moderado se ha producido una transferencia letal: ha cambiado el legítimo y altísimo lugar que la virtud romana de la moderación tiene (la aplicación práctica de los principios inmutables y eternos a la resolución de problemas concretos) y le han dado mando en plaza en un terreno sagrado que no le pertenece: precisamente el de los principios inmutables y eternos. Por supuesto que hay que ser moderado en la práctica, eso ha sido dicho siempre por todos. Pero nunca moderado en los principios: el amor al bien debe ser total. Exactamente igual que nuestro odio al mal¹.

Pero divago irremediamente: si el moderantismo fuera un conjunto de ideas, un modelo o constructo racional para entender la realidad (política en este caso) podría ser refutado en la teoría y en la práctica como el marxismo o el liberalismo. No es este el caso. El moderantismo que nos paraliza y deja a España indefensa ante sus enemigos internos y externos no es un conjunto de ideas; es un talante, una pose, una jerga, una amalgama de lugares comunes, una manera de gesticular.

Es una aversión psicológica a las definiciones claras y sin confusión. Es una debilidad del carácter. Es una opción preferencial por lo mundano.

Aunque a lo mejor simplemente se trata de que el moderado sigue creyendo subjetivamente en las mismas cosas, pero elige no defenderlas en

¹ Aclaración para lectores de tímidos oídos: me refiero a nuestro odio al "mal", que es lo que los escolásticos (realistas) llamaban un universal, no a la persona concreta mala. A esa no solo no hay que odiarla, sino todo lo contrario: hay que amarla preferencialmente: Mt. 5, 44.

público, o defenderlas solo un poquito, atenuadas; porque lo primero, lo que hay que preservar ante todo, es la convivencia. Como si milenios de historia no hubieran demostrado que los que sacrifican la verdad para mantener la paz terminan, al final, sin paz ni verdad.

Confieso que a veces me permito practicar un juego un poco malvado: desenmascarar moderados.

El juego es muy sencillo. Cuando en una conversación se ha detectado ya al moderado de no-izquierda hay que esperar a que termine una parrafada que le haya salido bien (porque hay moderados extremadamente brillantes) y en el momento exacto en que termina, completamente por sorpresa, hay que mirarle fijamente a los ojos y preguntarle a bocajarro:

—Pero vamos a ver: tú, ¿en qué crees? ¿Cuáles son tus convicciones?

La escena que se produce a continuación es, a veces, tremendamente divertida. El moderado abre los ojos como platos durante una fracción de segundo. Pero se recompone enseguida, cambia levemente de postura en el sillón, mira por instante al infinito como buscando ayuda. La ayuda no llega (y menos del infinito) y, finalmente, tras un breve carraspeo, viene la respuesta: resulta que nuestro moderado cree en “la libertad”, en los “derechos humanos”, en la “democracia”, en la “convivencia”, en “las reglas del juego que nos dimos en 1978”, o (mi favorito con amplia diferencia) en “los valores del humanismo cristiano”.

¿Quién puede sorprenderse de que no les brillen demasiado los ojos cuando dicen estas cosas? Uno puede perfectamente imaginarse a alguien jugándose la vida, y perdiéndola, por el Evangelio de Cristo. Cuesta más creer en mártires de los “valores del humanismo cristiano”.

Confieso también que sueño con el día en que algún moderado me devuelva la mirada sin pestañear y me responda: “En nada”. Porque ese día el número de los moderados habrá decrecido en una unidad.

Excursus: Breve nota para una definición alquímica del moderantismo

Los alquimistas de tiempos antiguos hablaban en sus oscuros tractos del *opus nigrum* (la obra negra), una de los primeras etapas del proceso alquímico, el estadio intermedio de la materia que ya ha dejado de ser crasa como plomo, pero aún no ha sido transmutada en oro. Sería, para que nos entendamos, una especie de materia indefinida, masa vaciada de toda forma.

Marguerite Yourcenar eligió esta expresión para titular su novela sobre el siglo XVI, una edad que ya había dejado de ser medieval, mas aún no era propiamente moderna. Ella veía el plomo en el medievo y el oro en la modernidad, pero cuesta pensar que se le escapara que también existen alquimistas malos, nigromantes empeñados en un proceso de siglos por disolver el oro y coagularlo en plomo. Me permitiré humildemente tomar prestada esta misma expresión para explicar el estado en el que se encuentran nuestros moderados. Ellos son la obra negra: ya dejaron de ser oro, pero aún no son plomo del todo.

Cuchillos sin filo. Risa sin alegría. Sal sosa.

2. Y ¿cómo hemos llegado hasta aquí?

La tesis central de estas líneas es señalar la causa de que el moderantismo campe a sus anchas entre las antaño vibrantes y cerradas filas de la derecha española.

La causa, sin más rodeos, es esta: la ciudadela ha caído, la fortaleza central ha sido infiltrada, el santuario, el reservorio de la verdad ha sido tomado al asalto con una audacia asombrosa por el enemigo y las arterias que durante siglos distribuyeron la sangre viva de nuestra civilización ahora diseminan oscuridades como esta:

La violencia contra las mujeres es una herida abierta fruto de una cultura de opresión patriarcal y machista.

La frase es de este mismo mes de marzo de 2023, no he querido irme muy lejos. Y, hombre, se puede estar más o menos de acuerdo con ella, pero lo que me parece indiscutible es que hay cierto contraste entre esta manera de hablar y la llamada a la reconquista de los santos lugares que realizó Urbano II en 1095 al grito de “Dios lo quiere”.

Pues bien, estimado lector, las dos frases han surgido de la misma institución: el papado, la suprema autoridad espiritual alrededor de la cual se construyó nuestra civilización. No parece muy atrevido afirmar, por tanto, que aquí ha tenido que pasar algo muy serio para que cambien las tornas de esta manera tan radical.



El papa Urbano II predica la primera cruzada en el año 1095, según un grabado de Jan Luyken (Ámsterdam) en 1683. (Foto: Rijksmuseum).

Muy serio y de muy vastas consecuencias, ciertamente, porque, como decíamos, esta organización de la que hablamos, la Iglesia, no es “una organización más” como las Naciones Unidas, la FIFA o Amazon. Muchos adolescentes que sólo han conocido su estado actual podrán sorprenderse de esto que digo, porque a sus ojos la Iglesia es básicamente una especie de ONG amable que en el pasado hablaba de cosas bastante sorprendentes y tremendas pero que, por suerte, actualmente solo habla

de que (1) hay que ser buenos y (2) tolerantes en una línea coincidente con la desarrollada por la factoría cinematográfica Disney.

No fue así en siglos anteriores. La Iglesia, de hecho, creó nuestra civilización.

Es un lugar común decir que Occidente es una síntesis de Grecia, Roma, el cristianismo y el elemento germánico. Pero se olvida que lo realmente importante no son los elementos de la fórmula, sino la proporción y la jerarquía de cada uno de los ingredientes y, más importante aún, *quién* realiza la síntesis y *dónde* se realiza esta síntesis.

Pues bien, la síntesis que engendró nuestra civilización no se produjo ni en una placa de Petri abstracta, ni en un templo a Apolo, ni en un salón de congresos de brillantes colores e ignífugos materiales en Bruselas. Se produjo en el seno de una organización visible, perfectamente localizable y jerarquizada, consciente de lo que estaba haciendo y responsable de haberlo hecho: la Iglesia católica romana y, más concretamente, en un rosario de abadías benedictinas diseminadas por toda Europa que, con admirable paciencia y trabajo, rescataron del colapso de la anterior civilización todo lo que consideraron salvable y lo integraron en un todo inteligible.

Teniendo esto presente, parece lógico que lo que afecte a esta institución tendrá consecuencias directas definitivas en la marcha de la civilización. O lo que es lo mismo: que un cataclismo interno en esta institución tenga consecuencias devastadoras en el conjunto de la civilización por ella engendrada.

Y así ha sido efectivamente siempre y en todas partes.

Pero aquí lo que nos interesa es España y las causas de su moderantismo actual, de la licuefacción de nuestra derecha, de su desarticulación política, cultural y social.

Me temo (y lo digo con dolor) que la respuesta última a este enigma pasa por señalar el origen no solo religioso, sino específicamente ecle-

siástico de este proceso: señalar que la jerarquía española (nuestros pastores, amados pese a todo), tras abandonar la firmeza en sus postulados tradicionales, crearon un vacío espiritual y cultural con su deserción que, a su vez, provocó una deserción en cadena de los sucesivos engranajes intelectuales y sociales de esta nación que ha terminado en el páramo (ahora sí que se puede hablar de páramo) en el que nos encontramos.

El proceso, por supuesto, no tuvo su génesis en nuestro país, sino en Roma, a la que dócilmente obedecimos, como casi siempre hemos hecho. Una vez señalado el lugar donde tuvo lugar esta génesis es pertinente señalar también el momento: el periplo comprendido entre octubre de 1962 y diciembre de 1965. Solo resta, por si queda algún despistado, señalar con tembloroso dedo y con toda candidez al vigésimo primer concilio ecuménico de la Iglesia católica, denominado comúnmente Vaticano II. Aunque este fue solo el momento en el que se hicieron patentes muchas cosas que llevaban latentes durante cierto tiempo.

Creo sinceramente que no ha habido un acontecimiento histórico en el siglo XX cuyo impacto haya sido tan subestimado como este concilio. Ni siquiera la correlación cronológica perfecta entre su clausura y el derrumbe moral y espiritual de Europa y las dos Américas en la segunda mitad de los sesenta ha evitado que su influencia (tan catastrófica como global) le haya pasado tan desapercibida a tantísimos.

Una vez más pido a quien solo conozca la versión actual de la Iglesia que reflexione sobre si existía en aquel entonces otra organización con dimensiones semejantes: con más de 200 universidades solo en Estados Unidos, incontables en Europa. Pero a la vez con su red de parroquias propias en Islandia, Madagascar, Papúa-Nueva Guinea y con una catedral nada desdeñable en Majuro, capital de las Islas Marshall. Con escuelas infantiles por millares a lo largo y ancho de África, con centenarias facultades de Derecho en Tokio, donde han estudiado primeros ministros. Con bastantes tesoros artísticos, cierto, pero también con 611 leproserías diseminadas por todo el mundo. Con el cuerpo diplomático más eficaz de la historia de la humanidad, la institución bajo cuyas protectoras alas se escribió la *Divina Comedia*, y se elevaron las bóvedas

de Chartres, la guardiana de los manuscritos más antiguos de nuestra memoria... La institución concreta que decidió por todos nosotros que febrero había de tener 28 días y, cada cuatro, 29. Podría seguir con la enumeración, sin exagerar, seis páginas. Pero no hace falta: basta, mi atento lector, con que mires por la ventana, porque cada una de las cruces de cada uno de los cementerios que se ven viajando por carretera desde la isla de San Fernando (Cádiz, España) hasta Białyłstok en el voivodato de Podlaquia, Polonia, es un argumento a favor de esta tesis. Y desde Ushuaia en Tierra del Fuego a Anchorage en Alaska, también.

Si el brutal cambio de timón que se propinó a la Iglesia en aquel entonces se sintió en todo el planeta... ¿cómo no iba a conmover los cimientos de nuestra querida España? En verdad, en verdad, no nos hemos recuperado aún de su onda expansiva.

Esto puede comprobarse incluso a nivel regional: hoy es fácil constatar como las dos regiones españolas donde el catolicismo permeaba tradicionalmente hasta el último rincón de la vida cultural y social (País Vasco y Cataluña) son precisamente las dos regiones más profundamente des cristianizadas y, como consecuencia inevitable, los dos rincones de España donde nuestro tibio moderantismo ha secado en su raíz cualquier tipo de resistencia al avance de este proceso de marchitamiento espiritual.

En estas dos regiones la desistencia de autoridad espiritual de la Iglesia ha sido tan completa que parece inverosímil lo que nos cuentan de que hace tan solo cien años te ibas a una selva impenetrable del Amazonas o del Zaire y te encontrabas allí a un misionero apellidado Gerrikagoitia o Cortadellas². Parece de mentira, pero es verdad. Tan verdad como que hoy Barcelona y Bilbao son tierras de misión.

Un caso similar de marchitamiento político derivado del marchitamiento espiritual puede observarse en Irlanda y, más recientemente, en Chile. Dos países de profunda raigambre católica, donde la Iglesia era actriz

2 Ambos casos reales.

fundamental en la educación y en todas partes y además donde, señaladamente en el caso irlandés, la Iglesia era la guardiana de la esencia de la nación frente al opresor británico. En estos dos países el abandono de las posiciones tradicionales de la Iglesia que más ofendían al espíritu progresista de los tiempos ha sido total. Y, en consecuencia, observamos el mismo fenómeno que en las dos regiones españolas mencionadas anteriormente: hoy son dos de los países que avanzan por las sendas del *wokismo* con un paso más firme.

Esta es la causa de que la católica España tenga una legislación más favorable a la eutanasia que la laica Francia.

Si aún queda algún escéptico sobre esta tesis de fondo le pediría que me intentara explicar la génesis del terrorismo vasco, del independentismo catalán y de la plaga de comunismo en Hispanoamérica sin nombrar en la explicación a la Iglesia católica en general y la Compañía de Jesús en particular.

¿Y cómo es posible que haya sucedido algo así? La historia es verdaderamente fascinante pero su relato exige un libro entero. Sin embargo, no me resisto a dar una brevísima pincelada.

En los años 30 del siglo pasado, las fuerzas de la revolución³ sufrieron un durísimo revés en España. Aquello, pensaban ellos, era una victoria cantada, pero, casi milagrosamente, la partida se les volvió en su contra y las fuerzas de la Civilización vencieron. Fue entonces, al analizar las causas de tan estrepitosa derrota, cuando se dieron cuenta de que la Iglesia, aunque no tenía divisiones acorazadas, contaba con algo más poderoso que los carros de combate. Se dieron cuenta de que en las guerras los símbolos a veces son más fuertes que las líneas de abastecimiento y el alma más que el dinero. Fue entonces cuando, en definitiva, aprendieron

3 En aquel momento la revolución se autodenominaba “marxista” o “comunista” o “proletaria”. Antes se había llamado “francesa” o “industrial”. Ahora se llama “feminista”, “animalista”, etc. Pero da igual: todas las revoluciones son la Revolución.

a las malas que en España (y en general en la esfera hispánica) sin la Iglesia... nada. Y con la Iglesia... todo.



Guardias de asalto asedian el Alcázar de Toledo durante la Guerra Civil española. (Foto: Cassowary Colorizations | Flickr).

Esto es algo que les costó mucho reconocer porque la Revolución era en aquella época muy materialista (otras veces no lo es tanto) y defendía que los fenómenos religiosos se explican en última instancia como consecuencias de estructuras económicas, en concreto la detentación del capital y los medios de producción. La realidad es precisamente la inversa: lo económico es una consecuencia de lo político, lo político un epifenómeno de lo cultural y lo cultural resultado de la explicación nuclear y última, que siempre es de naturaleza espiritual y religiosa. Es la materia la que sigue al espíritu, no el espíritu a la materia. *Spiritus promptus est, caro autem infirma*⁴.

4 Va de suyo y no hace falta repetir que cuando se pierde el alma (que es precisamente lo que nos ha pasado) la carne y la materia, por muy débil que sean en sí, se enseñorean de todo e imponen su ley, que es ley de muerte.

Como digo les costó mucho reconocerlo, pero como gente pragmática que eran lo reconocieron al fin y se pusieron manos a la obra: tomar la fortaleza espiritual central y luego abrir todas las puertas desde dentro.

Y lo cierto es que les ha ido rematadamente bien.

Porque si estoy en lo cierto y la ciudadela central ha sucumbido, usted y yo, querido lector, somos como aquellos soldados japoneses abandonados en una isla perdida del Pacífico que seguían luchando por su emperador sin haberse enterado de Hiroshima y Nagasaki, sin haberse enterado de que Tokio había caído.

Siempre me ha gustado fantasear con la hipótesis de que, en realidad, los japoneses de esta anécdota se habían enterado de la calamitosa derrota de su Imperio. Claro que se habían enterado. Pero les daba igual. Sabían que su causa era la justa. Y seguían luchando. Quijotes de ojos rasgados. Cansados pero tranquilos. Esperando la muerte. Sonrientes.

3. Y una vez situados en esta tesitura... ¿qué hacer?

La cosa está muy, muy complicada. De esta no nos saca un caudillo como Viriato o Pelayo⁵. De ésta solo nos puede sacar un santo en toda regla.

En buena lógica, si durante estas líneas se ha estado postulando machaconamente que lo espiritual explica lo cultural y lo político y no al revés; va de suyo que la solución al problema no puede ser solamente intelectual, política o cultural. Ha de ser espiritual en su raíz.

Y no me refiero a una reforma de la Iglesia en España. Eso también, claro. Pero no me refiero a eso. A lo que me refiero es a una intervención directa y sobrenatural de la Providencia mediante la aparición de un santo (o santa), de un coloso espiritual que nos saque del sol y sombra del moderantismo, a los esplendores de la verdad.

5 Tranquilo, moderado lector, no seguiré con la lista de caudillos.

No tiene por qué ser un santo como los de las maravillosas hagiografías del pasado. De hecho, puede que sea un santo (o santa) bastante atípico, poco de sacristía, con una fe asilvestrada. Una santa para salvar a España tan atípica y salvaje como Santa Juana, que salvó Francia.

Ya anticipo que tiene toda la pinta de que le vamos a martirizar. Eso se puede dar por descontado. Bien está. Que así sea. Que su sangre riegue esta tierra para que rebrote la vida.

Soy consciente, amigo lector, que esta hipótesis suena un poco extemporánea a nuestros secularizados oídos. Créeme que me he tenido que hacer un poco de violencia al escribirla, lo cual es buena señal, creo.

Pero si extemporánea y extraña te ha parecido la propuesta de cuál puede ser la solución al problema, más extraño aún va a sonar el método que propongo para propiciar la aparición de este santo (o santa).

Pidámoslo con Fe.

Pidámoslo con rabia, como la madre que grita al santo de la ermita de su pueblo, con la cara arrasada en lágrimas, que le rescite a su hijo muerto.

Pidámoslo a gritos, como piden los niños enrabiados, como los locos.

Pidámoslo con desesperación, como los muertos de hambre piden su pan. Como los desamparados alguien que les proteja.

Pidámoslo a los de siempre: a María Inmaculada, a Santiago, a nuestro ángel y a la legión de nuestros santos, a la muchedumbre de nuestros mártires sin nombre.

Pidamos a Dios que extienda su dedo y toque el corazón de un hombre o de una mujer (uno solo basta para arrastrarnos a todos) y lo transmute para siempre en oro y fuego. ¡Una vez más hazlo por nosotros, si crees que alguna vez hemos luchado tus batallas! ¡Una vez más si crees que alguna vez hemos llevado Tu Nombre a los que no te conocían! ¡Una última vez más!

Sé lo fuera de lugar que está esta propuesta, más propia de sermón de púlpito que de artículo de libro. Pido perdón por el atrevimiento de sugerir un paso de la palabra a la obra, de la idea a la lucha.

Aunque diré algo en mi descargo: se trata de una ocurrencia absoluta e irremediabilmente inmoderada.



Retablo del apóstol Santiago en la capilla del Alcázar de Segovia, siglo XV. (Foto: Lawrence Lew, O.P. | Flickr).

**POR QUÉ MURIÓ LA VIEJA DERECHA
(Y DÓNDE ENCONTRAR A LA DERECHA NUEVA)**

José Javier Esparza Torres

La derecha ya no es lo que era. La izquierda tampoco, evidentemente. Los conceptos de derecha e izquierda nacen con las revoluciones modernas, como todo el mundo sabe, y en particular con la Revolución francesa. El eje sobre el que se desplegaban ambos conceptos (derecha, izquierda) era el repertorio de atribuciones políticas del rey. En efecto, todo el mundo lo sabe. Lo que ya no sabe nadie es qué quiere decir exactamente “derecha” e “izquierda” en el contexto contemporáneo, porque el viejo marco de la modernidad política ha desaparecido y en su lugar tenemos un mapa nuevo cuya topografía apenas si se nos va revelando.

Las sucesivas crisis de la derecha clásica europea son un buen indicador, como un sismógrafo, de la nueva orografía. Las democracias cristianas en Alemania e Italia dominaron el mapa de la derecha europea durante más de medio siglo, pero la segunda acabó hundida en un mar de corrupción y la primera ha devenido en algo prácticamente indistinguible de su contraparte socialdemócrata. El conservadurismo de corte anglosajón, referencia clásica del conservador continental, ha visto cómo su identidad se disolvía en la reivindicación nacionalista del Brexit. Las derechas francesas, desde el liberalismo hasta el gaullismo, se han fragmentado en una miríada de tribus como esas familias que

riñen por la herencia del abuelo. En España, el Partido Popular ha ido tomando la forma de una especie de gran contenedor que intenta dar cobijo lo mismo al activista *trans* que al patriota de viejo estilo. Si uno intentara precisar qué singulariza hoy a la vieja derecha, apenas podría anotar algo más que una vaga reclamación de impuestos bajos y cierta pertinaz tendencia a predicar moderación. El término “derecha” sigue teniendo valor posicional en la sociología política, pero ya no representa un marco ideológico. Nada de “valores fuertes”. Por eso, en un viejo libro, pudimos hablar de “derecha perdida” —*En busca de la derecha (perdida)*, Áltera, Barcelona, 2010—.

Los sedimentos del río

¿Cuándo se perdió la derecha? En realidad, cuando desapareció la gran oposición capitalismo/comunismo que había caracterizado al paisaje de la segunda posguerra mundial. Y sobre esto vale la pena aportar una cierta perspectiva histórica. Imaginemos un río. Los ríos, en su curso, van dejando sedimentos. No son escoria ni material de desecho, al revés: en torno a ellos crece una intensísima vida orgánica; ellos son también los que, al cabo, determinan el cauce, el caudal y, en la desembocadura, la cualidad de la playa. Además, como es bien sabido, en los sedimentos es donde aparecen las pepitas de oro. La Historia es igual: un río donde lo más importante es lo que queda debajo y quieto, porque sólo el sedimento puede impedir que el río se vuelva loco. Pues bien: en la historia política del mundo moderno, que es un río demencial, la derecha ha sido siempre el sedimento, lo que iba quedando, lo que iba permaneciendo en el fondo, lo que ha impedido que el río sea más demencial de lo que ya de por sí ha sido.

Como la naturaleza de la Historia es dinámica —como el río—, no ha habido nunca una sola derecha, sino que el carácter del sedimento ha variado en función del paisaje. Hubo una derecha monárquica y católica que trató de frenar la marea de la Revolución desde 1789. Hubo después una derecha conservadora que intentó domar las efusiones liberales, en su época revolucionarias. Y una derecha tradicional y comunitaria frente

al individualismo salvaje del capitalismo. Y aun después, una derecha liberal-conservadora que se opuso a la ola democrática. Y una derecha católica frente al desbordamiento socialista y liberal, como vio Donoso. Y una derecha liberal, conservadora y democrática y capitalista (y además, cristiana), frente al totalitarismo comunista. Y por el camino, derechas autoritarias contra las turbulencias anárquicas. Y después de la Segunda Guerra Mundial, cuando el mundo se dividió en dos, hubo una derecha que era todas esas cosas y que, finalmente, ganó la guerra (fría) contra el comunismo, que era el lado izquierdo del mundo.

Como el río se mueve, como la historia no se está quieta, y como las estructuras sociales y económicas se transforman al mismo compás, esa derecha iba adquiriendo un aspecto extremadamente heteróclito. Cosas que un día fueron la izquierda, como el liberalismo, se convertían en derecha —se hacían sedimento—. Y así en el sedimento convivían, de manera generalmente incómoda, cosas de lo más contradictorio, desde el tradicionalista católico hasta el masón moderado, desde el bonapartista autoritario hasta el demócrata liberal, desde el conservador proteccionista hasta el capitalista enemigo de cualquier frontera. Sedimentos, en todos los casos.

Por otra parte, lo que tiene el sedimento es que, por su propia naturaleza, prefiere la conservación al cambio. De ahí la identificación, fruto de las circunstancias, entre las ideas de la derecha y los poderes establecidos, entre la derecha de ideas y la derecha de intereses, entre el que cree que es bueno mantener lo que hay y el que quiere mantener lo que hay porque es bueno para él. Ser conservador, en el plano de las ideas, no tiene por qué significar conservar las estructuras de poder, por ejemplo. Pero, en la realidad histórica, las estructuras de poder han tendido a identificarse con las ideas conservadoras por una pura estrategia de supervivencia. Con frecuencia esa estrategia ha conducido a que la derecha de intereses aplaste a la derecha de ideas. Un buen ejemplo es la Restauración española, cuando los conservadores de doctrina, que eran los de Maura, quedaron apartados en provecho de los conservadores de intereses, los “idóneos” de Eduardo Dato, por voluntad expresa de la institución conservadora por antonomasia, que



¿QUIÉN HEREDA?
 Guedo.—¿JUAN ABIEFIO WITERO YA SE TESTAMENTÓ?
 Eso era un tacaño temerario.—NO, SEÑOR, ESTO ES UN «ABINTESTADO».

Caricatura de Joaquín Xaudaró en la revista Gedeón (1 de junio de 1905), con los líderes conservadores Eduardo Dato, Antonio Maura y Raimundo Fernández Villaverde. (Foto: Wikimedia Commons).

era la Corona. El resultado, como es sabido, fue pésimo para las ideas conservadoras, pero también para la derecha de intereses, que al final tuvo que llamar a un general.

La gran ruptura

Precisamente uno de los rasgos mayores de nuestro tiempo es que eso que se llama “derecha de intereses”, es decir, la estructura de poder que busca conservarse y perpetuarse, ha roto por completo con la derecha de ideas, vale decir con los principios y valores de todos aquellos que iban tratando de poner límites al desbordamiento del río

de la modernidad. Hoy la derecha de intereses se encuentra sumamente cómoda en el fragor del río, lo cual, por otra parte, ha hecho que los grandes partidos clásicos de la derecha occidental hayan dejado de ser “derecha” desde el punto de vista de las ideas.

Seguramente el proceso empezó en los años 60 del siglo XX (pongamos en las tópicas revueltas de 1968), cuando se fue construyendo una mentalidad que hacía compatible la protección de la estructura económica capitalista con la introducción de elementos ideológicos que venían abanderados por la izquierda. La izquierda occidental, aburguesada y obesa, dejó poco a poco de ser una fuerza de clase (obrero) para convertirse en una plataforma de reivindicaciones individualistas. Al mercado, por su parte, le resultaba mucho más rentable una sociedad individualista (porque favorecía el consumo) que una sociedad comunitaria tradicional. Así se firmaron las nupcias del orden capitalista

con las efusiones emocionales de una izquierda que ya había dejado de representar un peligro para él. Al revés, a partir de ahora sería el poder económico el que abanderaría las “nuevas ideas”. Si la izquierda ya había conquistado de facto el poder cultural, ahora ponía su bandera en la fachada de palacio. La izquierda seguía diciéndose “izquierda”, aunque fuera extremadamente burguesa, pero la derecha ahora quería decirse “centro”. Estaba claro quién había ganado.

En los últimos años de la Guerra Fría, la pertinaz oposición capitalismo/comunismo permitió mantener la ilusión de que aún se estaba peleando por algo. Fueron los tiempos de Ronald Reagan y Margaret Thatcher. Pero la ilusión resultó fugaz: cuando se desplomó el bloque comunista, lo único que quedó en pie fue un sistema capitalista que había terminado interiorizando los tópicos emancipadores del discurso de la izquierda, transformados mientras tanto en una pura apoteosis emocional del “yo”. Se olvida con frecuencia que cuando Francis Fukuyama escribió su *Fin de la Historia*, poema épico del triunfo del liberalismo, le añadió una coda nietzscheana: *El último hombre*, glosa del individuo alumbrado en la incubadora del nihilismo. Porque eso exactamente es lo que vino entonces. Ahora lo llamamos *woke*.

A partir de aquel momento, todo el empeño de la derecha política clásica residió en presentarse como “centro”. Un episodio particularmente expresivo fue cuando Anthony Giddens, el gurú del laborista Tony Blair, parió aquella idea de la “Tercera Vía”. En España, el Partido Popular de José María Aznar se apresuró a recoger la idea para destilarla en el alambique del “centro reformista”, es decir, una derecha posicional que cada vez se reconocía menos en la derecha tradicional... sabiendo que ésta, en cualquier caso, seguiría mansamente atada a las siglas del PP porque no tenía otro lado adonde ir. Capitalismo con sentimientos. Nadie ha expresado mejor la nueva combinación que el Partido Demócrata norteamericano, referencia mayor de la decadente derecha (perdón: centro) occidental.

La nueva orografía

La evolución ideológica del capitalismo merece ser explicada con algún detalle, porque en el imaginario popular permanece vivo el tópico que

identifica sistema capitalista con derecha, pero hace tiempo que esto no es así. Daniel Bell explicó en su día que el orden capitalista descansaba sobre una poderosa contradicción cultural: para su despliegue, el capitalismo necesita sociedades edificadas sobre valores de esfuerzo, ahorro, entrega y sacrificio, es decir, sociedades de corte tradicional; pero el propio capitalismo hace que las sociedades empiecen a pivotar sobre valores de consumo y hedonismo, es decir, los valores contrarios, de manera que el sistema económico (pensaba Bell) iba a entrar en violenta contradicción con el sistema cultural. Lo que no se le ocurrió a Bell es que el capitalismo pudiera generar su propio sistema cultural, y aquí es precisamente donde estamos hoy, al menos en el espacio de Occidente.



El sociólogo estadounidense Daniel Bell, autor del libro *Las contradicciones culturales del capitalismo* (1976). (Foto: Davi.trip | Wikimedia Commons)

El factor clave ha sido la transformación del propio capitalismo, que ya no se define tanto por el producto como el dinero, ya no tanto por lo industrial como por lo financiero. Esta transformación implica cambios radicales, por una parte, en el orden político, porque las naciones se convierten en obstáculos para el despliegue del nuevo poder, y por otra, en el orden social, porque los viejos valores y las viejas estructuras (familiares, comunitarias, etc.) son incompatibles con una atmósfera que exige la apoteosis de lo individual. El capitalismo financiero del siglo XXI requiere una sociedad de individuos ais-

lados en un mundo donde los lazos de carácter comunitario o nacional se han hecho extremadamente frágiles. Y ese mundo, a su vez, encaja a la perfección con el perfil ideológico creado por la izquierda posmoderna, con su repertorio de nuevos derechos, nuevas víctimas, nuevos credos y nuevas histerias, todo ello en pos de la extrema emancipación individual. El universo ideológico del globalismo no es sino el sistema cultural creado por el capitalismo del siglo XXI. Por eso el poder, hoy, se encuentra mucho más cómodo con la nueva izquierda que con la vieja derecha.

Son todas estas conmociones (sísmicas) las que han hecho surgir la orografía en la que hoy nos movemos, que ya no tiene nada que ver con la de los siglos XIX y XX. La tierra se abre, grandes moles se elevan, aquí y allá surgen chorros de lava y, en esta otra parte, se extiende una planicie donde antes había un mar. Ese señor tan de derechas dice ahora que el aborto es un “derecho humano” y aquella señora tan de izquierdas lucha por los intereses de los fondos transnacionales de inversión. Los Estados trabajan para disolver las naciones, el capitalismo atiborra de millones a los predicadores del nihilismo y los sindicatos, transformados en poder fáctico con presupuesto estatal, hacen su parte ocultando al pueblo las verdaderas causas de su malestar. Sobre el nuevo mapa se despliega un poder apenas visible que impone su autoridad con consignas apocalípticas, catástrofes climáticas y emergencias pandémicas. Bajo ese poder, hombres que no son hombres y mujeres que no son mujeres, comiendo insectos y depositando toda su identidad —toda— en los algoritmos de unas máquinas controladas por un amo invisible.

Volvamos al río, al sedimento. Porque, entre tanta conmoción, allí permanece sin embargo, acumulado ahora como estratos fósiles, todo el depósito de la experiencia. Aquellas cosas que la derecha histórica quiso defender siguen estando allí: una dimensión espiritual (religiosa) de la existencia, el respeto por la tradición cultural heredada, la defensa de las instituciones comunitarias naturales (la familia, evidentemente), el arraigo en una comunidad política reconocible (llamémosla nación), la solidaridad antes que la igualdad, el arraigo antes que lo global, lo concreto antes que lo abstracto y lo orgánico antes que lo mecánico. Por ejemplo. La gran novedad es que, hoy, ya no hay un poder que ampare todas esas cosas, al contrario: todas ellas se dirigen expresamente contra el poder establecido.

Si alguna vez la expresión “revolución conservadora” ha sido pertinente, es precisamente en nuestro tiempo, porque todo impulso desde la derecha real sólo puede ser ya revolucionario. ¿No es estimulante?

EL PROBLEMA DE LA DERECHA PERMITIDA

Ernesto Araújo

“Un ministro de Relaciones Exteriores no puede tener ideas”, me espetó cierta vez un senador de izquierdas.

Fue durante una audiencia a que me había invitado el Senado brasileño, un par de meses después del inicio de mis funciones con tal cargo en el Gobierno de Jair Bolsonaro el año 2019. Se quejaba el parlamentario de que yo plasmase ya entonces, en artículos y discursos, el intento de exponer la visión de mundo de nuestro Gobierno, la estructura de nuestro proyecto de transformación nacional, basado no solamente en la búsqueda de eficiencia económica y administrativa, sino también y sobre todo en la recuperación de los valores constitutivos de verdad, justicia y libertad, que a su vez están en el corazón de los brasileños no de una manera abstracta, sino principalmente a través de su sentimiento y fe cristiana.

Por supuesto, el sistema político dominante en Brasil, en el cual se unen la izquierda y una especie de semiderecha más o menos liberal, no quiere saber nada de ese tipo de ideas; porque son ideas que los amenazan. Son ideas que conllevan una fuerza moral muy profunda, capaz de traducirse en una formación política de combate frontal a la corrupción y al crimen organizado, los pilares del sistema. El pueblo brasileño se había

despertado contra la perfidia de ese mecanismo de dominación y se había movilizado de un modo sin precedentes, hasta el punto de elegir a un completo *outsider* como Jair Bolsonaro, no en función un programa económico, sino por un sentimiento mucho más profundo, sintetizado por el versículo del evangelio de San Juan del que Bolsonaro hizo su lema: “Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”.

En épocas de abundancia y prosperidad, con paz y justicia, quizás no se necesite de ideas. Pero las ideas, los ideales, algún tipo de sentimiento de trascendencia son las únicas capaces de sacar las personas del torpor y levantarlas en contra del crimen y su poder maléfico cuando hay que luchar. La izquierda obviamente no quiere que luchemos, porque tiene hoy dominados todos los campos de la vida humana. No quiere que nadie despierte, porque este gran sueño globalista donde se hunde la humanidad nos lleva a todos como sonámbulos a un abismo de esclavitud. Eso se comprende. Pero... ¿y la derecha?

Desde hace unos 30 años, la derecha quiere dormir. Desde el comienzo de los 90, la derecha (tanto en Iberoamérica como en Europa y Norteamérica, en todo el antiguo “mundo libre”) se dijo: “El partido ha finalizado, ganamos nosotros, vámonos a casa; ya no hay sino que ir ajustando la economía y el comercio”. La derecha creyó que vivía uno de aquellos momentos de abundancia donde no se necesitan las ideas y no se necesita la lucha. Abandonó el campo del pensamiento. Se negó a ver las nuevas estrategias totalitarias que una izquierda alanceada por el fin de la URSS, pero por eso mismo renovada, empezaba a gestionar: la “psicosis climática” y su programado control de la economía mundial por los burócratas del medioambiente; la ideología de género y toda la ingeniería social de destrucción de la familia (objetivo de Marx según la séptima de sus once tesis sobre Feuerbach); la ascensión del maoísmo chino, permitida e incentivada por la globalización económica; la inmigración ilimitada a los países desarrollados democráticos y la demonización del sentimiento nacional; el surgimiento del socialismo del siglo XXI en Iberoamérica, con la fundación del Foro de São Paulo en 1991 por Fidel Castro y Lula da Silva, cimentado sobre la alianza entre la izquierda y el narcotráfico.

La derecha “victoriosa” de 1989-1991 expulsó las ideas y los valores, considerándolas ahora inútiles, un incomodo que no hacía sino quitarle tiempo a la gestión económica. Se olvidó (o quizás nunca lo supo) que su papel, su esencia, la razón de ser de la derecha en el mundo no es la defensa y promoción de un modelo económico, el capitalismo, contra otro modelo económico, el socialismo, sino la defensa de una estructura de civilización, de una concepción del ser humano y del universo heredada de los filósofos griegos y de los teólogos cristianos y centrada en la libertad. Es de esa concepción de un ser humano esencialmente individual y libre de la que se derivan los paradigmas de la economía de mercado y de la democracia liberal.



El autor de este capítulo, Ernesto Araújo, en la firma de un acuerdo Hungría-Brasil durante el período (2019-2021) en que ejerció como ministro de Asuntos Exteriores brasileño. (Foto: Ministério da Ciência, Tecnologia e Inovação de Brasil | Flickr).

Y no se trata aquí de una simple explicación teórica. Esa derivación, esa filiación, según la cual la libertad en sentido filosófico y teológico genera y da la vida a la libertad económica del capitalismo y a la libertad política de la democracia, se manifiesta en la práctica. Abandonemos las bases de la libertad con que nos proveen Platón, Aristóteles, san Pablo y san Agustín, y en poco tiempo ya nada quedará del capitalismo ni de la democracia liberal. Es lo que está pasando en el mundo hoy. El mundo posplatónico y poscristiano se está volviendo también un mundo poscapitalista y posdemocrático.

La actividad económica la dirigen los burócratas del clima. La vida de los ciudadanos en los países sedicentemente democráticos se sujeta a los mismos mecanismos de control social que los de China. Un partido comunista, el chino, se vuelve la fuerza más poderosa de todo el planeta. En Iberoamérica prospera el narcosocialismo. ¿Cómo se puede sostener que en un mundo semejante predominan el capitalismo o la democracia? ¿Qué ocurrió con la “victoria” de 1989?

Ocurrió que los economistas liberales les dijeron a Platón y Aristóteles, a san Pablo y san Agustín: “Hagan sus maletas, y váyanse. Quedan despedidos. Gracias por todo, pero ya no necesitamos de sus servicios. Ya no necesitamos de Dios, ni de metafísica, ni de todo ese lío del mundo inmaterial, el destino del alma o lo que sea. Ahora se trata tan solo de equilibrar el presupuesto. ¡Suerte!”.

Y se fueron. Al minuto siguiente, las ideas de la izquierda entraron y empezaron a dominar. La derecha liberal creyó estúpidamente que el fin de la Unión Soviética significaba el fin del marxismo, y que el marxismo no era más que una doctrina económica. De esa ignorancia nos hizo despertar en Brasil el gran pensador Olavo de Carvalho, al que un día la historia reconocerá como el gran refundador de nuestra patria. Pero la tentación de echarse a dormir es muy grande.

Otro gran pensador de la Iberosfera capaz de despertar o redespertar a la gente para el problema del abandono de las ideas es Juan Donoso Cortés. En 1850, escribía el Marqués de Valdegamas: “Al compás mismo con que se disminuye la fe, se disminuyen las verdades en el mundo” y luego añadía, citando a Plutarco: “Es cosa más fácil fundar una ciudad en el aire que constituir una sociedad sin creencia en dioses”. El liberalismo triunfante tras el período 1989-1991 (el período de la caída del muro de Berlín y la disolución de la Unión Soviética) ha constituido un enorme y desastroso intento de fundar una ciudad en el aire. Despreció la creencia, la religión, la cultura milenaria filosófica y teológica de Occidente, internó al conservadurismo como a un hermano loco en un asilo y lo olvidó ahí, para dedicarse a la racionalidad económica, creyendo que la libertad se funda en acuerdos de libre comercio, cuando en realidad se funda en el alma humana.

Al no tener por base los valores y la moral, las ideas y los ideales, la sociedad de la democracia liberal de mercado devino, a partir de los años 90, esa ciudad en el aire. Pero no permaneció así. No hay vacío en el poder. Luego de algunos años combatiendo la globalización, la izquierda se dio cuenta, alrededor del año 2000, de que su gran oportunidad residía, más bien, en tomar por dentro la globalización y meter sus contravalores y su moral perversa como base del capitalismo liberal.

Una coincidencia, o no, es que esa inversión de la izquierda fue concomitante a la entrada de China en la OMC, o sea, la aceptación ingenua de la superpotencia socialista en la catedral del “orden liberal”. Occidente creyó que con aquel ingreso estaba bautizando a China en la religión liberal, pero la realidad muestra todo lo contrario: allí ocurrió la apostasía de Occidente y su gradual iniciación en un orden totalitario de modelo chino, que resulta hoy en el crecimiento diario de los mecanismos de censura y control social por toda Europa, EEUU, Canadá e Iberoamérica.

Desde entonces tomó forma el globalismo, que se puede definir como una globalización económica que adopta una estructura ideológica de raíz marxista, con los siguientes rasgos: el poder absoluto del Estado para determinar qué es justicia y verdad (sea un Estado nacional totalitario como el chino, sea ese megaestado difuso y nebuloso del multilateralismo climático y sanitario); el condicionamiento de la libertad individual a la colectividad; el control central de la economía (a través del control de la energía y de alimentación bajo pretexto de salvar el planeta); el control de la palabra y efectiva desaparición de la libertad más básica, la de pensamiento y expresión (a través de la farsa del combate a las *fake news*).

En la vida política de las naciones que todavía se dicen democráticas el globalismo limita la actividad a dos alternativas: la izquierda y una “derecha permitida”, una derecha vagamente liberal que coincide con la izquierda en todas las cuestiones esenciales y que le ayuda a dirigir el poder real cada vez para más lejos de los ciudadanos y cada vez más cerca del Estado. Es el “teatro de las tijeras”, para tomar un concepto fundamental de Olavo de Carvalho. Dos láminas que parecen enfren-

tarse, pero que en realidad trabajan juntas, cortando y destruyendo lo que queda de libertad individual. Y aún peor: ese proceso no se restringe a la política partidaria, sino que domina la cultura y la mentalidad de cada uno, ocupa ese terreno mucho más decisivo del pensamiento. El sistema globalista, más allá de quebrar los instrumentos de la libertad, destruye el deseo de libertad en el corazón del hombre. Hace que cada uno se sienta íntimamente culpable cada vez que le ocurre una idea no aprobada por los medios de comunicación que transmiten, cada día, la opinión correcta y obligatoria sobre todo tema.

Izquierda y derecha permitida: las dos láminas de la tijera asumen y ejercen un poder (casi) total en las sociedades que se autodenominan pluralistas. Han capturado la mentalidad media de la gente mediante un adoctrinamiento constante que repite las 24 horas del día los grandes miedos que justifican la progresiva concentración de poder: la catástrofe climática, el virus (quizás ya no tanto la covid, sino la sombra de una próxima pandemia) y el “autoritarismo”, el “populismo”, el “fascismo” o como quiera que se llame cualquier movimiento social que reclame más libertad, menos control, menos Estado. Esos grandes miedos, grandes mentiras armadas según el viejo guion totalitario (“dame todo el poder, es por tu propio bien”) convencen a muchos de que para preservar el planeta, la salud y la democracia haya que “vigilar y castigar” a toda la gente todo el tiempo.

A la derecha permitida corresponde –dígase de paso– el catolicismo permitido. El dios anónimo y políticamente correcto del papa Francisco (que afirmó: “Dios no es un dios católico”) es el colmo de la subordinación del cristianismo a la cultura materialista totalitaria. Con Francisco, la Iglesia deja definitivamente de actuar en contra del mundo. Ya no ofrece a los hombres la salida afuera del orden presente, afuera del *kosmos* que es prisión o exilio según los evangelios y la doctrina apostólica, sino que pasa a actuar sin disfraces a favor del mundo –de una cierta concepción del mundo favorable al Partido Comunista Chino y a los billonarios occidentales con sus agentes–. “Laudato Xi” es como podríamos al fin caracterizar, si nos permiten ese juego de palabras con su encíclica ambientalista, el pensamiento teológico del Papa.

Lo cierto es que no hay que confundir la fe con la Iglesia. La fe cristiana es liberadora, y muchos católicos individualmente trabajan por la libertad, mientras que la Iglesia de Francisco se ha vuelto colaboradora del proyecto totalitario. La esperanza está en una verdadera espiritualidad, no en documentos doctrinales que consisten en una traducción al lenguaje vaticano del último informe de la ONU sobre el cambio climático.

La filosofía, la verdadera filosofía, tiene igualmente la vocación de hacerse liberadora, y solamente habrá esperanza para la derecha si se pone a pensar mucho más allá de la economía. El futuro de la derecha no está en Ludwig von Mises ni en Milton Friedman, sino en los grandes



Plutarco en un manuscrito francés de 1500. (Foto: Koninklijke Bibliotheek).

pensadores, teólogos y creadores que lanzaron a los mares esa gran aventura civilizacional que es Occidente. Plutarco, en el mismo texto citado por Donoso Cortés (el *Adversus Colotem*), así lo expresa: “Aunque alguien eliminara las leyes, si dejara las enseñanzas de Parménides, Sócrates, Heráclito y Platón, estaríamos muy lejos de devorarnos los unos a los otros y de vivir una vida de bestias salvajes, pues aborreceríamos lo malo y honraríamos la justicia

por su propia bondad”. El cultivo de las bases espirituales y filosóficas de nuestra civilización es quizás la más urgente tarea de la derecha, pues se encuentra ahí la fuente capaz de nutrir la renovación de la política y la reconquista de nuestra dignidad frente al globalismo totalitario y deshumanizante.

**LA FALSA DERECHA Y SUS EFECTOS
EN LA LEGÍTIMA DEFENSA
DEL FUTURO DE GUATEMALA**

Christa Walters

Por lo general, los políticos reflejan una inquietante desconexión de quienes dicen representar. En Guatemala, por ejemplo, alrededor del 70 % de la población tiene poca o ninguna confianza en el Organismo Legislativo, y el sentimiento de representatividad está por los suelos. Una gran mayoría de los llamados representantes del pueblo tienden a enfrascarse en asuntos que los atañen únicamente a ellos y desatienden las necesidades de la población o el electorado que los llevó al poder. Esto promueve frustración y desafección con respecto a la clase política, haciendo que la población no desee vincularse, asociarse ni participar en política partidaria. Como consecuencia, la ciudadanía guatemalteca, que verdaderamente representa los valores tradicionales de la derecha, se ha limitado a dar la batalla de las ideas en las universidades privadas, en la sociedad civil y en el sector empresarial, moderándose en un frente que la izquierda y la cleptocracia en ascenso han sido hábiles a la hora de ocupar: la política partidaria, para acceder al Estado y librar desde ahí, no solo la batalla intelectual, sino la batalla por las mentes y bolsillos de los guatemaltecos.

Guatemala, un país con alrededor de 17 millones de habitantes, está representada por 160 diputados en el Congreso de la República. De las 19 bancadas en el Legislativo, diez se consideran de derecha, cuatro de centro, y cinco de izquierda. A simple vista pareciera que la mayoría se

inclina ideológicamente hacia lo que conocemos como derecha. Es decir, que respetan la vida, la libertad, protegen la soberanía y las costumbres del país. Sin embargo, en la práctica, su agenda poco está relacionada con estos asuntos. Su definición ideológica es inexistente, pues la agenda legislativa se mueve según incentivos monetarios o para atender asuntos del momento, y no es consecuente con los principios y valores estipulados en los estatutos originales de los partidos. La ausencia de una brújula ideológica y la poca presión de sus propios militantes incentiva que las filas de los partidos se llenen con individuos poco congruentes y con intereses particulares.

Así, se va consolidando un pequeño grupo que utiliza los partidos políticos como vehículos electorales para acceder al Estado y utilizar los recursos de este como si fueran su patrimonio o su plataforma personal. En Guatemala se está desarrollando un poder institucionalizado basado en el robo y el saqueo del Estado. Una cleptocracia muy atractiva para cualquier sinvergüenza. Debido a que la gran mayoría de personas que la integran son elegidas por partidos, cuyos estatutos corresponden a asuntos que regularmente defiende la derecha, estas son vistas, erróneamente, como las representantes de la derecha guatemalteca. Por la forma en la que invocan el nombre de Dios en vano, los discursos que pronuncian cuando hay visitas extranjeras y demás, aparentan defender la familia, la vida, la soberanía; pero en realidad ninguna de sus acciones como funcionarios de la nación contribuyen a que la población reciba servicios o políticas públicas de calidad.

En redes sociales, los periodistas tendenciosos, los izquierdistas sin ocupación o los *bots* han nombrado a esta clase política sin ideas profundas la derecha guatemalteca, creando una falsa noción de que “derecha” es igual a “corrupción”. He aquí una clara táctica usada en la batalla de las ideas para atacar a la contraparte, deslegitimando lo que verdaderamente significa ser un guatemalteco creyente en un conjunto de valores y principios conservadores.

Esto no significa que todos los partidos que por definición encajan a la derecha del espectro ideológico sean parte de la cleptocracia o que no

haya verdaderos representantes de derecha en el Legislativo. Los hay, pero son pocos y se pueden contar con los dedos de una mano.

Ahora bien, la verdadera derecha en Guatemala está en la ciudadanía. Diferentes encuestas demuestran que hay afinidad por lo que comúnmente consideramos “ser de derechas” y, más allá de ello, se trata de una derecha muy conservadora. Por ejemplo, el 90 % de la población se adscribe a valores judeocristianos, desapruueba la ideología de género, está a favor de la familia, del libre comercio, es emprendedor (Guatemala posee la cuarta tasa de emprendimiento temprano más alta del mundo) y está a favor de que se aplique mano dura contra pandilleros. ¿Son estos guatemaltecos honestos y trabajadores a los que se refieren cada vez que dicen que la derecha está podrida en Guatemala? Definitivamente no lo son, pero esa narrativa deslegítima y desanima a que los individuos abiertamente se identifiquen y defiendan en diferentes frentes.

No obstante, la ciudadanía es presa fácil de populistas que ofrecen solventar el grueso de los problemas del país o que pintan la imagen de encarnar los mismos valores que la población trabajadora. Por lo tanto, el comportamiento electoral de los guatemaltecos tiende a ser favorable hacia los partidos políticos que, sobre el papel, dicen representar los valores tradicionales. Este es el motivo de que los últimos gobiernos elegidos en Guatemala hayan sido de derechas, como Otto Pérez Molina (militar), Jimmy Morales (*outsider* político) y Alejandro Giammattei. Pero todos ellos con fuertes acusaciones de corrupción, nepotismo, clientelismo.

La supuesta derecha ha gobernado y ha sido mayoría en el Legislativo, pero no ha logrado proveer a la población de los resultados necesarios para el desarrollo. Este mensaje ha sido clave y es replicado desde una tarima con mucho alcance por los partidos de izquierda, que han sido habilidosos en llegar al poder público, utilizarlo y beneficiarse a la hora de esparcir su agenda. Esto ha sido el más grande descuido de la verdadera derecha en Guatemala.

Así las cosas (por un lado, la falsa derecha guatemalteca, mejor definida como una cleptocracia en ascenso; por otro lado, la izquierda

antisistema), el grueso de la población queda como mera espectadora en muchas cuestiones cruciales para determinar el rumbo del país. Ya sea por temor, por no querer ensuciarse o por incapacidad, la verdadera derecha ciudadana, empresarial, de sociedad civil se estaciona del lado contrario de la política partidaria y del Estado. Claro, la sociedad civil tiene un rol de contrapeso, está casi obligada a quedarse en ese lado contrario, pero ¿y el resto?

Esta forma de moderación (es decir, evitar la confrontación directa con quienes están haciéndole daño al país por su forma de pensar y actuar, así como no hacerse un espacio desde adentro del sistema para limpiar la podredumbre que ha causado la clase política corrupta y las secuelas de la infiltración de la izquierda en muchas instituciones públicas del país) ha sido el mejor regalo para aquellos que desprecian la libertad y las buenas costumbres.

La verdadera derecha se ha circunscrito a foros, conversatorios, libros, artículos y demás esfuerzos para defender sus principios, cimentando un frente intelectual que quizá hace diez años no existía. En Guatemala hay gremios empresariales con ideas cívicas claras; al menos unos pocos medios de comunicación objetivos que no inyectan una agenda progresista a sus lectores; organizaciones ciudadanas que promueven la República, el Estado de Derecho y la libertad; una universidad liberal donde miles de jóvenes se forman en ideas en pro de la libertad y del libre mercado. Evidentemente, mucho mérito lleva todo este titánico esfuerzo privado y ciudadano por conservar los valores más básicos de Occidente. La batalla de las ideas, en ese frente, está cubierta. Sin embargo, ¿qué pasa con el otro frente, el público, donde los partidos políticos son vehículos para alcanzar el poder, abusar del Estado y usarlo como plataforma?

Debido a que la derecha se asocia con corrupción del Estado, diversos profesionales, intelectuales, líderes empresariales o activistas que seguramente defenderían impecablemente los valores de la derecha, deciden quedarse en sus espacios y no participar políticamente para ocupar algún cargo público. Ese miedo por involucrarse en política partidaria o de otra manera en instituciones públicas dejó la puerta abierta por un

tiempo para que la izquierda antisistema y la clase política saqueadora debilitaran la institucionalidad del país.

La izquierda avanzó muchísimo en la guerra cultural en Guatemala, al posicionar a personalidades con claros sesgos ideológicos en instituciones clave del Estado para ejecutar su agenda, como por ejemplo la Corte de Constitucionalidad, la Procuraduría de Derechos Humanos, juzgados y otras instancias relacionadas con la Justicia. Lo hicieron paulatinamente, desde los Acuerdos de Paz, y tuvieron un auge en los años dorados (2012-2016) de la Comisión Contra la Impunidad en Guatemala (CICIG).



Corte de Constitucionalidad de Guatemala. (Foto: Thinker78 | Wikimedia Commons).

Por ejemplo, en el 2018 el Procurador de los Derechos Humanos, cuyo cargo es velar porque se respete la dignidad básica de todos los guatemaltecos, fue parte de una procesión de la “poderosa vulva” un 8 de marzo. Una clara ofensa hacia la Virgen María y a las tradiciones católicas que millones de guatemaltecos atesoran. Cómo olvidar, asimismo, las numerosas veces que grupos campesinos marxistas bloquearon carreteras, promoviendo una asamblea constituyente para un Estado plurinacional, y las autoridades competentes lo permitieron o no les prestaron atención. O que desde la Corte de Constitucionalidad se

libró una batalla por interpretar la Constitución de una manera que afectaba directamente los intereses económicos del país, al cerrar industrias, como la minera, que aportaban una enorme fuente de desarrollo y empleo en sus áreas del interior.

Estos son solamente unos cuantos ejemplos de cómo la izquierda conquistó las instituciones para empujar su agenda. Así se libró la batalla de las ideas desde una plataforma con muchísimo alcance, fuerza y poder: desde el Estado. Evidentemente entendieron que, desde estas instituciones, se pueden ejecutar políticas que afectan la vida diaria de los ciudadanos, pero que, a la vez, pueden condicionarlos para pensar que ciertas actitudes, preferencias o maneras de actuar son normales, cuando en realidad son ajenas y contrarias a la forma habitual de cómo los guatemaltecos ven el mundo. Paralelamente, oenegés y demás colectivos, como suelen llamarse, realizaban actividades culturales y artísticas que llamaban la atención de la población y donde podían insertar sus mensajes antisistema y antivaleores. Hasta el día de hoy se lleva a cabo una campaña de deslegitimación al empresariado, a quienes valoran la vida y la familia o simplemente a quien le lleve la contraria al progresismo.

Sin embargo, hasta hace un par de años muchas de estas instituciones fueron relevadas, no por actores con otro sesgo ideológico, sino por miembros de o afines a la cleptocracia.

Paradójicamente, la legítima derecha de Guatemala comparte con la izquierda un enemigo: los políticos saqueadores del Estado. La presencia de dos grandes amenazas, la cleptocracia y la izquierda disfrazada, han provocado consecuencias graves, pero no fatales como en el caso de otros países cercanos. Sin embargo, no estamos lejos de correr la misma suerte.

En Guatemala se alimenta una falsa noción de dónde está representada la derecha ideológica del país. Esta es asociada con un manojito de políticos, conocidos por ser señalados de corrupción y otros actos poco éticos. Esto tergiversa lo que es ser verdaderamente de derechas en un país altamente polarizado. Quiénes verdaderamente representan a la derecha del país son los guatemaltecos que a diario se levantan bus-

cando oportunidades para sus familias, que aman su país a pesar de las adversidades, que se sienten orgullosos de sus valores tradicionales y que al final de cuentas, son conservadores. No obstante, al ser espectadores de lo que pasa en la política partidaria, del actuar de quienes llegan al poder, esa derecha guatemalteca se ha moderado. Defienden la libertad, las costumbres, la dignidad del trabajo y otros valores desde la sociedad civil, universidades o la empresarialidad. Mas no en aquel campo, muchas veces invisible pero que al materializarse afecta directamente la vida de cada uno de los guatemaltecos, que es el de la cosa pública.

Quizá sea necesario que algunas de las mentes más brillantes o más valientes de la verdadera derecha guatemalteca den el salto y ocupen puestos clave en lo público. No para hacerse del poder ilimitadamente, ni para utilizar el Estado como una plataforma personal, sino para verdaderamente representar el sentir de millones de guatemaltecos conservadores y trabajadores que quieren un país donde la vida no sea tan dura.

SIN PALABRAS*Vanessa Kaiser*

Es imposible ponerle título a una columna que trata de explicar el significado más profundo de la moderación de la derecha en Occidente. Ello, porque implica un ejercicio racional que se basa en una serie de distinciones: el bien del mal, lo sano de lo enfermo, la prudencia de la cobardía, la inteligencia de la imbecilidad, la sabiduría de las teorías, la virtud de la perversión, la inocencia del engaño y un largo etcétera, que debiera poder expresarse en una frase breve que dé cuenta al lector de los temas a tratar. No es posible encontrar las palabras. Y es que hay en la historia humana ciertos episodios y actitudes que rebasan nuestra capacidad de comprensión y solo nos conducen a un estado de estupor que inmoviliza el pensamiento. Es de dicho estupor de lo que quisiera hablar en este breve artículo.

Dicen que estamos en la quinta de seis fases de la Modernidad. Su rasgo cultural más destacado es una superficialidad que ha hundido toda moral filosófica y llevado a las élites políticas e intelectuales a promover un subjetivismo radical. La consecuencia más palpable es el corte de las nuevas generaciones no solo con su pasado (conduciéndolas a un oscurantismo cultural sin precedentes), sino, además, con la realidad observable, medible y empíricamente verificable. En simple, para estos jóvenes tiranizados por un narcisismo feroz y un “prejuicio

patriarcal” en contra de su propia cultura, la verdad se define por el carácter ofensivo de lo que se dice. De ahí que si, por ejemplo, los hombres son la base de la opresión patriarcal, toda mujer tenga derecho a levantar el dedo acusatorio en su contra sin necesidad de probar la veracidad de sus palabras. Luego, si usted invoca la presunción de inocencia y el derecho a legítima defensa del supuesto “opresor”, será vilipendiado públicamente y es posible que pierda su trabajo y a muchos amigos. Todo por haber invocado la igualdad ante la ley y los derechos humanos fundamentales de un “hombre blanco heteropatriarcal” (por nombrar el estereotipo más odiado). Ello, aunque el sujeto en cuestión no haya hecho nada; él es culpable por el solo hecho de haber nacido... “hombre”.

Cuando la verdad es lo que cada quien “siente que es”, se ha destruido el mundo común. Winston Churchill, refiriéndose a la devastación tras la Segunda Guerra Mundial, describió, en sus palabras, el mismo crimen que ha cometido la derecha con su moderación: “Casi nada, material o establecido, que me enseñaron como permanente y vital ha perdurado. Todo lo que me enseñaron que era imposible, ha sucedido”. Y el contexto no es muy distinto. Lo que sucede es que la Tercera Guerra Mundial es una guerra moral y globalista que pretende imponernos un orden fundado en el control absoluto (lo vimos con la pandemia) y parir al nuevo hombre sin hacer uso de los ejércitos y las bombas nucleares.

Si el conflicto bélico dejó millones de muertos gracias a las élites políticas moderadas que dejaron avanzar a Hitler, hoy podemos estar seguros de que estamos ante un crimen tanto o más monstruoso de parte de la misma perversa moderación. Un botón de muestra son los millones de niños asesinados antes de nacer que registra la OMS solo durante el 2022. Para contrastar, según el mismo organismo, entre 2020 y 2021 murieron 15 millones de personas por covid, mientras que, el año pasado, se abortó a 78 millones de niños. Culturalmente se ha instalado el eufemismo que distingue el aborto del asesinato, pero la verdad es clara e irrefutable: si esos 15 millones de muertos por covid hubiesen sido abortados, no habrían podido morir de covid. Esa es la verdad

empírica e irrefutable que, con eufemismos propios de una inmoralidad monstruosa (basada en un concepto distorsionado de la propiedad del cuerpo y en la negación de la vida como un *continuum*), se ha borrado del conocimiento científico y del sentido común al niño por nacer.

Bajo la perspectiva de cierto liberalismo, no sería un problema abortar a los propios hijos, vender los órganos, esclavizarse o tener relaciones sexuales con niños. “Que cada quien haga lo que quiera” es el lema. La responsabilidad que conlleva la libertad no le interesa a nadie. Curiosa forma de construirse su propia tumba, puesto que donde la libertad se disocia de la responsabilidad, solo existirán hordas pidiendo derechos sociales garantizados por el Estado que, en su tendencia irrefrenable hacia la asfixia de toda instancia intermedia entre los burócratas y el individuo, siempre terminará por destruir la libertad. En suma, esa derecha que dice adherir a cierto liberalismo clásico, cambiando sus principios por el hedonismo y sus praxis reflexivas por el emotivismo político, no hace más que cavar la tumba de las libertades que tanto goza en ausencia de toda restricción. En ese marco irreflexivo e idiotizante los individuos parecieran vivir felices sumergidos en su propia perspectiva, cada vez más vinculada a los genitales y a su manipulación que al desarrollo de facultades como la bondad o la inteligencia.

Del corte radical del vínculo humano con su realidad, promovido desde élites sin escrúpulos, ha resurgido el comunismo contra el que Occidente luchó el siglo pasado, ahora vestido de globalismo. Su objetivo es destruir la libertad republicana, es decir, la libertad entendida como no dominación, fundamento de todas las demás libertades. Este tipo de libertad solo existe en el marco del Estado-nación. De ahí la necesidad de destruir las naciones (principalmente con la inmigración) y transformar a los Estados en meros aparatos burocráticos, distribuidores de privilegios.

Con el triunfo del globalismo se cumplirán dos sueños. El de Luigi Ferrajoli (que se acaben las naciones, se elimine a las Fuerzas Armadas y de Orden y, adivinó bien, se “asegure la paz mundial de una vez y para siempre” transformando el mundo occidental en el campo de concentra-

ción más grande de la historia), y el de la plutocracia neomercantilista transnacional. Sus miembros fantasean con la desaparición de las clases medias, la reducción drástica de la población y la posesión de todo lo que hay sobre la faz de la Tierra. A cambio de tanto sacrificio nos prometen salvar el planeta en alianza con pseudocientíficos serviles al poder de turno. Así, la nueva religión para Occidente ya está en pleno desarrollo. Impulsa la cultura de la muerte desde el aborto, la eutanasia, el suicidio y la esterilización voluntaria en diversas formas. Además, en la línea de las reflexiones de Churchill, avanza la destrucción de nuestro mundo común, desde la depravación el lenguaje hasta nuestra comprensión de lo que es un hombre, una mujer, un niño, su inocencia, la igualdad ante la ley y un largo etcétera de victorias logradas tras siglos de reflexión, amor y sacrificio cristianos.

Desglosemos los fundamentos de la nueva religión materialista que avanza en el marco de la cultura de la muerte fabricada por el globalismo y sus élites. La fe ya no es en Dios, sino en una pseudociencia al servicio del poder, mientras la esperanza se centra en el Estado que deberá cumplir el rol del “Dios muerto”, proveyendo seguridad de la cuna a la tumba. Clave es la naturaleza en tanto objeto de devoción que exige nuestro sacrificio (desde vivir en ciudades de 15 minutos a cambiar a una dieta de insectos). La redención se ofrece a partir del ecologismo y la culpa se experimenta por la huella de carbono. El mandamiento es el inverso del cristiano, “Odia al prójimo como a ti mismo”, por haber sido creado y estar vivo, contaminando cada vez que respiras. A nivel psicológico se alimenta una psiquis autodestructiva que fácilmente despliega su furia sobre cualquier inocente, como sucedió durante la pandemia, cuando millones de personas engañadas por las élites llegaron a la conclusión de que el “no vacunado” estaba enfermo y era un peligro para la sociedad. No solo se invierten los valores vida/muerte, amor/odio, sino que se enarbola, como el tipo de vida más alto y deseable, “el nuevo virtuoso”, a quien cambia su género, se amputa órganos y consume hormonas de las que vivirá esclavo para siempre. Estamos ante la consumación del “gran sueño”: el nuevo hombre ideado por una izquierda desquiciada. Sus rasgos psicofisiológicos están descritos en *El Anti Edipo* de Gilles Deleuze y Félix Guattari:

Cada uno es bisexual, cada uno posee los dos sexos, pero compartimentados, incomunicados; el hombre es tan sólo aquél en el que la parte masculina domina estadísticamente, la mujer, aquella en la que la parte femenina domina estadísticamente. De tal modo que al nivel de las combinaciones elementales es preciso hacer intervenir al menos dos hombres y dos mujeres para constituir la multiplicidad en la que se establezcan comunicaciones transversales, conexiones de objetos parciales y de flujos: la parte masculina de un hombre puede comunicar con la parte femenina de una mujer, pero también con la parte masculina de una mujer, o con la parte femenina de otro hombre, o incluso con la parte masculina de otro hombre, etc. Ahí cesa toda culpabilidad.



Retratos pintados sobre pared de Félix Guattari y Gilles Deleuze, autores de la obra *El Anti Edipo*, en el Museo de Arte Contemporáneo “La Demeure du Chaos” de Lyon, Francia. (Foto: Thierry Ehrmann | Flickr).

De la desaparición de la culpa se sigue la tesis más importante del texto, cual es la promoción del incesto y de la pedofilia como medio para destruir la familia que ellos consideran es funcional al capitalismo. En otros términos, el tipo de vida humana que la derecha está ayudando a promover con su actitud genuflexa es el del esquizofrénico: un animal

desquiciado siempre listo para la revolución y el suicidio. ¿Cómo encontrar palabras para catalogar este crimen? ¿Qué nombre darle a tanta ignorancia, estupidez y perversión? ¡Ellos han permitido la politización de los genitales de los niños! Las consecuencias serán catastróficas y nadie parece entender de fondo lo que está en juego. Ya Lenin lo dijo una vez: “Solo quedan cristianos y anticristianos”.

Mientras se convierten al nuevo credo globalista los empresarios de todos los países y se instalan los parámetros de inversión moral en todos los programas de educación estatales, capturando mentes y obligando a asumir paradigmas contrarios a la sobrevivencia de Occidente, la praxis desacralizadora de todo lo bueno, lo bello y verdadero continúa rabiosa y sin freno. Es gracias al “gobierno de nadie” donde no existen la responsabilidad política ni la rendición de cuentas y de la actitud acomodaticia de parte importante de las élites de derecha que avanza la cultura de la muerte y aumenta el poder de la burocracia marxista que usa la tecnología disponible para el control total de la población. Piense usted que solo en dos semanas los gobernantes del mundo fueron capaces de cerrar la economía mundial.

Ante el escenario descrito seguimos estupefactos: la derecha acomodaticia cree, igual que lo hicieran los revolucionarios de Termidor, los peregrinos de la Larga Marcha o los proletarios con hoz y martillo en mano, que a ellos el mal los va a salvar, porque ellos son buenos. Los ayudaron a llegar al poder. ¡No saben cómo piensa un comunista! Vale la pena recordar el relato narrado por el cuñado de Stalin, Lázar Kaganovich, para entender los niveles de deshumanización que afectan a quienes comparten el credo marxista. Según este colaborador, miembro de la élite de la URSS, Stalin le habría contado: “Cuando tengo que decir adiós a alguien, imagino a esa persona en cuatro patas y se vuelve repelente. A veces siento que me he encariñado con una persona que debe ser eliminada por el bien de la causa. ¿Qué crees que hago? Me imagino a esa persona cagando, exhalando pestilencia, peyéndose, vomitando y no siento pena por él. Mientras antes deje de apestar la tierra, mejor, y me saco a esa persona del corazón”.



El pastor protestante Richard Wurmbrand (1909-2001), autor del libro *Marx y Satán* (1986), retratado durante el periodo en que fue preso y torturado por el gobierno rumano (1948-1956) por predicar que comunismo y cristianismo son incompatibles. (Foto: Wikimedia Commons).

religión. Espero equivocarme, pero creo que veremos nuevamente a los cristianos perseguidos, acusados de “violencia de género” por defender a Dios, María, la vida, su credo, la infancia y la libertad. Esta nueva persecución, ya comenzada, pero en su modo *soft power*, tiene por origen al maligno de siempre, con quien Marx tuvo una relación muy estrecha. Cerremos nuestras reflexiones con las palabras de ideólogo del totalitarismo, amante de las masacres y enemigo de Dios:

Entonces podré caminar triunfalmente.

Como un dios a través de la ruina de su reino. Cada palabra mía es fuego y acción.

Mi seno es igual al del Creador.

(Karl Marx en *Marx y Satán*, de Richard Wurmbrand)

Hemos llegado a la estructura medular de la destrucción de nuestro mundo: su deshumanización total. ¿Qué tan distante de Stalin está un médico que promueve y realiza la mutilación genital de un niño o practica abortos? ¿No es, igual a Stalin, como razona un profesor que pervierte sexualmente a sus alumnos con la Educación Sexual Integral? ¿Y no se parecen más aún al monstruo soviético aquellos legisladores que no solo avalan, sino que imponen por la fuerza la destrucción de las naciones, la pérdida de soberanía y la disolución de las familias? Es ese tipo psíquico la médula ósea del “nuevo mundo”. Sus enemigos son los cristianos y todo aquel que conserve valoraciones de la antigua moral. Es a través de la praxis desacralizadora que avanzan, incluso en la antigua Iglesia católica, para desmantelarla y adaptarla a la nueva

SEMBLANZAS DE COAUTORES

Ernesto Araújo es diplomático y escritor. Fue Ministro de Relaciones Exteriores de Brasil entre 2019 y 2021, habiendo anteriormente desempeñado distintas funciones dentro de su carrera diplomática en EEUU, Canadá y Unión Europea. Actualmente se dedica a la enseñanza en el área de filosofía política con el *Curso de Logopolítica* y es articulista en diferentes periódicos sobre temas nacionales y mundiales.

Jose Javier Esparza es periodista y escritor, autor de más de una veintena de obras, la mayor parte dedicada a la divulgación de la historia de España. Desde hace cinco años dirige y presenta el programa de debate político *El Gato al Agua* en El Toro TV. Coordina el área de Historia de ISSEP Madrid, donde imparte clases dentro de tal área, así como en la de Geopolítica.

Pedro Carlos González Cuevas es historiador y profesor de Historia de las Ideas Políticas y de Historia del Pensamiento Político Español en la Facultad de Ciencia Política y Sociología de la UNED, en Madrid. Ha sido becario del Centro de Estudios Históricos del CSIC y del Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. Su obra se ha centrado en el estudio de la trayectoria política e ideológica del conservadurismo español.

Urko Heller es el pseudónimo de un abogado de empresa formado en la Universidad de Deusto y en el IE University, que actualmente vive y trabaja en Madrid.

Vanessa Kaiser es doctora en Filosofía y en Ciencia Política, especialista en el área de Teoría Política, específicamente en las condiciones que facilitan el triunfo de movimientos totalitarios. Es directora de la Cátedra Hannah Arendt de la Universidad Autónoma de Chile y actualmente una de las *influencers* más importantes de dicho país a través de su canal Esfera Pública en YouTube.

José María Marco ha sido profesor de la Universidad Pontificia Comillas de Madrid entre 1993 y 2022 e investigador en la Universidad de Georgetown. Entre sus libros figuran *Historia patriótica de España, Azaña. El mito sin máscaras, El verdadero amante. Lope de Vega y el amor, Sueño y destrucción de España y La libertad traicionada*. Colabora en Ópera Actual, EsRadio y El Mundo. Fue fundador de Libertad Digital y La Ilustración Liberal.

Óscar Monsalvo Herrero es licenciado en Filosofía y profesor en Enseñanza Secundaria y Bachillerato desde hace diez años. Es también columnista en Vozpópuli y escribe principalmente sobre educación y el País Vasco. Fundador de la asociación Ego Non, cuya finalidad es mostrar que la única opción ante el homenaje sistemático a ETA y sus miembros no es ni la complicidad ni la indiferencia.

Miguel Ángel Quintana Paz es filósofo y director académico del Instituto Superior de Sociología, Economía y Política (ISSEP) en Madrid. Previamente ha ejercido como Lonergan Fellow en el Boston College, investigador posdoctoral en la Universidad de Turín (bajo la dirección de Gianni Vattimo) y profesor de universidad durante 17 años. Actualmente sigue ejerciendo como tal en la Universidad Pontificia de Salamanca.

Pilar Rodríguez Losantos es consultora política de estrategia y comunicación. Profesora del Máster de Comunicación Política de la Uni-

versidad Católica de Murcia y conferenciante de empresas. Desarrolla su faceta profesional en la Administración local, parlamento nacional e instituciones europeas. Fue subcampeona mundial de debate en 2015 y forma en oratoria a altos ejecutivos, presentadores de televisión y políticos de ámbito nacional.

Andrés Rojo Corral es escritor y trabajó durante diez años como periodista en el diario La Razón de Madrid, como corresponsal diplomático y responsable de la información sobre la Casa Real. Previamente fue el primer director de la editorial Biblioteca Homo Legens.

Jorge San Miguel Lobeto es licenciado en Historia, con posgrados en Ciencias Políticas y Comunicación Política. Ha trabajado en comunicación y asuntos públicos, y como asesor en las Cortes, la Comunidad de Madrid y el Ayuntamiento de Madrid. Coautor de *La urna rota* (2014) y *Extremo Centro: el manifiesto* (2021), colabora habitualmente en medios como Letras Libres, Vozpópuli, The Objective y Economía Digital.

José María Sánchez Galera es escritor y profesor en la Universidad Francisco de Vitoria y en la Universidad Internacional de la Rioja, colaborador en medios y en editoriales. Ha publicado traducciones de Samuel Gregg, Robert Redeker o Mathieu Bock-Côté, entre otros autores. Es doctor en Humanidades (especialidad en Filología Clásica) y su libro más reciente es *La edad de las nueces* (2021).

Christa Walters es politóloga egresada del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (EPRI) de la Universidad Francisco Marroquín. Actualmente coordina la proyección institucional del Movimiento Cívico Nacional, una asociación civil que promueve los valores para la consolidación de una república democrática en Guatemala. Autora de columnas de opinión política.

Desde hace décadas un espectro parece cernirse sobre la derecha política española: el espectro de la radicalidad. Pocas cosas hay que provoquen allí más pánico. Pareciera que la no izquierda puede ser (y de hecho es) muchas cosas: liberal o conservadora, centralista o regionalista... Pero desde luego una sola cosa sí tiene vetado ser: contundente, radical en los principios. Ahora bien, como afirmaba Thomas Paine, lo cierto es que tener un carácter moderado constituye siempre una virtud, “pero ser moderado en los principios constituye siempre un vicio”.

Esa obsesión con la moderación va acompañada de otro rasgo típico de nuestro centro-derecha durante los últimos tiempos: el descuido de las ideas, la desconfianza hacia el ámbito intelectual, que por lo común se ha dejado a merced de la hegemonía de la izquierda. El camino elegido en pos de la moderación, del “centro político” o de “las mayorías sociales” ha sido a menudo centrarse en la gestión, en las cuestiones económicas, en “lo que de verdad importa a los españoles”. Y prescindir así de cualquier vuelo teórico de cierto alcance.

¿Cómo es posible que hayan sucedido así las cosas? ¿Por qué el lema que ha parecido orientar estos decenios a la derecha española es el que da título al presente libro, “¡Menos ideas y más moderación!”? ¿Han acaecido las cosas de modo similar en otros países? ¿Cabe recuperar el vigor intelectual

De cómo buena parte de la no izquierda dejó de pensar y acabó por cifrar su gran propuesta política-ideológica en “moderación”

¡MENOS IDEAS Y MÁS MODERACION!

de una derecha que abandone como único empeño el de “moderarse”? ¿Qué ideas deberían servir para esa revigorizada apuesta por la batalla cultural? Doce autores y el editor de este volumen reflexionan sobre tales cuestiones a lo largo de sus páginas. Sin mucha moderación, la verdad.



Actividad subvencionada por el Ministerio de Cultura y Deporte